

BIANCA®

385 ptas. / 2,31 € - Argentina: $2,70 - México: $13.00

Una oportunidad para el amor

Emma Darcy

Una oportunidad para el amor

Emma Darcy

Título de la novela: Una oportunidad para el amor (2001)
Título Original: The Marriage Risk
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1250
Género: Contemporaneo
Protagonistas: James Hancock y Lucy

Argumento

¿Se atrevería a llegar hasta el matrimonio?

Lucy estaba totalmente frustrada. ¡Si por lo menos su atrayente jefe, James Hancock, la considerara una mujer deseable y no sólo su competente secretaria!

Desde luego, James sentía deseos de soltarle el pelo a Lucy y desabrochar esos vestidos tan recatados... Pero si lo hacía, ¿perdería a la mejor secretaria que había tenido nunca?

Lucy lo arriesgó todo y se transformó en una mujer sexy para encender la imaginación de James, y se entusiasmó cuando él la arrastró a una intensa relación. Pero la pasión la condujo al embarazo...

Capítulo 1

—Y ¿Cómo está mi siempre deliciosa y estimable señorita Worthington esta mañana?— Lucy apretó los dientes, resentida, casi odiando al hombre que tanto ignoraba lo mucho que aquellas palabras tan alegremente pronunciadas le laceraban el corazón.

Aquel desenfadado saludo de su jefe probablemente significaba que había pasado una muy altamente satisfactoria noche con alguna mujer. Su voz destilaba engreimiento masculino, claro indicio de satisfacción sexual, y su tono acentuaba el hecho de que Lucy no era para nada el tipo de mujer con la que se acostaría, por muy deliciosa que le pareciese. Las mujeres estimables no lo excitaban.

Aunque si sus senos fueran lo suficientemente grandes como para llenar un sostén de talla D, quizá pudiera considerarla lo suficientemente estimable como para acostarse con ella, pensó irónicamente Lucy mientras se volvía sonriente hacia su jefe.—Buenos días, señor—lo saludó con tono suave. James Hancock era el clásico prototipo de moreno alto y guapo, con el potente añadido de un cerebro privilegiado para los negocios y el tipo de encanto que le hacía ganar amigos y triunfar en cualquier ambiente. A sus treinta y cuatro años, tenía una muy bien ganada reputación como agente inmobiliario, lo que le colocaba en la lista de los solteros más codiciados de Sydney.

—¿Señor?—inquirió, arqueando las cejas.

—¿Acaso no esperabas un tratamiento igualmente formal cuando me has llamado «señorita Worthington»?

James se echó a reír, con un malicioso y divertido brillo en sus ojos azules.

—Tenía que habérmelo imaginado. ¿Qué haría yo sin tu maravilloso ingenio, Lucy? Entre los goces de estas horas de oficina está el de escuchar tus mordaces comentarios. Un talento verdaderamente inestimable.

—¿Lo suficiente como para requerir quizá un aumento de sueldo?

—¿Lo ves? Ya estás atacando de nuevo.

—Bueno, si te parece, vamos al grano. Necesitarás echar un vistazo a estas carpetas mientras revisas los e—mails de esta mañana. ¿Hay algo más que necesites que haga ahora mismo?—le

preguntó, deseosa de que entrara de una vez en su despacho y la dejara sola para poder rumiar en paz sus frustraciones.

Pero James ignoró las carpetas, y la señaló con un dedo acusador:

—Te veo demasiada interesada por el dinero, Lucy—le dijo, volviendo al tema interior.

—En estos tiempos que corren, una mujer tiene que cuidar de sus propios intereses. A nadie le regalan nada.

—¡Ja! Yo te he regalado cosas. Sin ir más lejos, esas entradas para la fiesta benéfica de esta noche.

—¿Oh?—Lucy le lanzó una mirada escéptica—. ¿No estarás esperando que asista a esa fiesta, verdad?

—Unas entradas completamente gratuitas...

—¡Qué original!—sonrió.

—Como recompensa por tu impecable trabajo al contribuir a organizar ese programa. Tú has hecho posible esa fiesta benéfica.

Dado que cada entrada costaba mil dólares y que su salario ya era de por sí bastante generoso, Lucy no podía, honestamente, quejarse de que su trabajo no fuera lo suficientemente valorado y recompensado.

—Gracias. Intentaré relajarme lo suficiente y disfrutar esta noche—pronunció con tono displicente, dudando todavía de que aquellas entradas fueran del todo gratuitas y no conllevaran ninguna obligación añadida. ¿Por qué habría de regalárselas James si no quería que estuviera allí presente por alguna razón concreta?

—Para mí será un placer verte disfrutar, Lucy.

Tenía una razón; Lucy lo presentía.

—¿Con quién irás?—le preguntó de pronto James mientras recogía por fin las carpetas que ella le había entregado.

—Con una amistad.

—¿Con una amistad...—arqueó una ceja, burlón—... masculina?

¿Acaso la consideraba tan asexuada que no podía imaginársela con un hombre?, se pregunto Lucy, esforzándose por mantener una actitud fría y tranquila.

—Sí. ¿Tienes algún problema con eso?—no pudo evitar preguntarle con un tono de desafío.

—No, en absoluto. De hecho, me alegro de saberlo.

Y se marchó sonriendo, llevándose las carpetas que necesitaba.

Dejó abierta la puerta que separaba los dos despachos para que pudiera llamarla en caso necesario.

Lucy se dejó caer en su sillón, frente al escritorio, impresionada por la implicación de sus últimas palabras. ¿Sospecharía acaso que solo tenía amigas? ¿Que incluso podría ser lesbiana, dado que ella no lo «adoraba» abiertamente como la mayoría de las mujeres que conocía? Debería dejar aquel trabajo. El hecho de trabajar todos los días con James Hancock le estaba negando cualquier posibilidad de llevar una vida normal. El hecho de desearlo todos los días, de sentir celos de cada mujer en la que posaba los ojos... Para él nunca sería más que una eficiente secretaria. Ocho meses llevaba con él: ocho meses de atracción sexual que no había podido controlar ni minimizar. Deseo a primera vista, pensó irónica.

Ningún otro hombre le había provocado una reacción física tan intensa. De hecho, hasta entonces nunca había comprendido por qué podía una mujer arruinar su vida por un hombre, así como perder todo respeto por sí misma. «Ser sensata» había sido la divisa de su vida: en ella la había educado su madre desde la más tierna infancia, y con el tiempo Lucy se había dado cuenta de que eso le había ahorrado mucho dolor.

Pero «ser sensata» no le servía de nada contra lo que James la hacía sentir. No era simplemente una atracción física. De alguna forma emanaba una energía sexual que, por mucho que se resistiera, causaba verdaderos estragos en sus hormonas. Desesperada, apoyó los codos en la mesa y escondió la cabeza entre las manos. Lo cierto era que no tenía ya la sensación de pertenecerse a sí misma, y tampoco le gustaba la persona en que se estaba convirtiendo. Lo más razonable y lógico que debía hacer era presentar su dimisión y marcharse.

Era viernes. Estaba decidido. Lo primero que haría el lunes por la mañana sería dejarle su dimisión por escrito en la mesa. Sin duda, James se presentaría aquella noche en la fiesta benéfica del brazo de una nueva modelo, y eso la convencería todavía más de lo estúpido que era sufrir por algo que jamás podría conseguir.

Así que asistiría acompañada de un hombre. Sería interesante ver el tipo de hombres que le gustaban a Lucy, se dijo James mientras se sentaba ante su escritorio y encendía el ordenador. Ella nunca hablaba de su vida privada y él no podía negar que sentía

una gran curiosidad. La mayor parte de las mujeres solían sincerarse con James… pero Lucy no. Nunca.

Era una mujer muy retraída que jamás perdía la cabeza. Lo que la convertía en la ayudante perfecta para aquella clase de trabajo, con tantos clientes como tenían dispuestos a estallar al menor inconveniente que se les presentase. Podía poner a Lucy en el ojo del huracán y estar seguro de que en unos segundos encontraría la respuesta más adecuada y sensata a cada situación.

Un contable. Sí, ese sería el perfil del acompañante masculino que preferiría Lucy: un amable y seguro contable, sólido y leal, alguien que jamás habría infringido ni infringiría una sola norma en toda su vida. Un hombre de hábitos regulares, serio y estricto, solícito, que probablemente llevaría gafas redondas de montura dorada y trajes de corte formal y conservador. Perdido en esas reflexiones, James asintió con la cabeza mientras conectaba el correo electrónico en la pantalla. Estaba convencido de estar en lo cierto, pero Lucy llevaba ya ocho meses con él y durante todo el tiempo había percibido en ella un deseo de esquivarlo continuamente que le fastidiaba y que, lejos de desaparecer, se había intensificado cada vez más. Por eso le había regalado esas entradas: para llegar a vislumbrar aquello que se escondía detrás de la imagen formal y retraída que proyectaba Lucy Worthington, y que tanto le estaba obsesionando, con el fin de poder sacárselo de la cabeza.

Incluso había llegado a empezar a pensar en ella cuando estaba con otras mujeres, echando de menos sus mordaces ironías y preguntándose cómo se comportaría en la cama… Y allí se había detenido, por supuesto; no había ido a más. Porque no iba a liarse con la mejor secretaria que había tenido nunca. Además, probablemente Lucy se quedaría horrorizada si pudiera adivinar la naturaleza de los pensamientos que últimamente había estado abrigando de ella. Verla con un hombre de su elección, casi con toda seguridad un contable, consolidaría definitivamente su estatus de mujer prohibida para él.

De repente sonó el teléfono.

—Buffy Tanner en la línea uno—le informó Lucy con tono frío y profesional.

—Gracias—sonrió mientras pulsaba el botón para recibir la

llamada. Al contrario que su secretaria, Buff no tenía nada que esconderle. Y eso le complacía mucho—. Hola, Buffy—la saludó alegremente.

—Hola, James, querido... Siento llamarte en horas de trabajo, pero temía no poder localizarte más tarde. ¿A qué hora me dijiste que tenía que estar lista para ir a lo de esta noche?

James esbozó una mueca. La puntualidad no era el punto fuerte de Buffy.

—A las siete y media. Y no podemos retrasarnos. Ya te lo advertí.

—Hoy tengo una sesión de fotos muy larga—suspiró—. Una nueva línea de trajes de baño. ¿Seguro que no podríamos retrasarnos un poquito?

—Seguro que no. Es mi gente la que organiza lo de esta noche. Tengo que estar allí desde el principio. Si prefieres no ir...

—No, no, no es eso...

La oyó hacer un puchero. Un puchero muy sexy ¿pero que en aquel instante no pudo menos que ponerle nervioso.

—A las siete y media, Buffy. Si no estás lista, me iré sin ti—pronunció con tono irritable y cortó la comunicación, pensando que Lucy sí que no haría esperar a un hombre. Era muy escrupulosa con el tiempo, y jamás faltaba o llegaba tarde a una cita.

Incapaz de sobreponerse a aquella sensación de disgusto, James se ocupó de contestar los emails que requerían una inmediata respuesta, tomando notas para que luego las revisara Lucy. Esa era otra de las cosas que le gustaba de ella: jamás descuidaba ni un solo detalle. Nunca le fallaba.

Le pidió que pasara a su despacho y sonrió al verla: siempre con su traje formal azul marino, elegante, clásica, profesional. Más allá de cualquier moda pasajera. La falda terminaba justo encima de las rodillas; a Lucy no le gustaban las minifaldas. Aun así se podía ver que tenía unas piernas bien torneadas, de tobillos finos. Algo más baja que la estatura media, tenía una figura agradable y bien proporcionada. Además de seductora...

Tuvo que refrenar esos pensamientos para concentrarse en mirarla a los ojos. Tenía un rostro de rasgos finos, no de una belleza deslumbrante, aunque James pensaba que con un buen maquillaje podría resultar muy, pero que muy hermosa. Y también estaba

perfectamente proporcionado, a pesar de que las gafas que llevaba le daban un aire recatado, casi puritano, que se veía acentuado por el perfecto moño con que siempre se recogía el cabello. De repente, el pensamiento de soltárselo y derramar aquella cascada de seda de color castaño se le antojó especialmente tentador. ¿Cómo sería una Lucy Worthington desinhibida? Y si le quitaba las gafas, ¿qué vería en sus ojos? En cualquier caso, lo que estaba viendo en aquel momento era una brillante inteligencia permaneciendo a la espera, únicamente concentrada en su trabajo. Espoleado por aquella aparente indiferencia, James se vio impulsado a preguntarle, casi sin darse cuenta:

—¿Es contable?—e inmediatamente lamentó no haberse podido controlar lo suficiente.

—¿De quién estás hablando?—inquirió Lucy, extrañada.

Pero en lugar de olvidarse del desliz, lo cual habría sido lo más prudente dadas las circunstancias, James perdió completamente la cabeza por culpa de una irresistible curiosidad.

—Tu pareja en el baile de esta noche—le espetó.

—¿Quieres saber si trabaja de contable?

—¿Sí o no?

—¿Es que necesitas tener un contable a mano por algún motivo?

—No, no necesito ninguno.

—Entonces—lo miró entrecerrando los ojos con sospecha—¿por qué me lo preguntas?

Eso, ¿por qué? James apretó los dientes. No estaba sacando ninguna satisfacción de aquello y, además, estaba haciendo el ridículo. Su mente empezó a trabajar a toda velocidad buscando posibles rutas de escape.

—Una conversación fluye más fácilmente cuando conozco los antecedentes de la gente con la que hablo. Tu pareja será la única que no conozca en nuestra mesa.

Lucy lo miró fijamente, con la barbilla levantada y cuadrando los hombros. De hecho, todo su cuerpo parecía sugerir una tensa rigidez. Incluso tenía los puños cerrados. Por un instante James tuvo el presentimiento de que iba a adelantar un paso y a golpearle... ¡algo que, por supuesto, era ridículo! Acababa de formular una afirmación razonable. Le gustaba contar con información previa de la gente a la que iba a conocer. Ella lo sabía.

Solo que también tenía que reconocer que aquella curiosidad era de origen más personal que profesional...

—¿Por qué has pensado que mi pareja en el baile tenía que ser contable, James?—le preguntó por fin Lucy.

—¿Es que no lo es?—insistió, frustrado por sus tácticas evasivas.

—Generalmente se piensa en los contables como gente aburrida. Es un tópico—declaró.

—Oh, no es verdad. Suelen ser gente inteligente, lista, astuta...

—Y aburrida—repitió ella—. Lo suficientemente aburrida como para salgan con Lucy Worthington.

—Diablos, Lucy, jamás se me ha pasado por la cabeza pensar que fueras una chica aburrida. Y tú lo sabes perfectamente—le aseguró con énfasis—. No te puedo imaginar soportando a un hombre aburrido. Me has malinterpretado. Solo me estaba preguntando...

—Por el tipo de hombre que llevaría a la fiesta.

La mirada de Lucy semejaba un taladro eléctrico, lanzando chispas por los ojos como si estuviera penetrando a través de su cerebro hasta llegar al origen de su pregunta. James se movió incómodo en su sillón.

—Me serviría de gran ayuda que me dijeras su nombre—pronunció con tono razonable—. Nos ahorraríamos incluso alguna engorrosa presentación.

Lucy apretó los labios y su mirada se aguzó aun más. James podía percibir claramente su intención de desollarlo vivo, y de pronto se sintió abrumado por la pasión de aquella reacción tan virulenta. No había nada tranquilo ni comedido en aquella Lucy. Evidentemente se hallaba ante la mujer de carne y hueso que se escondía detrás de aquel traje azul marino y, a los pocos segundos, James se sorprendió a sí mismo... excitado. Excitado por la perspectiva de que pudiera emerger del todo aquella Lucy. Si algún día llegara a dar el paso de relacionarse con él físicamente...

—Josh Rogan.

—¿Qué?

—Me has preguntado por su nombre—le recordó, lacónica.

Decepcionado, James se sobrepuso a su distracción. El traje azul marino había ganado de nuevo... ¡maldita sea! La Lucy a la que había ansiado conocer se hallaba ahora en franca retirada. Lo cual

no era más que algo justo y necesario, se dijo mientras intentaba no imaginársela tumbándola de repente sobre su escritorio. Resultaba absurdo haber sufrido aquel ataque de fantasías sexuales cuando tenía a Buffy Tanner más que dispuesta a satisfacer sus necesidades carnales.

—Josh Rogan—repitió, agradecido de que Lucy hubiera retomado la relación normal exigida entre un jefe y su secretaria. De pronto recordó algo—: Oh, ¿no hay una marca de curry que se llama precisamente así: Josh Rogan?

Estaba casi seguro de ello, y a partir de aquel instante empezó a concebir la sospecha de que Lucy le había dado un falso nombre para ponerlo en ridículo cuando tuviera que usarlo aquella noche.

—No—respondió con un ligero matiz burlón—. Ese curry se llama Rogan Josh.

—Oh—frunció el ceño; ¿acaso se estaba burlando de él?

—De hecho, no creo que a Josh le importara mucho que lo confundieras con el curry—sonrió, maliciosa—. Es un tipo bastante caliente.

¿Caliente! ¿Lucy con un tipo caliente! La temperatura corporal de James estaba subiendo dramáticamente.

—Lo tendré en cuenta—le espetó—. Puedes llevarte estas carpetas. Te he puesto unas notas.

—Bien—le sonrió mientras daba un paso adelante para recoger las carpetas del escritorio. Luego salió del despacho contoneándose con gracia felina, como si estuviera agitándole la cola ante las narices.

Después de aquello, James continuó reflexionando sobre Lucy. Definitivamente estaba en lo cierto sobre ella. En Lucy Worthington había muchas más cosas de las que se veían a primera vista. El traje azul marino no era más que una fachada, destinada a ocultar a la mujer que ardía en su interior. Se alegraba de haberle regalado aquellas entradas. Iba a resultar interesante, o más bien iluminador, ver cómo se comportaba durante esa noche con aquella pareja suya tan caliente. Con el pelo suelto, un vestido sexy, maquillada, sin gafas...

Se vio asaltado por un estremecimiento de expectación. Una sensación que nada tenía que ver con la mujer con la que iba a presentarse en el baile aquella noche. Nada que ver con la modelo

Buffy Tanner… ¡Esa noche iba a ver a la verdadera Lucy Worthington en acción!

Capítulo 2

Lucy seguía enfadada cuando entró en su apartamento de Bellevue Hill, a las seis de aquella tarde. ¡Un contable! ¡Un aburrido y viejo contable! Oh, ansiaba con todas sus fuerzas ver la cara de estúpido que se le pondría a James Hancock cuando, sentado a su mesa, quedara eclipsado por el magnífico Josh. Algo que sin duda Josh sería perfectamente capaz de hacer, dado su enorme encanto... y el hecho de que era tan guapo como un pecado.

Era una verdadera suerte que viviera justo en la puerta de al lado, en aquel mismo edificio de apartamentos. Lo único que tenía que hacer era pedirle que la acompañara, al propio Josh o bien a su compañero sentimental Larry Berger; los dos se habían ofrecido a ayudarla en lo que necesitara. Lucy sabía por experiencia propia que los gays podían convertirse en los mejores amigos de una mujer. Antes incluso de saber que Josh era gay, cuando estudiaban juntos en el instituto, habían congeniado muy bien y construido una sólida amistad. Era un hombre sensible y atento, a la vez que enormemente divertido. Sí, se sentía enormemente agradecida de poder contar con él. También por propia experiencia sabía que algunos hombres desplegaban un comportamiento especialmente desagradable con las mujeres, sobre todo cuando se dedicaban a perseguir egoístamente la satisfacción de sus propias necesidades. Con Josh ese problema no existía: su compañía no tenía precio. Nunca podría meterse en problemas ni complicaciones con Josh Rogan. Él no sentía ningún deseo sexual por ella ni ella por él. De hecho, constituía el complemento ideal para los ingobernables sentimientos que experimentaba hacia James Hancock, al que, en sus más salvajes fantasías, le habría gustado esposar a la cama y excitarlo hasta la locura... ¡Lo cual no podía ser más absurdo! Para James nunca sería nada más que una secretaria estimable: eso era un hecho. ¡Pero por nada del mundo le dejaría pensar que el único hombre al que podía atraer era un aburrido contable!

Decidida, salió de su apartamento y llamó al de Josh. Afortunadamente estaba en casa.

—¡Lucy, querida! ¿Hay algo de nuevo?

—Pues sí. Mi jefe ha deducido que mi acompañante a la fiesta de esta noche es... un contable.

—¿Y… el adjetivo «aburrido» va asociado a la palabra?

—Pues sí—le confirmó—. Y, en respuesta, yo le dije que tú eras un tipo… caliente.

—¡Bien dicho! Cuando estoy caliente, echo chispas. ¿Quieres que eche chispas esta noche?

—Quiero que lo abrases. Ah, Josh, y llévate ese maravilloso chaleco azul metálico y tu pajarita de seda a juego.

—¿Un toque de extravagancia con el traje formal? Lucy, amor, te aseguro que estaré deslumbrante.

—Bueno, no te pases. Y procura que nadie adivine que eres gay.

—Descuida.

—Necesito impresionar a ese tipo, Josh—le confesó, sincera.

—Y en más de un sentido, supongo…

—Me temo que es un caso sin esperanza.

—Oh, a veces se producen pequeños milagros—sonrió, malicioso—. Confía en mí. Haremos que esta noche ese hombre te mire de manera diferente. Y ahora vete y dedícate a ensayar esas miradas seductoras en el espejo. Si yo echo chispas y tú hierves…

A pesar de la sensación de decepción que había sucedido a su furia, Lucy se echó a reír al imaginarse la escena.

—No soy precisamente un portento sexy, y es seguro que él sí que se presentará con uno. Buffy Tanner, modelo de trajes de baño y de sostenes clase D.

—Bah. Estás obsesionada con los senos grandes. Rellenos. Simples rellenos.

—Con rellenos o no, me gustaría que los míos fueran más grandes.

—Lo sexy está en la actitud, y no en el equipamiento—afirmó la voz de la experiencia—. Y otra cosa. Es mejor que aparezcamos tarde.

—Yo nunca llego tarde a una cita. No me gusta—protestó Lucy.

—Pero yo soy un tipo caliente, Lucy, querida, y tú no pudiste resistirte. ¡Así que enviamos la puntualidad al diablo!

Lucy no puedo evitar reírse de nuevo:

—Dudo incluso de que él se dé cuenta, Josh.

—Oh, claro que se dará cuenta. Su pequeña y previsible secretaria de repente no encaja en la imagen que se ha hecho de ella. Créeme. Lo notará.

—Bueno, la verdad es que no creo que sea absolutamente necesario que estemos allí a la hora justa...—tuvo que librar una dura batalla contra su obsesión por la puntualidad.

—Pues entonces no hay problema—pronunció Josh con tono triunfante—. Anda, vete a tu casa—A las siete y media te llevaré un gintonic para que te vayas entonando.

Lucy sabía que, para llegar a tiempo, deberían salir precisamente a las siete y media. Tardarían una media hora en llegar a Darling Harbour, aparcar el coche de Josh, acercarse a pie al Centro de Convenciones de Sydney, en cuyo vestíbulo se ofrecería el cóctel antes de pasar al auditorio donde se celebraría el baile benéfico. Pero... ¿qué podía importar que tomaran algo antes allí, en casa? El mundo no se acabaría porque no aparecieran justamente a las ocho de la tarde. ¿Por qué, aunque solo fuera por una vez, no podía permitirse dejar de ser tan previsible?

—De acuerdo. Y... gracias, Josh—sonrió, agradecida—. Un amigo es un amigo.

«El mejor de los amigos», pensó mientras volvía a su apartamento. Incluso aquel lugar, que ahora era suyo, le había sido recomendado por Josh. Los anteriores propietarios, una pareja divorciada, habían querido venderlo rápido, y Lucy se había apresurado a aprovechar la oportunidad: en realidad una verdadera ganga, teniendo en cuenta los precios de los inmuebles en aquel barrio, a medio camino entre el centro de la ciudad y Bondi Beach. Sí, James Hancock podía pensar que era una mujer «interesada por el dinero», pero al menos no tenía que depender de un hombre que le garantizara la seguridad de un hogar, algo que nunca estaba garantizado si la cosa terminaba en divorcio.

Una vez en su dormitorio, se arrepintió de no haberse decidido a comprarse un vestido de noche para la ocasión. Aunque su pequeño vestido negro era perfectamente adecuado para un evento de ese carácter, también resultaba... soso, aburrido. Aunque luego procuró decirse que eso no le importaba. Seguía siendo un vestido con estilo, adquirido por poco dinero en una boutique de ropa de segunda mano... Ella nunca podría competir con Buffy Tanner. No tenía ningún sentido intentarlo. Y con el dinero que se había ahorrado se compraría los muebles que tanto necesitaba.

Pero a pesar de todo no pudo evitar sentirse vagamente

disgustada con su propio sentido común mientras se preparaba para asistir al baile. Le procuraría una indudable satisfacción exhibir a Josh como pareja durante aquella velada, esperando de esa forma propinar, en un sentido metafórico, una sonora bofetada a James Hancock y a la opinión que le merecía su vida privada. Pero lo cierto era que jamás hacía nada verdaderamente excitante.

«La estimable señorita Worthington»: aquellas palabras le dolían tanto que, de pronto, el impulso de comportarse de una forma totalmente distinta con James Hancock, de hacer algo que jamás antes había hecho, resultó sencillamente abrumador. Sí, las entradas libres significaban libertad de toda responsabilidad. Podía jugar y flirtear tanto como le apeteciera con Josh, sabiendo que no se produciría ninguna consecuencia desagradable. Además, si finalmente iba a renunciar a su trabajo para buscarse otro empleo, ¿por qué no podía hacer y decir de una vez por todas lo que se le pasaba por la cabeza? Destrozar la displicente opinión que James Hancock tenía sobre ella le permitiría conservar algo de orgullo. Y ahorrarse mucho dolor.

«La anárquica Lucy», pensó divertida. ¿Por qué no? «La actitud», se recordó. Josh le había asegurado que la cualidad de lo sexy residía en la actitud. Ni la ropa ni nada más importaba.

No era propio de Lucy llegar tan tarde.

James Hancock no podía evitar mirar su reloj a cada rato. Al cabo de unos minutos, la multitud de invitados que estaba tomando el cóctel en el vestíbulo pasaría al auditorio. Hacía por lo menos media hora que Lucy debería ver llegado. Mientras la esperaba, había tenido que saludar a una interminable cantidad de gente y ya le dolía la cara de tanto sonreír. ¡Maldita mujer! ¿Dónde diablos se habría metido?

De la inicial expectación había pasado a la frustración, que en aquel momento ya se estaba convirtiendo en una verdadera preocupación. ¿Habría sufrido un accidente? Lucy no conducía, no tenía coche, era demasiado ahorradora para tener uno, pero nada sabía de aquel Josh Rogan, que era quien tenía que llevarla allí esa noche. Si también se ponía demasiado caliente al volante, y por su culpa habían tenido un choque... No, Lucy era demasiado prudente como para permitir que cualquier idiota pusiera en peligro su vida.

—¡Guau! ¿Quién es ese?—le preguntó Buff, con su interés sexual

obvia y repentinamente activado.

James miró en la dirección que ella le señalaba y se quedó paralizado. ¡Lucy! Allí estaba Lucy del brazo de un tipo que parecía el galán romántico de cualquier película de Hollywood, ¡y probablemente lo era! Tenía un rostro perfecto, el cabello negro y rizado, una sonrisa que habría enorgullecido al mejor dentista y un cuerpo musculoso de gimnasio de primera. Llevaba un chaleco de reflejos con una pajarita brillante que destacaba sobre las convencionalmente negras de los demás invitados, incluido el propio James.

«Un fanfarrón vestido a la moda», pensó James justo cuando Buffy emitía un suspiro nostálgico, inflando sus opulentos senos como si quisiera llamar la atención del *sex-symbol*. Con los dientes apretados, concentró su atención en Lucy, cuyo aspecto habitual no pudo menos que agradarlo: cabello cuidadosamente recogido, las consabidas gafas, el vestido negro que lucía invariablemente en aquel tipo de veladas... Aunque percibía algo diferente en ella: tal vez la manera que tenía de contonear las caderas, nada recatada. Su boca también parecía más sensual que de costumbre mientras miraba a su pareja que a todas luces la estaba divirtiendo con sus técnicas *ácplay-boy*.

De hecho, James estaba empezando a pensar que aquel aspecto retraído de Lucy era muchísimo más provocativo y tentador, por lo sutil, que la llamativa feminidad de Buffy. En esas disquisiciones estaba mientras veía cómo el galán la llevaba hacia el grupo en el que se encontraba con Buffy, esperando a sus últimos compañeros de mesa. «Esperando», se dijo irritado. Sí, desde luego que Lucy le había hecho esperar. Se esforzó por adoptar una expresión amable para hacer las presentaciones, rezando para que Buffy dejara de comerse con los ojos al galán y tuviera la decencia de recordar que había llegado acompañada a la fiesta.

—¡Ah!—esbozó la más radiante de sus sonrisas—. ¡Aquí estás! íbamos a pasar ya al auditorio...—no pudo evitar añadir para recriminarle su retraso.

—Bueno, pero todavía disponemos de tiempo para presentarnos...—añadió Buffy, expectante.

—James Hancock, Josh Rogan—les presentó Lucy, más lacónica imposible.

Resultaba evidente que el recién llegado, más joven que James, exudaba una pasmosa seguridad en sí mismo, y además tenía una mirada abierta e inteligente que hacía que la gente de inmediato se sintiera cómoda en su compañía. James reconoció al momento aquella actitud. Sí, Josh Rogan era claramente un exitoso hombre de negocios, un triunfador.

—Es un placer tenerte con nosotros—pronunció antes de volverse hacia el grupo en el que se encontraba—. Creo que todos conocen a mi eficacísima secretaria, Lucy Worthington. Josh, te presento a Buffy Tanner...

Buffy se inclinó al tiempo que estrechaba la mano de Josh Rogan, regalándole una espectacular vista de su escote que la mayoría de los hombres habrían encontrado irresistible. Pero Josh no dejó en todo momento de mirarla a los ojos, sonriente. Si había reconocido las inequívocas señales que Buffy le estaba enviando, no dio muestra alguna de responder a ellas.

Las otras tres parejas del grupo recibieron el mismo amable tratamiento por parte de Josh Rogan cuando le fueron presentadas. James no pudo encontrar defecto alguno en sus impecables modales. Era un tipo que caía bien, una persona encantadora que proyectaba vibraciones positivas.

—¿A qué negocio te dedicas, Josh?—le preguntó interesado Hank Gidley, el último del grupo en ser presentado.

—Vinos añejos. Exportación e importación.

James pensó que aquello explicaba la facilidad con que se desenvolvía en esos ambientes. Josh Rogan debía de estar acostumbrado a tratar con clientes muy ricos, y probablemente también a seducirlos con su natural encanto.

—Oh, y yo que creía que trabajabas de modelo, como yo...—terció Buffy.

Josh la miró con un brillo malicioso en los ojos:

—Como todo el mundo, admiro la belleza exterior, Buffy, pero realmente lo que me encanta es paladear un soberbio contenido... Como se hace con un buen vino—y desvió la mirada hacia Lucy, como si se estuviera refiriendo explícitamente a ella.

Lucy le sonrió... le sonrió como una gata a la que de pronto le hubieran presentado un plato lleno de leche, y a James se le contrajo el estómago de indignación. Allí estaba él, preocupándose

todo el tiempo por ella, mientras ella se dedicaba a flirtear y a pasárselo bien con aquel tipo. Lo cual explicaba esa expresión de intensa satisfacción que nunca parecía abandonarla desde que llegó.

—Bueno, es hora de que nos dirijamos a nuestra mesa—anunció antes de tomar a Buffy del brazo y encabezar la marcha.

Nada estaba saliendo aquella tarde como había planeado. ¡Nada! Y eso no le gustaba lo más mínimo.

Capítulo 3

Mientras seguían a James y a Buffy al auditorio, Lucy todavía se estaba riendo por dentro por la manera en que Josh había elogiado su «contenido». Tenía verdaderas ganas de estallar en carcajadas. A James le había sentado fatal que Josh la prefiriera a ella antes que a su mujer trofeo, y Buffy Tanner se había quedado literalmente con la boca abierta al verse ninguneada en favor de Lucy Worthington.

Pero su diversión no duró mucho. Cuando ya se acercaban a la mesa designada, detrás de la pareja que encabezaba la marcha, Lucy tuvo que reconocer que Buffy Tanner tenía un aspecto absolutamente impresionante con su vestido de noche blanco, luciendo la espalda desnuda. Con aquella belleza a su lado, ¿cómo podría James incluso molestarse en mirar a su discreta secretaria de siempre bajo una luz distinta? Era imposible, decidió Lucy, aunque Josh le había dejado bien asombrado allá, en el vestíbulo. Eso, en sí mismo, era ya un bálsamo para las heridas de su orgullo.

Se dijo que debería conformarse con ello, porque ningún milagro iba a tener lugar durante la velada. Lo mejor que podía hacer era no amargarse y dedicarse a disfrutar de la fiesta con Josh.

El auditorio parecía enorme: era como un mar de mesas redondas, cada una para diez personas, encerrando la pista de baile en el centro. Cuatrocientos invitados estaban ya ocupando sus correspondientes asientos ante las mesas elegantemente adornadas con velas y flores. Incontables estrellas de plata pendían del techo, un recordatorio de que el evento había sido promovido por la Fundación Estrella, con el fin de recaudar fondos para los niños enfermos de cáncer. El propio James había organizado el acto de manera gratuita, y una joven orquesta había subido al escenario para ejecutar con entusiasmo un tema de jazz. Detrás de los músicos se elevaba un estrado con el lujoso deportivo, un Alfa Romeo descapotable, que iba a ser sorteado esa noche.

«Un deseo hecho realidad» era el eslogan de la fiesta benéfica, pero Lucy no podía, sinceramente, creer que su deseo de que James la encontrara de pronto deseable tuviera siquiera una sola posibilidad de hacerse realidad. Más bien lo que sí se estaría preguntando James era cómo un hombre como Josh podía encontrar atractiva a su convencional secretaria... El sex appeal era

una cuestión de química, y Lucy simplemente no tenía la capacidad de despertarle esa chispa de interés. Ocho meses de tratamiento correcto y distante, sin el menor contacto físico, se lo habían demostrado.

Delante de ellos, James ayudó cortésmente a Buffy a tomar asiento en una mesa situada enfrente del escenario, muy cerca de la pista de baile. Una posición privilegiada que, evidentemente, James se había reservado como organizador del programa.

—Tú a mi lado, Lucy—le indicó señalando a su izquierda, después de haber acomodado a Buffy a su derecha.

Lucy se quedó estupefacta y bastante deprimida ante la perspectiva de tenerlo tan cerca durante toda la velada. Aquello iba a ser una constante tortura, tocándolo casi, obligada a escuchar lo que le diría a la modelo a cada momento... Había esperado que cediera a sus amigos aquellos asientos privilegiados frente al escenario. Ella era, después de todo, tan solo su secretaria. Consciente del detalle, Josh, que se había sentado a su lado, le murmuró al oído:

—Huéspedes de honor, Lucy, querida. Un punto a nuestro favor.

Pero Lucy no podía aceptar aquella interpretación tan optimista: estaba demasiado lejos de la penosa verdad que tan bien conocía. Más bien sospechaba un propósito que nada tenía que ver con aquel presunto encanto femenino suyo recién descubierto. Así que en el preciso instante en que James se sentó a su derecha, le preguntó en un susurro:

—¿Por qué me has puesto aquí?

—¿Y por qué no?—sus ojos azules la miraron con una intensidad que le aceleró el corazón.

—Dijiste que no me ibas a hacer trabajar esta noche.

—Y no vas a trabajar.

—Pero me has sentado a tu lado, como si quisieras tenerme cerca.

—¿Es que eso te parece ofensivo? Arqueó una ceja, burlón.

—No, por supuesto que no—se apresuró a negar, aunque detestaba verse atrapada en aquella situación.

—¿Es que está más allá de tu imaginación que pueda disfrutar de tu compañía fuera de las horas de trabajo?

Lucy se ruborizó, intensamente avergonzada por aquella

insinuación que afectaba a sus más secretos deseos.

—Ya tienes compañía—le recordó, señalando con la cabeza a Buffy, que a su vez estaba mirando a Josh con arrebatada admiración.

—Soy ambicioso—repuso James, admitiendo con descaro que aquella noche tenía intención de tener a dos mujeres a su disposición—. Esta es mi mesa, Lucy. Estoy autorizado a colocar a la gente como quiera.

—¿Ah, sí? La belleza a un lado y el cerebro al otro, ¿verdad?—no pudo evitar espetarle.

—Yo no lo expresaría de esa forma.

—¿Cómo lo expresarías?—lo desafió, resentida.

James desvió por un momento la mirada hacia Josh, antes de volver a concentrarla en ella:

—Resulta interesante imaginarse por qué has podido llegar tarde, Lucy—murmuró—. No sé por qué, pero dudo que fuera porque estuvieras manteniendo una conversación intelectual.

Lucy se quedó aturdida de asombro durante varios segundos, hasta que el estupor cedió paso a una violenta sensación de triunfo: ¡había funcionado! El hecho de haberse presentado con Josh y de haber llegado tarde, estaba motivando que James la mirara de una forma distinta. Al menos no la estaba viendo ya como a una secretaria «estimable». Una sonrisa asomó a sus labios.

—Es tan placentero evadirse de las responsabilidades y dejarse simplemente llevar...—explicó con tono desenfadado.

—Algo tendrá que ver con eso cierto catador de vinos...

Lucy volvió a estremecerse de gozo al asimilar las implicaciones de aquellas palabras: James se había referido a que Josh la había catado en un sentido sexual. Lo cual era sencillamente hilarante, dadas las inclinaciones de Josh, a la vez que deliciosamente satisfactorio por las eróticas imágenes que le estaba evocando.

Enseguida se recordó que debía proyectar una actitud sexy. Todo residía en la actitud. Alzando su copa de champán a modo de brindis, pronunció:

—Por el mejor vino de todos.

James alzó su copa, mirándola con los ojos brillantes.

—Quizá el mejor esté todavía por llegar. Hay que probar muchos para saber cuál es el que proporciona el máximo placer.

—Desde luego que sí—convino ella, evocando en su mundo de fantasía una fila de fantásticos hombres dispuesto cada uno a demostrarle que era el mejor. Con James en la última posición.

—¿De qué estáis hablando?—inquirió en aquel instante Buffy.

La enfebrecida mente de Lucy volvió bruscamente a la realidad. El hecho de que James la mirara de diferente forma no significaba que tuviera que encontrarla atractiva. Podía estar simplemente intrigado por la luz que Josh parecía haber proyectado sobre su vida privada, pero era a Buffy a quien James había elegido para su propia vida privada.

—Hablábamos de que es necesario probar muchos vinos diferentes antes de seleccionar el mejor—respondió Lucy, volviéndose hacia Josh en busca de apoyo—: ¿No es así, Josh?

—Absolutamente—exclamó—. Ocurre además que el sabor del mejor permanece en el recuerdo, una vez paladeado—lanzó a Lucy una mirada maliciosamente íntima—. Resulta sencillamente inolvidable.

El impulso de reírse de nuevo casi la hizo atragantarse con el champán, pero se controló lo suficiente como para que nadie notara su diversión.

—¿Eres una buena catadora de vinos, Lucy?—le preguntó Buffy, ignorante del sentido oculto de aquella expresión.

—La verdad es que no. Aunque Josh comparte conmigo su talento de vez en cuando.

Aquello debería haber puesto punto final a la conversación. Sin embargo, su pareja decidió profundizar todavía más en su papel de provocador:

—Lucy es demasiado modesta, Buffy—le explicó—. Por lo que a ella se refiere, siempre estoy dispuesto a satisfacerla...—se interrumpió para lanzarle a su amiga otra picara mirada—... para lo que quiera... y cuando quiera.

Lucy le propinó una patada por debajo de la mesa. Estaba exagerando demasiado.

—¿Y lo consigues?—le preguntó James con cierta sequedad.

—Dentro de lo humanamente posible, sí—fue la entusiasta respuesta de Josh—. La compañía de Lucy es siempre garantía del más inmenso placer—suspiró para luego agregar, sacudiendo la cabeza—: Ojalá fuera más generosa con su tiempo de lo que es.

Volvió a propinarle otra patada, pero Josh seguía mirándola con expresión de felicidad. Estaba disfrutando demasiado de la situación como para contenerse.

—Así que Lucy lleva la iniciativa en vuestra relación—comentó James.

—Es una dama muy testaruda—le confió Josh—. Cuando Lucy se propone que hagas algo, o lo haces o ya puedes enfrentarte a las consecuencias.

—Oh, vamos Josh—protestó ella—, no soy tan desconsiderada contigo...

—Lucy, amor mío, no me estaba quejando. ¡Ya sabes que me encanta satisfacerte!—se llevó una mano al corazón—. Aquí estoy, tu fiel esclavo para lo que sea menester. Ya sabes que tu placer es siempre el mío.

—Un fiel esclavo...—repitió Buffy, impresionada.

Lucy llegó a la conclusión de que definitivamente la situación se estaba descontrolando. Desde luego que se había mostrado de acuerdo con el plan de Josh, pero ahora no estaba muy segura de que ese plan la conviniera demasiado. Si James empezaba a pensar que estaba manipulando a Josh como si fuera un juguete sexual...

—Ah, no sabía que tuvieras tendencias... dominadoras, Lucy—rezongó James.

—¿Qué?—inquirió distraída, obligada a despabilarse mentalmente para concentrarse en lo que le estaba diciendo.

A esas alturas, a Lucy ya le estaba dando vueltas la cabeza. ¿Una dominadora? ¿Era sí como James la estaba viendo... ataviada con un mono ajustado de cuero negro y con un látigo en la mano, sometiendo a los hombres a sus caprichos sexuales?

La estúpida expresión de Buffy obligó a James a exclamar con desenfado:

—Oh, no importa. ¿Qué te parece la orquesta?—señaló a los músicos.

—Oh, es muy buena...

James siguió aquel rumbo de conversación con Buffy, para alivio de Lucy. Necesitaba un momento de respiro para poder calibrar lo sucedido, ordenar sus pensamientos y prepararse para lo que quedaba de velada... ¡teniendo en cuenta que seguramente todo lo que dijera y escuchara estaría cargado de un doble sentido!

—Está picado—le susurró Josh, triunfante.

—Ha mordido el cebo, pero no le gusta...

—¿Y es que eso no quiere decir nada? Está fingiendo indiferencia, Lucy. Se está retorciendo por dentro.

—Pero yo no quiero que piense que soy una dominadora, una sádica...—seguía horrorizada ante la imagen que le evocaba esa palabra... ¡y con mayor motivo porque ya antes se había imaginado a sí misma esposándolo desnudo a una cama! Pero procuró decirse que aquella fantasía era un simple producto de su frustración. Realmente nunca había querido hacer algo así.

—Has desafiado su virilidad—musitó Josh, convencido—. Ahora mismo está pensando en lo mucho que le gustaría dominarte.

—¿Te das cuenta...—lo miró frunciendo el ceño—... de que le has sugerido que eres una especie de juguete sexual en mis manos?

—¿Y qué?—sonrió—. ¿Acaso no crees que Buffy es más o menos eso mismo para él? De esta manera, te has convertido en una especie de desafío.

—Dudo que pueda pensar algo así...

—Dale tiempo. Puede que no se haya dado cuenta todavía, pero ese tipo se muestra posesivo contigo, Lucy, y ahora mismo está terriblemente celoso. ¿Por qué crees que te ha sentado a su lado? Para competir por tu atención: por eso ha sido.

¿Podía ser eso posible? Lucy lo encontraba difícil de creer, aunque Josh no solía errar en sus juicios sobre la gente. Y lo cierto era que James nunca había buscado su compañía durante su tiempo de ocio... Hasta ahora.

De todas formas, buscar su compañía en público no era lo mismo que buscarla en privado. Tal vez tuviera razón Josh con eso de que había estimulado el sentido competitivo de James. Sin embargo, eso no significaba que la viera como una mujer deseable sexualmente... Eso era distinto. No la quería, pero tampoco le gustaba la idea de que otro la tuviera.

Además, ¿qué sentido tenía proyectar falsas imágenes de sí misma? ¿Qué podría ganar finalmente con eso? Lucy quería que la quisieran por sí misma, y no porque representara algún tipo de desafío sexual.

—Yo soy yo y no voy a fingir que soy otra persona—declaró, enfática.

—Desde luego—convino Josh—. Eres perfecta tal cual eres.

—¿Perfecta para qué?—inquirió, sospechando de inmediato.

—Para excitarlo sexualmente hasta el delirio—sonrió, satisfecho—. Tú querías que se quemase, que se abrasara, querida Lucy. Y estamos consiguiendo ese objetivo.

Se dijo que Josh tenía razón. Había que dejar que se quemara. Al fin y al cabo, él la había hecho arder a ella durante todo el día...

Porque Lucy era mucho más que una secretaria «estimable». Muchísimo más.

Capítulo 4

James no estaba disfrutando nada. A la comida no podía encontrarle ningún defecto: solo su ridícula presentación, en cantidades mínimas y como decorando artísticamente cada plato. Qué pretenciosa basura. Tenía el perverso deseo de comer algo sencillo y sólido, como salchichas con puré de patata, por ejemplo. A eso había que añadir la irritantemente insulsa conversación de Buffy. Y su mirada continuamente clavada en Josh Rogan, que evidentemente estaba disfrutando con ello. Josh Rogan: el alma de la fiesta, el tipo encantador que agradaba a todo el mundo y monopolizaba la atención de Lucy.

Sorprendentemente, sin embargo, Lucy mantenía su habitual actitud contenida, representando frente a su amante el papel de mujer seria y rígida. Excepto en la pista de baile: allí, ciertamente, no estaba nada rígida. Con la música parecía derretirse, revelando una faceta de sensualidad muy semejante a aquella que seguramente desplegaría en la cama, dada la disposición de un tipo como Josh Rogan a satisfacer todos sus deseos. Aquella era una tentadora mezcla, pero lo más irritante de todo era la displicente indiferencia con que lo trataba.

Cada vez que James intentaba entablar alguna conversación con ella, casi al momento desviaba la atención hacia cualquier otra cosa que se estuviera diciendo en la mesa.

Tuvo que concluir que Lucy se estaba vengando de él por haberla obligado a sentarse a su lado. Y ciertamente había demostrado muy poco tacto al presentarla a todo el mundo como su «eficacísima secretaria». Incluso cuando le había rozado accidentalmente el brazo, había dado un respingo como si le repugnara su contacto. Para seguidamente mirar de manera muy expresiva a Buffy, como diciendo: «ahí tienes a tu muñeca particular. Manoséala a ella, no a mí».

Cuanto más pensaba sobre ello, más convencido estaba de que Lucy Worthington era una adicta del control. En su trabajo, siempre estaba dispuesta a controlar cualquier situación. Evidentemente tenía a Josh Rogan a su total disposición. Era avara con el dinero. Sin duda alguna, para ella los deportivos como el Alfa Romeo descapotable que se iba a rifar aquella noche era una inútil

frivolidad. Sumido en esas reflexiones, James había caído ya en un humor taciturno cuando uno de los músicos de la orquesta se le acercó para comentarle algo en privado. Rápidamente se disculpó y se levantó de la mesa, agradecido de poder distraerse al fin del problema que tenía con Lucy. Además, el no contar con ella para la resolución de cualquier tipo de problema demostraba que había sido sincero cuando le aseguró que aquella noche disfrutaba de una completa libertad. Sin compromisos de ningún tipo. Además, quizá no estuviera tan arisca y quisquillosa cuando regresara a la mesa.

Lucy lo observó marcharse con la esperanza de que no volviera. La tensaba demasiado; en su compañía, le resultaba imposible disfrutar con tranquilidad de la velada. Suspirando profundamente, ya se disponía a relajarse cuando vio que Buffy Tanner se sentaba en la silla que James había dejado libre, aparentemente decidida a mantener con ella una conversación de mujer a mujer.

—Me encanta tu amigo—le ronroneó al oído—. ¿Dónde has encontrado a un tío tan estupendo?

—Oh, hace años que conozco a Josh—explicó, no queriendo precisar demasiado.

—Entonces, ¿cómo es que todavía no te has casado con él?

—Oh—Lucy se permitió esbozar una seca sonrisa—, porque eso no nos habría convenido a ninguno de los dos.

—Te refieres a lo de conservar tu libertad de movimientos...

—Simplemente cada uno respeta el estilo de vida del otro, Buffy.

—Eso me gusta—asintió, alegre—. James, en cambio, es tan gruñón con lo de la puntualidad... No hace ninguna concesión.

—¿No es todo tan bonito en el paraíso?

—¿Qué?

—Quiero decir que... si no todo es tan de color rosa en tu relación con James.

—Oh—se encogió de hombros—, lo que pasa es que es siempre tan enérgico, tan activo. Tú, que trabajas para él, ya sabrás a lo que me refiero. Siempre está pensando en lo que hay que hacer a continuación. Presión, presión, presión.

—Mmmm... Probablemente por eso tenga tanto éxito en los negocios.

—Supongo que sí—Buffy no parecía valorar demasiado ese éxito —. Pero en el sexo es bueno—añadió como si quisiera compensar el

juicio anterior, y se acercó a ella para añadir en tono confidencial —: Y supongo que Josh también, ¿no?

—Aja—asintió.

—¿Rinde bien?

—¿Qué?

—Ya sabes. Algunos tipos tienen un físico espléndido, pero cuando llega la hora de la verdad... son decepcionantes.

No sabiendo qué responder a eso, Lucy murmuró:

—Supongo que James no será decepcionante.

—En ese terreno, no. Está muy bien dotado. No se cansa nunca —le aseguró, haciendo rodar los ojos como para subrayar sus palabras—. ¿Qué me dices de Josh?

Lucy soltó otro suspiro, ansiosa por cambiar el rumbo de aquella conversación. Teniendo en cuenta lo hablado hasta ese momento, no sabía cómo iba controlar sus fantasías cuando James retornara a la mesa.

—Josh jamás me ha decepcionado—contestó sincera, aunque aquella respuesta nada tenía que ver con el sexo—. ¿Siempre evalúas de este modo el comportamiento de los hombres en la cama?

—Bueno, tiene su importancia, ¿no?—razonó Buffy—. Después de todo, para eso nos quieren a nosotras, ¿no? Y sería absurdo que nosotras no sacáramos alguna satisfacción.

—¿Qué hay de la mutua compañía? ¿Del placer de compartir cosas?

—¡Bah! En mi experiencia, los hombres solo soportan lo que ellos quieren hacer: no aceptan nada más. El sexo es uno de los escasos consuelos que tenemos, y hay que aprovecharlo.

Lucy nunca había contemplado en esos términos las relaciones entre hombres y mujeres. No le gustaba el punto de vista de Buffy. Ella quería creer que algún día podría alcanzar lo mejor de ambos mundos: el tipo de amistad que podía tener con Josh y el apasionado deseo que sentía por James.

La orquesta empezó a tocar de nuevo, y Lucy supuso que el problema anterior debía de haber quedado resuelto. Localizó a James dirigiéndose hacia la mesa, y, antes de que pudiera evitarlo, se descubrió admirando su imponente físico y pensando en lo que Buffy le había dicho. Lo cual la dejó literalmente consternada,

mientras una ola de rubor barría sus mejillas. Para disimular, se llevó la copa de champán a los labios. Buffy, que también había visto a James, se levantó para acercarse a Josh, apoyando una mano sobre su hombro.

—Ven a bailar conmigo, Josh. Al menos podré secuestrarte el tiempo suficiente para que me regales un baile, ¿verdad?—pronunció, haciendo un puchero.

—Pero eso significaría dejar sola a mi pareja—repuso con tono seductor.

—James viene hacia aquí. Ya se encargará de ella—se apresuró a señalar—. Quiere a Lucy con verdadera pasión...

—Bueno, entonces... ¿debo o no interponerme en el camino de la verdadera pasión?—le preguntó Josh a Lucy, con un malicioso brillo en los ojos.

—Oh, adelante. Ya me las arreglaré—lo animó, deseosa de que Buffy se largara antes de que pudiera decirle algo delante de James, y aumentar así todavía más su azoro.

—Tus deseos son órdenes—y se levantó para seguir a la pista de baile a Buffy, que a su vez procuró no cruzarse con James.

Él, por supuesto, lo notó. Los miró a los dos y luego desvió la mirada hacia Lucy, que no pudo menos que irritarse al adivinar lo que estaría pensando: que Buffy le había arrebatado al «esclavo» y que ella se había quedado a dos velas.

—Veo que tu pareja se ha ido con la mía—le comentó.

—Sí, Buffy insistió en bailar con Josh y yo le dejé que le diera gusto—contestó, pensando que aquella respuesta debería ponerlo en su lugar.

—¿Me darás gusto también a mí?

Lucy se quedó aturdida por un instante, intentando encontrar una lógica en aquella repuesta.

—¿Perdón?

James esbozó una irónica sonrisa, que contrastaba con el torvo desafío que brillaba en sus ojos.

—¿Sería demasiado pedirte que bailaras conmigo?

La duda y el deseo batallaron en el interior de Lucy.

—Si es una cortesía...

—No lo es. Quiero bailar contigo.

—De verdad, no es necesario que te sientas obligado...—insistió,

incrédula.

—Llevo toda la noche deseando bailar contigo—la interrumpió con vehemencia—. Si no te hubieras mostrado tan arisca, te lo habría pedido antes. Di simplemente sí o no, Lucy. No voy a ponerme de rodillas.

¿Ponerse de rodillas? El corazón se le aceleró al evocar la fantasía de la dominadora sádica. Decidida tanto a desmentir la idea que James tenía de ella como a disimular la inquietud que le producía bailar con él, se levantó de la mesa.

—Bailemos—le dijo con todo el aplomo que pudo reunir.

Un brillo de triunfo relampagueó en los ojos de James, como si hubiera ganado la batalla. La tomó firmemente del brazo acercándola hacia sí, lo cual era completamente innecesario dado lo cerca que estaban de la pista de baile. Las palabras «dominante» y «posesivo» asaltaron la mente de Lucy. ¿Tendría razón Josh? ¿Se habría convertido de pronto en un desafío sexual para su jefe?

Lo cierto era que se sentía agradecida de que la agarrara así del brazo, porque sus piernas se habían convertido en pura gelatina solo de pensar que James Hancock podía tener alguna intención de acostarse con ella. Una punzada de nervios le atravesó el estómago. Resultaba terriblemente incómodo tener que reaccionar de esa manera. Y la incomodidad fue aun mayor cuando James, una vez en la pista de baile, la soltó de repente para empezar a bailar un tema de rock, y Lucy se tambaleó visiblemente. Esforzándose desesperadamente por recuperar el equilibrio y obligar a sus piernas a funcionar de nuevo, intentó concentrarse en el ritmo de la música. Pero no tardó en dejarse distraer tanto por los movimientos de sus poderosas piernas y por el contoneo de sus estrechas caderas que...

—Vas a dejar de hacer eso ahora mismo, Lucy—gruñó de repente James, con sombría expresión.

—¿Dejar de hacer qué?—balbuceó, confundida.

—De fingir como lo estás haciendo conmigo. De simular que no te sientes cómoda bailando, como si fuera la primera vez que lo haces. Te vi bailando con Josh, y con él no te mostrabas tan tímida.

—Estoy acostumbrada a bailar con Josh—protestó ella—. Me siento muy cómoda con él. No es mi jefe.

—Pero esto no es la oficina.

—De todas formas sigues siendo mi jefe—insistió.

—Ya es hora de que arriesgues un poco—la miró con los ojos brillantes—. Deja de jugar seguro aunque solo sea por una vez.

De repente la tomó desprevenida, atrayéndola hacia sí de una manera tan brusca que la dejó sin aliento. O quizá fuera la impresión de sentir su musculoso pecho contra el suyo cuando James entrelazó las manos por detrás de su cintura... no dejándole más opción que echarle los brazos al cuello.

—Y ahora relájate—le ordenó.

Y Lucy se relajó. Le ardían los senos al contacto de su pecho. Sus pies seguían sus movimientos como si llevaran toda la vida haciéndolo. Todo su cuerpo se derretía al contacto con el suyo. Lo único que no se le derretía era el corazón, acelerado al máximo por la inmensa energía que emanaba James.

—Así está mejor—murmuró, satisfecho.

Lucy mantenía la boca cerrada. Aunque lo de no contestar no era una decisión consciente: se había quedado muda de estupor ante lo que estaba sucediendo. James Hancock la estaba abrazando como siempre había soñado que lo haría. Se encontraba en el séptimo cielo. No sabía si aquello era una exhibición de su hombría o era otra cosa: en aquel preciso instante, nada de eso le importaba. Simplemente estaba disfrutando de la sensación de tenerlo justo donde había querido tenerlo. Bueno, no era exactamente allí, pero se acercaba.

Y él tampoco permanecía inmutable, ya que sin lugar a dudas Lucy podía sentir su excitación. Sorprendentemente, no parecía nada preocupado por guardar una discreta distancia. ¿Estaría acaso disfrutando de la sensación e imaginándose lo que se sentiría al estar incluso... dentro de ella? Ese pensamiento la hizo derretirse todavía más, reduciéndola a un estado de febril aturdimiento. Sin aliento, sin habla, sin cerebro, su cuerpo respondía como un autómata a sus movimientos, fundido con el suyo. El contacto físico se iba haciendo cada vez más agudo, hasta que Lucy se sintió en la cumbre del clímax...

La música se detuvo. Lucy tardó varios segundos en asimilar que James ya no estaba bailando. Sus oídos registraron finalmente que la orquesta había dejado de tocar. Le sorprendió que, a pesar de su mutua excitación, él hubiera sido más consciente de lo que los rodeaba que ella. ¿Se habría limitado a jugar una especie de juego

sexual, demostrándole palmariamente lo bien que estaba dotado... o que estaba mejor dotado que Josh? La excitación de Lucy se enfrió al momento.

—La orquesta tocará pronto otro tema—le dijo James, como para justificar que no hubiera dejado de abrazarla.

Lucy aspiró profundamente, como si necesitara oxigenarse el cerebro. No iba a dejarse arrastrar de nuevo por ninguna fantasía. Resultaba demasiado humillante cuando sabía perfectamente que era con Buffy Tanner con quien iba a acostarse James aquella noche.

—No. El baile ha terminado—pronunció con frialdad, empujándolo suavemente.

James aflojó su abrazo lo suficiente como para ella pudiera echarse hacia atrás y lo mirara a los ojos. Un gran error, porque aquellos ojos destilaban puro deseo, confundiéndola una vez más.

—No me digas que no te ha gustado, Lucy—la desafió.

—Bailas muy bien, James—repuso, recelosa—. Y ahora, si no te importa, el baile ya ha terminado y me gustaría que me soltaras.

—¿Porque soy tu jefe?

—Esa es una razón.

—¿Para ti las etiquetas sociales son más importantes que las personas?

—Fuiste tú quien me etiquetaste delante de todos como tu «eficacísima secretaria»—le espetó.

—Lo cual fue un error, y me disculpo por ello.

—Mira, yo no soy tu pareja en esta velada.

—¿Y si te dijera que me gustaría que lo fueras?

—Pensaría que has bebido demasiado champán.

—¿Tan difícil te resulta creer que tú puedes ser el champán que llevo en mi sangre, Lucy?

Los ocho meses que llevaba trabajando para él desmentían ese aserto.

—¿Desde cuándo, James?—inquirió, escéptica—. ¿Desde que esta noche me presenté del brazo de Josh? ¿Es eso lo que ha cambiado tu opinión sobre mí? ¿Ya no me consideras tan aburrida, después de todo?

—Tú nunca me has aburrido—protestó, vehemente.

—Ya me dijiste antes eso. Yo estoy para entretenerte, y Buffy

para satisfacer tus otras necesidades—le espetó, airada—. Así que mantengamos las reglas como están.

Después de haberle lanzado aquel amargo comentario se liberó de su abrazo y se acercó al escenario, donde un hombre estaba anunciando algo por el micrófono. Se esforzó por concentrarse en lo que estaba diciendo, decidida a dejar de una vez por todas de pensar en James.

—... y la ganadora es... ¡Lucy Worthington... de Bellevue Hill, Sydney!

Estupefacta al escuchar su propio nombre resonando en el auditorio, durante varios segundos fue incapaz de reaccionar. Pero de pronto Josh se abrió paso entre la multitud, la levantó en brazos y empezó a dar vueltas con ella como un loco, riendo de alegría.

—¡El Alfa Romeo! ¡Es tuyo, Lucy, querida! ¡Lo has ganado!

¡El sorteo! ¡El premio! En un determinado instante llegó a pensar, todavía aturdida, que también a ella podían sucederle milagros.

Y que quizá, solo quizá, si rompía las reglas y se comportaba como Buffy... ¡otro milagro podría ocurrir!

Capítulo 5

James cerró los puños, luchando contra el abrumador impulso de arrancar a Lucy de los brazos de Josh Rogan y de darle a ese prepotente galán su merecido. Nunca antes se había sentido tan agresivamente posesivo con una mujer. Y la adrenalina de aquel instinto cavernícola se sumaba al excitante efecto del baile con Lucy.

De pronto, Buffy apareció a su lado y lo tomó del brazo.

—¿Cómo puede tener tanta suerte?—exclamó, envidiosa, refiriéndose a Lucy.

Tener a una mujer tan atractiva junto a él debería haberle servido de consuelo, pero no fue así. La deliciosa feminidad de Buffy no lo excitaba lo más mínimo en aquel momento. De hecho, estaba produciendo el efecto opuesto.

—Me encantaría tener un coche como ese—ronroneó Buffy.

«Ya, y también un hombre como Josh Rogan», pensó James, perverso. Aunque no le preocupaba que Buffy deseara a la pareja de Lucy. Si por él fuera, podría irse ahora mismo con aquel tipo. Y cuanto antes lo hiciera, mejor, ya que al menos eso lograría separar a Josh de Lucy y liberarla de cualquier escrúpulo que pudiera tener de acercarse a otros hombres... El problema era que el propio James sabía perfectamente que eso no iba a suceder. Aparentemente Josh estaba encantado de estar solo con Lucy: de hecho, en aquel instante estaba subiendo con ella en brazos al estrado para recoger el premio.

La orquesta empezó a tocar de nuevo, en esa ocasión un divertido tema de jazz. Pero no había rastro alguno de alegría en la expresión de James mientras se resignaba a bailar con Buffy. Era a Lucy a quien quería volver a tener entre sus brazos. Y ella se había equivocado por completo al reprocharle que nunca antes se hubiera sentido atraído por ella. Claro que se había sentido atraído. Pero solamente durante esa noche aquella atracción se había encarnado en una realidad de carne y hueso, cuando mientras bailaban, la sintió reaccionar y entregarse tan sensualmente a él...

Lucy se había desinhibido. No del todo, ciertamente, pero sí lo bastante como para que James pudiera imaginarse lo que sería cuando se despojara de todas aquellas inhibiciones... Ropa incluida.

Una serie de eróticas imágenes empezaron a asaltar su mente mientras bailaba con Buffy. Sí. El lunes, cuando Lucy se presentara en la oficina, las reglas iban a cambiar. Ya no podría escudarse detrás de Josh Rogan. Y si aparecía toda inhibida y encorsetada en su papel de secretaria… bueno, pues a él le proporcionaría un gran placer intentar despojarla de ese corsé.

Lucy creía estar soñando. Había ganado una fortuna con aquel lujoso deportivo. Por supuesto, no lograría amortizar todo su valor cuando lo vendiera, pero aun así el dinero obtenido le llegaría para pagar la hipoteca del apartamento, así como el mobiliario que quería adquirir.

—¡Todavía no puedo creer en la suerte que tengo! Pellízcame, Josh—le susurró mientras bajaban del escenario.

—Definitivamente estás teniendo una buena racha—y arqueando una ceja, añadió—: Me parece a mí que el «camino de la verdadera pasión» se ha calentado mientras bailabas con tu jefe.

—Verdadera pasión…—Lucy esbozó una mueca—. No diría yo tanto.

—¿Deseo sin límites?

—Hay límites en una pista de baile, pero sí tengo que reconocer que fue algo…

—¿Estimulante?

—Mmmm.

—Nunca subestimes a la química.

La pista de baile se había vaciado. Mientras se dirigían a su mesa, Lucy buscó nerviosamente a James con la mirada, esperando secretamente que Josh estuviera en lo cierto con lo de la química… aunque no podía evitar dudar de los factores tan especiales que parecían haber jugado un importante papel esa noche. ¿Terminaría haciendo el ridículo si se atrevía a realizar algún movimiento insinuante en esa dirección, para estimularlo? Quizá no debería resignarse. Quizá debería esperar a ver si algo real había ocurrido entre James y ella, y no un pasajero capricho motivado por tan inusuales circunstancias. Si en la oficina y a la cruda luz del día, todavía llevaba en la sangre ese champán que le había dicho que llevaba…

James no tardó en ocupar de nuevo su asiento a la mesa, sonriendo a Josh y a Lucy con simpatía.

—¡Felicidades!—exclamó.

—Yo me estoy muriendo de envidia—reconoció Buffy—, pero me alegro muchísimo por ti. Debes de sentirte como si estuvieras flotando en el séptimo cielo.

—Así es—admitió Lucy, y miró agradecida a James—. Gracias.

—Con ese Alfa Romeo vas a ser el terror de la autopista—bromeó uno de los invitados.

—Tendrás que tener cuidado con la policía. Para ellos, un deportivo rojo es sinónimo de exceso de velocidad—comentó otro.

—Me estoy imaginando las sensaciones: la caricia del sol en la cara, el viento haciendo ondear tu melena, los chicos detrás de ti... Josh, tendrás que estar atento.

James se echó a reír y comentó, sacudiendo la cabeza:

—Oh, yo estoy seguro de que nada de lo que estáis profetizando va a ocurrir.

—¿Por qué no?—inquirió Buffy.

—Porque Lucy nunca llegará a conducir ese coche—la miró con expresión conocedora—. Se lo venderá al concesionario y se quedará con el dinero.

Aquello era justamente lo que había pensado hacer Lucy, pero el hecho de oírlo de labios de James con aquel tono de engreída confianza tuvo el perverso efecto de impulsarla a negarlo.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso?—protestó, indignada ante esa imagen de mujer aburrida que James todavía conservaba de ella.

—Porque es lo más sensato que podrías hacer—respondió con un tono de divertida burla.

«¡Sensato!», repitió para sus adentros, airada, a pesar de que sabía que tenía razón.

—Y tú siempre eres muy sensata con el dinero, Lucy—añadió James—. Jamás haces nada extravagante.

Aquello era igualmente cierto, pero era una verdad de la que de repente quería renegar. ¡Al diablo con la sensatez! Quería llevar ropa tan escandalosamente sexy como la de Buffy. Quería disfrutar conduciendo un descapotable con la melena al viento. Quería disfrutar de los placeres del presente y olvidarse del mañana. Quería dejar estupefacto a James Hancock.

—El lunes no iré a trabajar, James—anunció, implacable.

—¿Por qué?—la miró frunciendo el ceño.
—Porque el lunes recogeré mi coche. Mi coche, no el dinero.
—¿Vas a recogerlo?
Su tono de incrédulo asombro fue como música para los oídos de Lucy. ¡James Hancock iba a tener que cuestionarse la etiqueta que la había asignado!
—Espero que no te importe—pronunció con tono dulce—, pero necesito ese día libre. Por supuesto, no esperaré que me lo pagues...
—No me refería a eso, Lucy.
—Puedo llegar a ser bastante extravagante cuando me apetece serlo, James.
—No seas absurda—la interrumpió—. Ni siquiera has faltado un solo día por enfermedad.
—A veces es un engorro disfrutar de tan buena salud.
—Pues yo me alegro de ello. Tienes derecho a tomarte un día libre pagado. Es absurdo sugerir lo contrario.
—Como quieras—aceptó Lucy, experimentando una verdadera sensación de triunfo al haber destrozado la imagen que James tenía de ella.
—¿Sabes conducir?—le espetó.
Lucy se indignó todavía más.
—Como la mayor parte de la gente, James, me saqué mi permiso de conducir antes de los veinte años.
—Pero conducir un deportivo no es lo mismo que conducir un reposado sedán.
«¡Reposado!», se repitió Lucy, apretando los dientes. Se lo iba a demostrar. Le iba a demostrar que su «estimable señorita Worthington» iba a convertirse en la menos reposada secretaria que se había echado a la cara... a partir del martes por la mañana.
—Creo que será mejor que yo también me tome el día libre y te acompañe a tomar posesión de ese coche—añadió James, como previendo su incompetencia en ese terreno—. Lo probaré antes para que puedas sentirte segura en él.
«¡Segura!», exclamó para sí.
—No es necesario.
—Lucy... la inexperiencia es el motivo más frecuente de los accidentes. Me preocupo por ti.
¿Ah, sí? ¿Se preocupaba por ella o lo que le preocupaba era

quedarse sin secretaria si se estrellaba?

—Podrías subestimar su poder de aceleración—le explicó James —. La carretera se ve muy diferente a bordo de un deportivo.

—James lo sabe muy bien—terció Buffy, apoyándolo—. Tiene un Porsche.

«Qué maravilloso despliegue de sentido común», pronunció para sus adentros Lucy. Pero el sentido común no tenía nada que ver con lo que pensaba hacer entre ese momento y el martes por la mañana. A pesar del amable gesto de James, no quería volver a disfrutar de su compañía hasta que estuviera bien dispuesta y preparada.

—Josh tiene un MG—le informó a Buffy, antes de concentrarse nuevamente en James—. Gracias por haberme ofrecido tus servicios, pero no los necesito. Me las arreglaré perfectamente, gracias.

James tensó la mandíbula. Por un instante apareció en sus ojos un auténtico brillo de furor cuando repuso:

—Entonces espero verte en la oficina el martes por la mañana.

—Descuida—le aseguró Lucy.

—Un día James me llevó al concesionario de MG donde tienen todos esos coches maravillosamente expuestos—le comentó Buffy a Josh—. Eran fabulosos.

—El que tengo yo es de época—le informó él secamente, como sin darle importancia—. Un modelo de los cincuenta restaurado.

Aquella información interesó sobremanera a todos los compañeros de mesa y Lucy pudo al fin relajarse, agradecida de que finalmente no se ocuparan más de ella. Después de haber anunciado su decisión, tendría que planificar lo que iba a hacer durante los próximos días. El mobiliario de su apartamento podía esperar. En cuanto a la hipoteca, la seguiría pagando. Pero... ¿y los gastos de registro del coche? ¿Y el seguro? ¿Y la gasolina? ¿Y los costes de aparcamiento?

«¡Para ya!», se ordenó. Si podía imponerse a James Hancock mediante aquellas tácticas, lo haría. A pesar de lo que le costara. Una mujer tenía derecho a poner un poco de locura en su vida.

James permaneció de un humor taciturno mientras el resto de los comensales charlaban sobre los coches de época. La determinación que seguía desplegando Lucy de guardar las distancias con él resultaba extremadamente frustrante. Ni siquiera

estaba dispuesta a compartir su tiempo fuera de la oficina, durante su día libre. Le había etiquetado como su jefe y con esa etiqueta iba a quedarse, a pesar de todo. Y la engañosa imagen que había proyectado durante todos aquellos meses había respondido al evidente objetivo de evitar toda intimidad.

Pero no se había dejado engañar. Su instinto había visto en Lucy Worthington más de lo que sus ojos le habían mostrado. Su verdadera vida estaba aflorando a la luz aquella noche. Se volvió hacia ella, buscando confirmar sus sospechas.

—Te has puesto ese viejo y socorrido vestido negro esta noche por mí, ¿verdad?

—¿Perdón?—la miró asombrada.

—Porque se trata de un vestido de trabajo, ¿no?

—Vaya. Lamento que pienses que no me he vestido de la manera apropiada.

—No es eso. Solo estoy descifrando el enigma que representas, Lucy Worthington. Esta noche te estoy viendo bajo una nueva luz—declaró, como burlándose.

De repente, el rostro de Lucy se iluminó con una sonrisa que parecía desmentir todas aquellas afirmaciones. Y levantando su copa a modo de brindis, pronunció:

—Bueno, ¡por los mejores días que habrán de venir!

«Y noches», añadió para sí James mientras brindaba con ella. Aunque fuera lo último que tuviera que hacer en su vida, descubriría todo lo que había que saber sobre Lucy Worthington... ¡hasta el más íntimo detalle!

Capítulo 6

Ni siquiera el frescor de la noche atenuó la fiebre que abrasaba el cerebro de Lucy. El baile había terminado, pero todavía tenía la sensación de que sus pies seguían bailando mientras Josh y ella salían del centro de convenciones hacia el aparcamiento. Había conseguido atraer el interés de James Hancock. De eso no había duda. Ahora se trataba de hacer uso de todos los medios posibles para conservarlo.

—¿Qué le vas a decir a tu madre?—le preguntó Josh, curioso.

—¿A mamá?

Una punzada de culpa desinfló de repente los embriagadores sueños de triunfo y conquista de Lucy. Su madre no aprobaría en absoluto aquellos planes. De hecho, al menor rumor que llegara a sus oídos le daría un ataque.

—No voy a decirle nada—declaró con tono decidido, y lanzó a Josh una severa mirada—. Y tú no te atrevas a comentarle nada a la tuya. Ya sabes que las dos pertenecen a la misma asociación de Mujeres Empresarias.

Josh alzó las manos en un expresivo gesto de inocencia.

—Tus secretos son mis secretos, querida Lucy.

Josh y su madre tenían una relación muy estrecha, e invariablemente se lo contaban todo. De hecho, Lucy a menudo los había envidiado por ello. Sally Rogan era una persona muy cariñosa. Viuda desde que Josh tenía tres años, había abierto una boutique de moda que había acabado por triunfar, en gran medida por la simpatía que desplegaba con sus clientes.

La madre de Lucy, en cambio, tenía tendencia a sermonear más bien a sus clientes. Poseía una tienda de comida dietética y se creía autorizada a dictar a todo el mundo lo que tenía o no tenía que comer. Las personalidades de Ruth Worthington y de Sally Rogan no podían ser más diferentes. Para Ruth ser sensata era lo primero, mientras que Sally daba prioridad al sano disfrute de los placeres de la vida. Las dos no se mezclaban socialmente, aunque llevaban cerca de treinta años viviendo y trabajando en el mismo pueblo. La posesión de un negocio era lo único que tenían en común, y solamente coincidían en las asambleas de la asociación de Mujeres Empresarias donde, dada la inveterada amistad de sus hijos, solían

comentar sus respectivas noticias. Precisamente por eso mismo, la noticia de lo sucedido aquella noche debía mantenerse a toda costa en el más estricto secreto.

Lucy podía imaginarse muy bien lo que sucedería si no lo lograba. Su madre despreciaba las extravagancias y desconocía el significado de las palabras «diversión» o «placer». O al menos así había sido desde que su marido, con el que se había casado al quedarse embarazada, terminó abandonándola por otra mujer. Lucy no conservaba recuerdo alguno de su padre. Se había marchado de casa antes de que ella cumpliera los dos años, pero desde entonces había sido educada en la maldad de aquel acto de deserción. Y con frases típicas como «no confíes para nada en los hombres», «busca siempre tu propia seguridad», o «nunca pierdas la cabeza por un hombre. Tarde o temprano se aprovechará de ti».

Decidida a romper ahora todas aquellas reglas, Lucy no quería escuchar sermones ni censuras de su madre. Ya sufriría, si no podía evitarlo, las consecuencias de aquella decisión, pero tener que oír frases como «ya te lo decía yo» no serviría más que para exacerbar su propio sufrimiento.

—Entonces, ¿cómo vas a esconderle la existencia del coche?—le preguntó Josh.

—Lo dejaré en Sydney—suspiró, muy consciente de lo que pensaba su madre acerca de la gente que conducía deportivos rojos.

—¿Y seguir teniendo que tomar el tren a Gosford cada vez que vayas a visitarla?

—Eso es mejor que tener que aguantar sus críticas. Además, no es un viaje tan largo.

De hecho, el tren solo tardaba una hora y diez minutos en hacer el trayecto de Sydney al pueblo de Gosford.

—Es desperdiciar un gran coche no usarlo en la autopista—comentó Josh—. Deberías disfrutarlo a placer y olvidarte de lo que pueda pensar tu madre.

—Lo disfrutaré. Pero probablemente al final terminaré vendiéndolo, así que ¿qué sentido tendría montar un escándalo con mi madre?

—¡Ah!

Lucy se dijo para sus adentros que aquel «¡ah!» estaba cargado de significados. Demasiados.

—Tú dijiste que debía mostrarme imprevisible—le recordó.

Josh se echó a reír y se puso a canturrear:

—Este es el momento...

Riendo, Lucy lo acompañó en la canción, y Josh la levantó en brazos y la alzó hacia las estrellas, metafóricamente hablando. Gozosos, festejaron el hecho de haber vencido a la frustración con que Lucy había empezado aquella tarde. Definitivamente, los milagros existían.

—Bueno, querida Lucy, si realmente vas a ir en serio con todo esto, tendrás que dejar de recogerte el pelo...—le aconsejó cuando volvió a bajarla al suelo.

—Ya lo sé.

—Y se impone también hacer algunas compras.

—¿Querrás ayudarme, Josh? ¿Tienes tiempo libre mañana? Quiero comprarme ropa moderna y sexy para no desentonar con el descapotable, pero tampoco quiero parecer muy descarada.

—Mañana por la parte asolaremos las tiendas—le prometió.

—¡Estupendo!—volvió a colgarse de su brazo mientras se acercaban al aparcamiento—. Tú tienes muy buen ojo para la ropa... ¡y además eres el mejor amigo del mundo!

—Cariño, para mí será un enorme placer verte emerger como una mariposa del pequeño capullo que tejió tu madre.

—¿Tan... sosa y aburrida he sido hasta ahora?—frunció el ceño.

—No. Eso no lo has sido nunca—le aseguró Josh—. Pero has vivido durante mucho tiempo bajo las constricciones que te impuso tu madre. Si te obsesionas demasiado con la seguridad, acabas perdiéndote el aspecto divertido de la vida y eso te impide vivirla en toda su plenitud.

«Pero también te evitas sufrimientos», se dijo Lucy, hasta que se dio cuenta de que estaba repitiendo como un loro lo que había escuchado de su madre. Sacudió la cabeza, impresionada por la idea de que hasta entonces había estado viviendo una vida que no era realmente vida.

—Fíjate por ejemplo en los trajes que te pones para ir a trabajar —continuó Josh con tono serio—. Esos trajes te acorazan contra el riesgo. Son fríos, seguros, escapan a toda crítica, profesionales, pero no expresan a la verdadera Lucy. Al menos a la Lucy que yo conozco. Son como un reflejo de tu madre.

—Ya, supongo que sí—convino, pensativa.

—Llevar esa ropa no tiene nada de excitante.

—Es verdad. Y no le doy ninguna importancia.

—Y no debería ser así, Lucy. Deberías apreciar, amar la ropa que te pones.

—Oye—lo miró con expresión maliciosa—, parece que es tu madre la que está hablando ahora...

—Mi madre tiene razón. La ropa debería animarte, hacer que te sientas bien contigo misma. La actitud de conformarse con cualquier cosa es deprimente, da a entender que no te valoras a ti misma.

—Bueno, pues mañana, cuando salgamos a comprar, me pondré en tus manos.

—No en mis manos. En las tuyas.

—Pero puede que me equivoque.

—No—sacudió la cabeza—. Sabrás que no te has equivocado por la sonrisa de tu rostro, por el tintineo que sientas en el corazón. Lo único que tienes que hacer es dejarte llevar, seguir tu instinto. Confía en ti misma y no te dejes afectar por la opinión de nadie.

Aspirando profundamente, Lucy tomó la decisión de escoger con toda libertad lo que le gustara y lo que le hiciera sentirse sexy. No más ropa de trabajo. No más peinado de trabajo. Sonrió al imaginarse la cara que pondría James cuando la nueva Lucy Worthington se presentara el martes por la mañana ante él.

Una vez en el aparcamiento donde había dejado su MG, Josh le abrió la puerta del conductor.

—Será mejor que vayas practicando.

—Oh, pero no puedo...

—Por lo que sé, el único coche que has conducido hasta ahora es el Ford de tu madre, con marchas automáticas. Hay que reconocer que esta noche James Hancock tuvo razón en una cosa: un deportivo no es como cualquier otro coche. Sube. Te daré una lección.

—¿Pero y si lo golpeo o le hago un arañazo antes de salir del aparcamiento?

—Asumiré el riesgo—repuso sonriendo.

El brillo de desafío de sus ojos la estimuló. Después de todo, eso era lo que había decidido hacer: asumir los riesgos. Se sentó al

volante del MG. «Ya está», se dijo. Adelante. El martes por la mañana arrollaría a James Hancock. Era un delicioso pensamiento.

—Muy bien. Dale vida al motor—la instruyó Josh, a su lado.

Riendo entre dientes, Lucy arrancó. Sí, lo que necesitaba era más vida. E iba a empezar en ese momento.

Capítulo 7

Con una sonrisa bailando en los labios, y disfrutando de un agradable cosquilleo de expectación, James abrió la puerta del despacho de su secretaria. Esperaba encontrar a Lucy en el trabajo, preparándose para su llegada. Fue por eso por lo que, al no verla, se llevó una instantánea decepción. Miró su reloj: las nueve menos cinco. Formalmente no era tarde, pero Lucy siempre llegaba antes de esa hora. Siempre llegaba antes que él. Que no lo hubiera hecho aquel martes por la mañana resultaba especialmente grave dado que se había tomado el lunes libre.

Precisamente el día anterior James apenas había trabajado, distraído como había estado por su ausencia y por el lacerante deseo de dar una dimensión nueva a su relación con Lucy. A pesar de decirse una y otra vez que era estúpido estropear lo que hasta entonces había sido una idílica relación laboral, no podía librarse de la tentación que no había dejado de corroerlo desde el viernes por la noche. Deseaba a Lucy Worthington.

Ni siquiera se había quedado con Buffy después del baile. Ni había sentido tampoco la más ligera chispa de interés por mujer alguna de la fiesta a la que había asistido el sábado por la noche. Solo había una mujer con la que quería estar: una mujer que, en aquel preciso momento, le estaba dejando nuevamente frustrado.

De repente lo asaltó un esperanzador pensamiento. Atravesó el despacho de Lucy y abrió la puerta que comunicaba con el suyo. No: tampoco estaba allí. Sintiéndose doblemente rabioso, ni siquiera se planteaba la posibilidad de trabajar sin Lucy. Se sentó ante su escritorio y se apoyó en él, con los brazos cruzados, dispuesto a reprocharle su tardanza en cuanto llegara. Todo le parecía extraña y artificialmente silencioso. No tenía ninguna cita con clientes aquella mañana, así que solo le quedaba esperar a Lucy... para que acabara con la soledad que tanto le había torturado desde el día anterior.

El apresurado sonido de unos tacones resonando en el pasillo lo sacó de sus reflexiones. Consciente de la tensión que empezaba a asaltarlo, James se obligó a relajarse. No quería dar la impresión de que había estado esperando ansioso su llegada. Él era el jefe allí, no un perrillo faldero que suspirara por la atención de su ama.

Una mujer entró en el despacho, sin pedir permiso y con el mayor descaro del mundo, cerrando la puerta que él había dejado abierta. Irritado por aquella intrusión, James se levantó como un resorte. Estaba a punto de echarla de allí cuando la mujer se volvió de pronto y se quedó paralizado de asombro.

—¡James!

¿Lucy? Se había quedado sin habla. Una preciosa melena de color castaño se rizaba sobre sus hombros, como un halo. Su rostro vibraba de luz y de color: sus satinadas mejillas, su brillante carmín y sus chispeantes ojos verdes, bordeados de largas pestañas negras. ¡No llevaba gafas!

Y lo que sí llevaba consiguió encogerle el estómago, robándole el aliento. De su top color verde lima se podía decir de todo excepto que era conservador: no en vano la forma de sus senos se transparentaba con toda claridad. Unos senos pequeños en comparación con los de Buffy Tanner, pero deliciosamente redondeados y erguidos... pese a no llevar sostén. Flotaba entre ellos una mariposa bordada en el top, con sus alas de color rojo, violeta y verde. Y no era la única mariposa. Su falda estampada era como un caleidoscopio de pequeñas mariposas de colores sobre un fondo blanco, más corta que cualquiera que Lucy se hubiera puesto antes, ceñida en las caderas y con un par de pequeños volantes en el borde que creaban un efecto especialmente sexy.

No llevaba medias en sus piernas largas y bien torneadas: unas piernas preciosas que nunca antes había visto en su secretaria. Calzaba lo que parecían zapatillas de ballet, con cintas en torno a los tobillos, pero no eran negras, ni blancas... sino de color verde lima.

El corazón empezó a latirle a toda velocidad. Aquella tenía que ser la verdadera Lucy Worthington. Y pensar que la había tenido delante durante todo ese tiempo, escondiéndole su verdadera personalidad... Un tiempo que había desperdiciado cuando habría podido explorar todo el potencial de aquella relación... El resentimiento por aquella duplicidad inflamó cada agresiva hormona masculina de su cuerpo. No más velos delante de los ojos. Ahora la tenía ante su vista y no descansaría hasta hacerla suya en todos los sentidos de la expresión.

—Lamento haberte hecho esperar—se apresuró a disculparse

Lucy.

¡Aquella maldita beldad lo había tenido esperando durante ocho meses enteros!

Suspiró tan profundamente que la mirada de James se vio nuevamente atraída hacia sus senos. Su top solo tenía dos diminutos botones, que parecían invitarle a que se los desabrochara con los dientes.

—Había mucho tráfico—balbuceó—y tuve que dar una vuelta enorme por el puerto antes de llegar. La verdad es que no estoy habituada a conducir en hora punta...

James retiró la mirada de sus senos para fijarla en sus ojos: en sus fantásticos ojos verdes. Hasta entonces, aquellas gafas suyas habían disimulado su impacto. Deliberadamente, sin duda. Entonces, ¿por qué los estaba exhibiendo ahora? ¡Una buena pregunta!

—Sí, se necesita experiencia—comentó, comprensivo.

—No volveré a cometer ese error—le aseguró—.

—No te preocupes.

—¿Sabes?—frunció el ceño, como si estuviera reflexionando en voz alta—, creo que es el deportivo rojo. Es como si volviera agresivos a los demás conductores. Como si quisieran bloquearle el paso o incluso golpearlo.

«Con tal de acercarse a ti para mirarte bien, no me extrañaría nada», pensó James. Con un encogimiento de hombros muy sexy, Lucy añadió:

—Lo cierto es que han conseguido ponerme los pelos de punta.

—Ya lo he notado—repuso James, contemplando su melena larga y alborotada.

—¡Oh!—alzó un brazo para tocarse el pelo—. Me temo que me he despeinado con el viento. Ahora mismo voy a arreglarme...

—Oh, no hace falta... Me gusta esta nueva imagen tuya.

Lucy se ruborizó, pero a continuación adoptó una actitud evasiva, como si hubiera sido repentinamente consciente de que el hecho de haber atraído su atención entrañaba alguna incomodidad.

—La culpa la tiene Orlando—pronunció mientras se acercaba a su escritorio.

—¿Orlando? ¿Es que has dejado a Josh por otro tipo?—le preguntó, disimulando su inquietud detrás de un tono burlón.

—No—dejó su bolso sobre la silla y se volvió para mirarlo con una expresión de desafiante orgullo—. Josh siempre será... especial. Nos entendemos muy bien.

—Entonces supongo que entenderá lo de Orlando—replicó sardónico, incapaz de creer que un hombre pudiera compartir a Lucy con otros amantes.

—Pues sí—una sonrisa asomó a sus labios—. Orlando es el nombre que le he puesto al coche.

—¿Al coche?—James parpadeó asombrado.

—Pues sí. En el concesionario me dijeron que poseer un Alfa Romeo como ese era como tener un amante italiano, y de pronto se me pasó por la cabeza ese nombre. Orlando... suena seductor.

James rió de puro alivio. Aquello sí que podía comprenderlo: se había enamorado de un coche. Se relajó en su sillón, sintiéndose más confiado que antes. Lucy se hallaba allí, con él, exhibiéndose y desplegando sus verdaderos colores: como una mariposa esperando a ser cazada.

—Supongo que te habrás vestido así por Orlando. Y, de repente, ese sentimiento de excitación, ese entusiasmo, ha sido más importante para ti que seguir desempeñando tu papel de secretaria, ¿no?

—Pero todavía sigo siendo tu secretaria, ¿no?—lo miró dubitativa—. Quiero decir que... tú no necesitas que me siga vistiendo como una...

—¿Como una rígida puritana?

Lucy se ruborizó de nuevo, asintiendo en silencio.

—No, no necesito eso—continuó James, disfrutando de su nueva posición de superioridad—. Nunca lo necesité. Solo me estaba preguntando por qué lo habías hecho. Después de todo, en el negocio al que nos dedicamos, las apariencias son importantes.

Un indescifrable brillo apareció en los ojos de Lucy.

—Teniendo en cuenta la gente con la que te tratas, James, creí que te sentirías más cómodo si yo adoptaba esa imagen. Aunque solo fuera por una cuestión de contraste.

—Así que estuviste pensando en mi comodidad, ¿eh?

—Aunque creo más bien...—alzó la barbilla—, que lo que encontrabas especialmente cómodo era que la «estimable señorita Worthington» ejerciera de solícita sirvienta tuya.

¡Las espadas se habían desenfundado! James estaba entusiasmado. Las horas de oficina se veían a menudo amenizadas por los duelos verbales con Lucy, pero aquel duelo en particular estaba entrando en un terreno fascinante.

—Así que todo fue una farsa en mi beneficio, ¿no?—la desafió.

—No. A mí también me convenía. Simplemente he cambiado de prioridades.

—Pero ya no te preocupa mi comodidad.

—Tú tampoco te preocupaste mucho por mi comodidad el viernes por la noche—le espetó.

—¡Ah! La trama se complica. No solo fue Orlando quien te liberó de tus inhibiciones—se levantó del sillón, deseoso de demostrarle lo que estaba diciendo. El recuerdo de la forma en que había reaccionado entre sus brazos lo llenó de confianza y seguridad—. Te quedaste muy afectada por nuestro baile, ¿verdad? ¿Por eso quieres vengarte así de mí?

—Si me apetece cambiar de aspecto, ¿por qué no habría de hacerlo? Nadie tiene derecho a impedírmelo—replicó, acalorada.

—Desde luego, Lucy—convino con tono suave—. Desde luego.

Mientras James rodeaba el escritorio, Lucy se agarró al respaldo de su silla como si quisiera obligarse a quedarse donde estaba.

—No es una venganza—insistió, orgullosa—. Simplemente he decidido gustarme a mí misma.

—¡Estupendo! También me gustas a mí.

Lucy aspiró profundamente y sus senos se agitaron, atrayéndolo de una manera insoportable. James sabía que probablemente se le estaba subiendo la sangre a la cabeza, pero la necesidad de cazar a aquella mujer—mariposa antes de que echara de nuevo a volar era sencillamente abrumadora.

—¿Hay algo urgente en lo que necesitas que me ponga a trabajar?—le preguntó ella, señalando con la cabeza el archivador.

—¿Esperas acaso que piense en el trabajo cuando te has presentado así vestida, Lucy?

—Tú mismo me dijiste que había llegado la hora de que asumiera algún riesgo. De que dejara de esconderme, ¿recuerdas?

—Y tenía razón. Es un crimen esconder ese precioso cabello tuyo. Debería flotar libre, como ahora—extendió una mano para acariciarle la melena.

Lucy no hizo el más leve movimiento. Ninguna protesta, ni verbal ni física. Era como si estuviera conteniendo el aliento, de lo absolutamente inmóvil que estaba. No había ni asombro ni temor en sus ojos, solo una cierta hipnótica perplejidad, y el instinto de James se vio aún más espoleado. Ya se había derretido en sus brazos. ¿Estaría predispuesta y ansiosa de volver a experimentar aquellas sensaciones? Tenía que averiguarlo. Bajó la mirada a su boca. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, suaves, de un rojo brillante, como si se los hubiera humedecido con jugo de fresa.

Extendió los brazos para atraerla hacia sí y Lucy le entregó sus labios, voluntaria, apasionadamente. No se contuvo. Le echó las manos al cuello, se aferró a él, dispuesta, exigente, expresando con su cuerpo una urgencia que ansiaba ser satisfecha.

Todos los eróticos pensamientos que había tenido con Lucy asaltaron de pronto la mente de James. Evocó la forma respingona de su trasero y se lo acarició con las dos manos. Le levantó la falda y tocó la piel desnuda... ¿Desnuda? ¿No llevaba ropa interior? Sí: palpó la fina tira de un tanga. Se concentró entonces en memorizar aquellas preciosas curvas al tiempo que la apretaba contra su dura excitación...

Lucy se retorcía contra él. Seductoramente, sin dejar de besarlo. Estaba excitada, como si se estuviera derritiendo por dentro. Podía sentir sus pezones presionando contra su pecho. De repente, se sintió atravesado por el deseo de desabrocharle los botones del top, de deslizar las palmas de las manos sobre sus senos, de acariciar aquellos maravillosos pezones, de saborear su textura. Tenía que mirar, tenía que verlos... Interrumpiendo el beso, enterró una mano en su pelo y la obligó suavemente a arquear la espalda. Sí, unos senos perfectos, absolutamente perfectos: a través de la tela se distinguían las aureolas, brillando como maduras ciruelas, y en el centro, los erectos pezones. Irresistibles. Sosteniéndola en vilo, fue alzándola lentamente hasta que pudo acariciar aquellos senos con los labios, cediendo a un ansia y a una avidez que jamás antes había sentido. Lucy soltó entonces un grito gutural, primario, que despojó a James de los últimos restos de control. El escritorio. Sí, había tenido la fantasía de hacerle el amor allí. La tumbó sobre la mesa, con su melena derramándose en torno a su rostro, en una imagen de delicioso abandono, y los pezones todavía erectos. A ellos dedicó su

ávida atención mientras se desabrochaba los pantalones y liberaba su miembro excitado.

Ya situado entre sus muslos, James se detuvo el tiempo suficiente para hacerle retirarle el tanga. Podía sentir su urgente deseo en su humedad, en su temblor, y por fin se hundió en sus dulces profundidades. Vio que arqueaba la espalda hacia atrás para recibirlo en toda su extensión, emitiendo un gemido de agonía y éxtasis.

James empezó a moverse incansablemente, arrastrándola a un frenesí de placer salpicado por sus gritos y gemidos, convulsionado todo su cuerpo, perdida la cabeza, toda ella rendida a su disposición, hasta que el orgasmo le llegó como una explosión de exquisito gozo. Era hermosa, increíble, esplendorosa. Una vez más se inclinó sobre ella para besarle los senos, queriendo capturar con los labios el pulso que latía en la base de su cuello. Sus pezones estaban todavía erectos, tensos, maravillosamente sensibles a sus caricias, pero sus piernas habían caído inertes, resbalando a lo largo de sus caderas. Sabiendo que la unión de sus cuerpos no podría prolongarse por más tiempo, la levantó y la besó en los labios, saboreando su respuesta a ese beso y abrazándola con fuerza, como para aplacar los temores que seguirían a la inevitable separación.

Pero había sido maravilloso, absolutamente abrumador, y mientras ponía fin al beso, una sonrisa de pura felicidad iluminó su rostro.

—¡Vaya, mi querida Lucy…!—pronunció, gozoso… — ¡esta sí es que es una buena manera de empezar el día!

Capítulo 8

¿Una buena manera de empezar el día? Lucy no podía dar crédito a sus oídos. Acababa de tener la experiencia más estremecedora, maravillosa e inefable de toda su vida, y James la calificaba simplemente como «¿una buena manera de empezar el día?»

O sea, un rápido desahogo mañanero para ayudarlo a sobrellevar mejor su horario de trabajo. De alguna forma consiguió reunir la fuerza necesaria para abrir los ojos y mirarlo. Como era lógico, su expresión era radiante, como si acabara de tocarle un millón de dólares en la lotería. La típica expresión del macho victorioso. La mente de Lucy registró entonces una serie de pensamientos sucesivos que la hicieron tomar conciencia de su extremada vulnerabilidad. James la había conquistado. Ella se había enamorado de él. El juego había terminado. James había ganado.

Lucy solo era una mujer más que le había facilitado «una buena manera de empezar el día». No importaba que el deseo hubiera sido indudablemente recíproco: tenía el corazón herido y le dolía terriblemente el orgullo. La idea de venganza se disparó en su mente, animándola a asestar un duro golpe a su orgullo y a borrarle aquella estúpida sonrisa de satisfacción del rostro.

—¿Tú crees?—le preguntó, necesitada como estaba de avergonzarlo.

James la miró asombrado, estupefacto. Su expresión se tensó, y la miró entrecerrando los ojos.

—No me digas que no te ha gustado, Lucy.

—Oh, claro que sí. ¡Ha estado muy bien!—concedió fingiendo un tono de indiferencia, y odiándose a sí misma por lo fácil que se lo había puesto. Retiró las manos de sus hombros y se puso su top, en una clara indicación de que ya no quería más.

Su cerebro empezó a trabajar a toda velocidad buscando diversas maneras de amargarle su triunfo. Estaba sentada en el borde del escritorio. James seguía colocado entre sus piernas, aún con el pantalón desabrochado. De repente, tuvo una idea.

—Buffy me dijo...

No, no podía decírselo. Detestaba reducir a una persona a un

amasijo de carne. Era un error.

—¿Qué es lo que te dijo Buffy?

—Oh, nada. Solo cosas de mujeres.

La expresión de James se relajó con una sonrisa de petulante indulgencia, y Lucy pensó que probablemente se estaría envaneciendo de lo gran amante que era: el viernes por la noche había satisfecho a Buffy y esa mañana le había hecho el mismo servicio a ella. ¡Y sin duda Buffy también le habría dicho que lo había hecho maravillosamente bien! Sintió una violenta punzada de celos.

—¿Buffy y tú estuvisteis hablando de cosas de mujeres?—le preguntó, obviamente divertido.

Lucy no podía soportar la idea de que James volviera a hacer el amor con Buffy aquella noche. Aquella modelo sin escrúpulos lo estaba utilizando. Por el acercamiento que había hecho hacia Josh, ciertamente no estaba enamorada de James. Se había conformado solo con lo que él podía ofrecerle, sobre todo en el terreno del sexo, mientras que Lucy ansiaba mucho más.

—¿Como qué?—volvió a preguntar, en esa ocasión con una curiosidad que se mezclaba con la diversión.

¿Podría decírselo? ¿Le haría así tomar conciencia del tipo de relación que mantenía con Buffy?

—Vamos, Lucy, suéltalo ya—insistió—. Quiero saber lo que encontrasteis en común las dos.

«Tú», se dijo Lucy. Pero no se lo diría a él. No después de lo que acababa de suceder. Ella no sería el aperitivo del día para dejar que Buffy finalizara la tarea. La finalizaría ella... ¡y ahora mismo!

—Buffy me dijo que tenías una gran...—todavía no podía decirlo.

—¿Una gran qué?

¿Por qué estaba dudando tanto? Eso haría que se replanteara su relación con Buffy, ¿no? Le haría ver lo tonto y zafio que había sido.

—Bueno... que estás muy bien dotado.

—¿Qué?

Parecía anonadado. Y rojo, aunque Lucy todavía no podía decir si lo estaba de furor o de vergüenza.

—¿Ella te habló de mí... en esos términos?—gruñó.

Sí. Definitivamente estaba rojo de furia. «Adiós, Buffy», pensó Lucy sin sentir arrepentimiento alguno. Por lo demás, si James solo había estado utilizando a esa modelo de trajes de baño con fines sexuales, se merecía haberse llevado ese chasco. Probablemente, también pensaría él en Buffy en idénticos términos.

—Algunas mujeres cuentan cosas sobre sus amantes—explicó, como justificando lo que había hecho—. Para Buffy, eso es muy importante.

—¿Y para ti?—arqueó las cejas.

Ansiando desesperadamente que sintiera algo más que un momentáneo deseo por ella, Lucy declaró:

—Para mí hay muchas cosas importantes.

—Me alegro de saberlo—repuso, sombrío—. Aunque aparentemente a ti no te importó escuchar aquellos íntimos detalles sobre mí.

—Yo no le pedí que me los contara—se defendió.

James la miró con incrédula expresión, y Lucy se asustó. De alguna forma todo aquello se estaba volviendo en su contra. En un impulso, le reveló toda la verdad:

—Buffy me los contó con la intención de sonsacarme detalles sobre Josh, si quieres saberlo todo.

—¿Y consiguió ella esos detalles?

—No. Yo no pienso en la gente en esos términos—pronunció con decisión.

—Pero sí pensaste en mí en esos términos, porque de lo contrario no habrías sacado el tema a colación—replicó—. ¿Qué más te dijo Buffy sobre mí?

Lejos de mejorar, la situación estaba empeorando. Desesperadamente deseó no haber empezado aquello. Los celos eran algo terrible. Sacudió la cabeza, avergonzada.

—Lo siento... ¿no podemos dejar este tema?—bajó del escritorio, intentando alejarse, pero James se lo impidió al agarrarla de los hombros.

—¡Dímelo!

—Necesito arreglarme. De verdad—le suplicó, esforzándose por salir del agujero negro donde ella misma se había metido.

—Estoy seguro de que puedes decírmelo muy sucintamente—pronunció, implacable.

—No creo que quieras saberlo, James. Me temo que ya he dicho demasiado. Lo lamento...—se liberó de sus brazos y recogió su bolso de la silla, esperando hacer una rápida salida.

—¡Maldita sea, Lucy! Si Buffy me ha estado difamando a mis espaldas...—parecía a punto de explotar.

—¡No, no, no! No te ha estado difamando, James—le aseguró, enfática—. De verdad, más bien te estaba... alabando. Buffy dijo que...—las palabras salieron de su boca en un frenético esfuerzo por remediar aquel desastre—... que no te cansabas nunca. Pero dado que yo solo he sido para ti... un aperitivo para comenzar el día, ahora comprendo muy bien que era esto todo lo que querías. Se supone que ahora tendríamos que estar trabajando, así que creo que deberíamos dejar en paz este asunto y ponernos a trabajar como si nada hubiera sucedido.

—¿Un aperitivo para comenzar el día?

—¡Eso es lo que tú mismo dijiste!—replicó, impulsada en esa ocasión por su orgullo herido, pero enseguida balbuceó como para mitigar su carga de ofensa—: Estoy segura de que eres un gran amante cuando no tienes que pensar en el trabajo.

—Pero parece que a ti no te ha gustado mucho...

Estaba furioso. Para la aturdida mente de Lucy, la huida era la única respuesta,

—Tengo que ponerme a trabajar—murmuró, dirigiéndose hacia la puerta del pasillo con la intención de encerrarse en el cuarto de baño.

—¡Quédate donde estás!—le ordenó, brusco.

Lucy se detuvo y le dirigió una mirada cargada de desesperación.

—De verdad, tengo que irme.

—¡De acuerdo!—cedió, tenso—. Pero no te creas que hemos acabado con esto.

No dejó de temblar hasta que entró en el cuarto de baño. El pensamiento de que había dejado creer a James que ella solo había querido probar lo «bien equipado» que estaba... resultaba mortificante. Ella no era así. Nunca había sido así. Al querer expulsar a Buffy de su vida, se había infligido a sí misma un daño que podría resultar irreparable, y de paso, había arruinado el enorme y maravilloso placer que había sentido con James. Un

angustioso gemido escapó de su garganta mientras apoyaba la cabeza en la puerta cerrada, deseando morirse. No, le habría gustado haberse muerto antes de que James hubiera pronunciado aquellas terribles palabras. Le había dejado degustar un pedazo de cielo para luego negárselo para siempre.

El infierno no podía ser peor que aquello, pensó desesperada. ¿Cómo podría volver a mirar a la cara a James? ¿Cómo? Había ansiado tanto ser una mujer especial para él... la única especial. No quería tener que vivir sola el resto de su vida, y su corazón le decía que James era el único hombre que podría llenar realmente esa soledad. Pero ahora... probablemente ya no la querría ni siquiera como secretaria.

«No te creas que hemos acabado con esto», le había dicho James. Si no volvía pronto, él era capaz de tirar abajo la puerta, así que se obligó a reaccionar. Tenía unas ganas inmensas de llorar, y solo se contuvo por miedo a perder sus nuevas lentillas flotando en un mar de lágrimas. Solo había querido despertar su interés y conservarlo... pero había terminado por estropearlo todo con aquel absurdo estallido de orgullo y celos.

¿Qué importancia podía tener que James pensara que la intimidad que habían compartido había sido una buena forma de comenzar el día? Al fin y al cabo significaba un comienzo, ¿no? Y un comienzo podría llevar a algo más profundo. ¿Por qué había tenido que sacar a colación a Buffy Tanner? Contempló en el espejo del lavabo sus labios hinchados por los besos, evocando la salvaje pasión que había estallado entre ellos. Recíproca. Absolutamente recíproca. Recordó de nuevo sus palabras: «No te creas que hemos acabado con esto». Quizá todavía tuviera alguna oportunidad, una débil esperanza. Si pudiera deshacer aquellos malentendidos con James, confesarle sus verdaderos sentimientos... Sí. Tenía que hacerlo. Aspiró profundamente varias veces antes de cepillarse el pelo y retocarse el lápiz de labios. «Coraje», se animó, pensando que su apariencia ya no estaba tan mal y que no tenía sentido prolongar por más tiempo su encierro en el cuarto de baño.

El trayecto de vuelta por el pasillo hacia la oficina se le antojó un verdadero camino hacia el patíbulo. Cuando llegó, James no estaba: había abandonado la escena del crimen. Quizá había decidido olvidarlo para ponerse a trabajar. La puerta que conectaba

ambos despachos estaba abierta, y se obligó a entrar.

No se hallaba sentado ante su despacho. Estaba de pie ante el enorme ventanal, de espaldas a ella, aparentemente concentrado en la vista del puerto de Sydney. Su cuerpo emanaba tensión por todos los poros, y Lucy se asustó aún más. Tragó saliva, incapaz de hablar, mientras se decía que no servía de nada dejarse llevar por el pánico. Era mejor enfrentarse a lo que tuviera que decirle James. Abriría la conversación con un tema relativo al trabajo: era lo más seguro.

—¿Sucedió algo ayer de lo que debería estar enterada?—le preguntó, intentando adoptar el tono más profesional de voz posible.

James se giró en redondo, fulminándola con su mirada helada.

—Antes habrá que revisar los emails de esta mañana—declaró fríamente.

—¡Oh! Yo creía que ya lo habrías hecho tú, ya que llegaste antes que yo...—balbuceó, aliviada de que al menos quisiera seguir trabajando con ella.

—Pues no. No los he revisado.

—Bien. Entonces me encargaré yo de ellos—y salió rápida como una bala del despacho.

James observó su rápida salida. Su minifalda flotó por un instante cuando se dio la vuelta, recordándole lo poco que llevaba debajo. No sabía cómo iba a poder olvidarse durante todo el día de aquellos detalles, pero que le condenaran si estaba dispuesto a permitirle que lo manipulara como a un muñeco. Tanto si Buffy había pronunciado esas palabras como si no, Lucy definitivamente se había servido de ellas para reducirlo a una simple experiencia que le había apetecido experimentar. A punto había estado de proponerle que se fueran a su casa para pasar el resto del día en la cama. Pero él no tenía nada en absoluto que demostrarle, y tampoco iba a someterse a ninguna evaluación crítica por su parte sobre sus capacidades físicas o su desempeño en el arte del amor.

No estaba dispuesto a dejarse dominar por Lucy Worthington, ni física ni mentalmente. Bien podía ejercitar aquellos manipuladores juegos con sus otros amantes, porque había topado con un hueso bien duro. Satisfaría su curiosidad solamente cuando él quisiera, y siempre según sus propios términos. Si se creía que podía juguetear al mismo tiempo con Josh Rogan, con él o con cualquier tipo que...

De repente, se acordó de algo que interrumpió drásticamente sus reflexiones, y abrió la puerta que comunicaba con el despacho de Lucy. Estaba sentada ante su escritorio, tecleando algo en el ordenador a toda prisa... ¡con la eficiencia acostumbrada!

—¿Disfrutas de un buen estado de salud?—le espetó.

Lucy lo miró de hito en hito, sin saber de lo que estaba hablando.

—Lucy, acabamos de tener relaciones sexuales sin tomar ninguna precaución—le espetó, tenso—. ¿Hay algún problema del que debiera estar informado?

—Oh—exclamó, ruborizada—. ¿Te refieres a que... me he podido quedar embarazada?

—No—frunció el ceño—. Quiero decir que como has estado con Josh Rogan y Dios sabe con quién más...

Cuando comprendió, Lucy lo miró entre horrorizada e indignada.

—¡Vaya! Tú has estado con Buffy Tanner y Dios sabe con quién más.

—Yo siempre uso preservativos. Siempre tomo precauciones.

—Yo también. Así que no tienes que preocuparte de nada—evidentemente estaba muy disgustada por aquella conversación.

—¿Tengo entonces que suponer que lo de hoy ha sido excepcional?—murmuró, satisfecho de haber conseguido enloquecerla de deseo hasta ese punto.

—Tú... mmmm... me tomaste por sorpresa.

—¿No es algo que te ocurra habitualmente?

Lucy aspiró profundamente y lo miró a los ojos.

—Pues no. ¿Y qué excusa tienes tú para no haber tomado precauciones esta vez?

—A mí también me tomó todo esto por sorpresa—respondió, disimulando una sonrisa—. Interesante, ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir?

—Oh, solo me parecía un dato interesante—repuso mientras se retiraba a su despacho, con el corazón mucho más ligero.

Lucy había perdido completamente el control. Se había dejado llevar por la pasión. Y lo mismo le había ocurrido a él. Eso le hacía sentirse bien, mucho mejor que antes. La curiosidad de Lucy por conocer de primera mano sus capacidades físicas en la cama no

había tenido nada que ver con la reacción que había tenido ante él. Solo había sido una táctica de la que se había servido para disimular esa misma reacción. Pues bien, no le iba a funcionar. Conquistaría a Lucy Worthington y derribaría todas sus defensas hasta que le confesara que lo deseaba tan desesperadamente como él a ella. Dejaría reposar por el momento lo que había sucedido entre ellos. Confiaba plenamente en que Lucy querría intentarlo otra vez. Solo era una cuestión de tiempo. Mientras tanto, se encargaría de dominar la situación. No había nada de qué preocuparse.

Durante el resto del día James estuvo de muy buen humor, y avanzó bastante en el trabajo gracias a Lucy. Encontró muy gratificante verla en todo momento algo nerviosa, observándolo aprensiva como si temiera bajar la guardia y verse sorprendida como le había ocurrido por la mañana. Resultaba evidente que aquel era un terreno nuevo para Lucy Worthington. James había tocado una fibra en ella que ningún otro hombre había tocado antes. Y él no se sentía menos impresionado; de hecho, no podía recordar haberse excitado nunca tanto con una mujer. Apenas podía contenerse. Empezó a mirar repetidamente el reloj, decidido a esperar a que terminara la jornada de trabajo, pero impaciente por disfrutar de otro íntimo encuentro con su secretaria.

Advirtió que Lucy también miraba su reloj mientras se iba acercando la hora de salida. ¿Estaría deseando marcharse? ¿Le estaría destrozando los nervios la innegable tensión sexual que crepitaba entre ellos? A las diez menos cinco Lucy recogió un fajo de carpetas de su escritorio con la intención de guardarlas en el archivador de su despacho. Su paso era tan rápido que las mariposas de su falda volaron de un lado a otro.

—¿Tienes algún plan para cuando terminemos aquí?—se atrevió a preguntarle James, fingiendo un tono indiferente.

Lucy se detuvo bruscamente, y durante unos segundos se quedó muy quieta, de espaldas a él, sin responder a su pregunta.

—No. Nada especial—repuso al fin, volviéndose para mirarlo con expresión recelosa—. ¿Por qué lo preguntas?

James se encogió de hombros, recostado en su sillón, y esbozó una estimulante sonrisa.

—Me preguntaba si querrías cenar conmigo.

—¿Cenar?

—No tengo nada que hacer. Y si tú tampoco... ¿por qué no podemos disfrutar de una buena cena juntos?

Lucy se lo quedó mirando fijamente. Resultaba obvio que la invitación de James no se reduciría simplemente a cenar: incluía también la cama y el desayuno. ¿Y a dónde la llevaría eso? Tenía que pensar en su trabajo. Lo más razonable que podía hacer era...

—De acuerdo.

A James le dio un vuelco el corazón. La tentación había ganado la batalla.

—¡Bien!—exclamó, aunque intentó disimular su entusiasmo. No quería que se sintiera intimidada.

—¿Has pensado en algún sitio?—le preguntó Lucy.

—¿Dónde te gustaría a ti?

—Soy fácil de conformar—repuso, ruborizándose.

—A mi casa entonces—pronunció, decidido.

Vio que alzaba la barbilla y por un instante le asaltó la duda. ¿Habría ido demasiado rápido?

—A tu casa—repitió Lucy con los ojos brillantes—. En ese caso, te seguiré en mi coche.

Era como si se hubiese contenido de añadir: «y me marcharé cuando quiera». James recibió el mensaje alto y claro.

—Estupendo—miró su reloj—. Saldremos dentro de unos quince minutos. ¿Te parece bien?

—Sí—asintió antes de abandonar apresurada su despacho.

«Hecho», se dijo James. Aunque todavía no era hora de cantar victoria. Por muy importante que fuera, aquel solo era el primer paso.

Capítulo 9

¡A su casa! El carácter íntimo de aquella invitación le había puesto a Lucy los nervios de punta. Si James la hubiera tocado mientras lo acompañaba al ascensor que los llevó al aparcamiento, probablemente habría dado un respingo y se habría apartado de inmediato, más asustada de sus propios sentimientos que de él mismo. Dejó que pulsara el botón de bajada y se apoyó en la pared del fondo del ascensor, deseosa de ganar algo de espacio para ordenar sus ideas y tranquilizarse. Se recordó que había querido acceder a su vida privada. Aquella era su oportunidad. Ir a su casa tal vez no fuera algo muy sensato, pero... ¿qué podía perder? Nada. Absolutamente nada. Y todo que ganar.

Incluso aunque para James solamente fuera una conquista sexual más... ¿y qué? ¿Acaso no había fantaseado con aquel tipo de experiencia? Tenía que expresar confianza, y no aprensión. Además, si por alguna razón decidía de repente que no era eso lo que deseaba, tenía su propio coche y podía largarse cuando quisiera. James seguramente lo comprendería. Lo importante era que ya no estaba enfadado con ella y que Lucy contaba con otra oportunidad.

—No sé cómo se va a tu casa. Sé que vives en Balmain, pero...

Balmain era uno de los antiguos barrios del extrarradio de Sydney, convertido a la sazón en uno de los más lujosos, con sus viejas casas artísticamente restauradas y grandes zonas ajardinadas con vistas al puerto.

—Tú sígueme en tu coche—le aconsejó—. Eso es más fácil que explicártelo.

—¿Y si nos perdemos en el tráfico?

—Llevaré muchísimo cuidado para no perderte, Lucy—repuso James, sonriendo.

Aquella sonrisa, aquella expresión de sus ojos era como una suave caricia... Todavía la deseaba. No iba a perderla. Y la febril mente de Lucy se aferró a esas palabras, venerándolas como si fueran la promesa de una relación que trascendiera el simple sexo: una promesa de continuidad, de valoración de algo más que un contacto físico. Su futuro dependía de aquel viaje. Cuando se abrieron las puertas del ascensor en el sótano del aparcamiento, echó a andar como una autómata, impelida por una especie de

determinación que había nacido en el momento en que decidió aceptar el Alfa Romeo rojo. En el instante en que decidió desechar la opción más sensata y segura. Lo estaba arriesgando todo por aquel hombre.

Sacó sus llaves del bolso y desconectó el sistema de seguridad del deportivo con el mando a distancia. James se le adelantó entonces para abrirle la puerta, un gesto cortés que ella no se había esperado.

—Gracias—musitó al tiempo que se sentaba al volante.

James le cerró la puerta, con un brillo de satisfacción en los ojos.

—Pégate a mi coche—la instruyó, esbozando una maliciosa sonrisa—. Y no dejes que nadie te corte el paso o se coloque delante.

El trayecto hasta Balmain transcurrió como envuelto en una neblina, borroso y desdibujado. Solo veía su deportivo negro delante de ella mientras reaccionaba instintivamente a cada uno de sus movimientos, reduciendo la velocidad o acelerando, girando o adelantando, como si se dirigiera inevitablemente a un lugar prefijado por el destino. ¿La estaría llevando a su «nido» de soltero? ¿A cuántas mujeres habría llevado allí antes que a ella? ¿Se convertiría ella misma en una más de sus conquistas? «Deja de pensar», se ordenó. Tenía que concentrarse en el presente. James la deseaba. Nada más importaba.

Entraron en unas calles bordeadas de casas con jardín dispuestas en diferentes niveles, hasta que el Porsche se detuvo en el aparcamiento trasero de un gran edificio, cuya fachada daba directamente a la bahía. Lucy estaba sorprendida. Aquello no era un apartamento de soltero. Y reflejaba una posición económica y social a la que ella jamás podría aspirar. ¿Podría realmente competir con Buffy Tanner y con las demás mujeres que pertenecían a aquel selecto círculo? «Pero yo estoy aquí. Y ellas no», se recordó con firmeza, con la mirada fija en James cuando salió de su coche para abrirle de nuevo la puerta en otro gesto galante. No era tan guapo como Josh, pero tenía una especie de magnetismo animal irresistible. Quería verlo desnudo, quería sentir el puro poder de su masculinidad. Esa mañana todo había ocurrido demasiado rápido, pero aquella noche...

—Ya estamos aquí, sanos y salvos—comentó James con tono desenfadado, guiándola hacia los escalones que ascendían por un lateral hasta la puerta del primer piso.

Lucy se dijo que probablemente aquello era lo único «seguro» que había hecho aquel día.

—Tenías razón—reconoció con una sonrisa—. Dudo que hubiera encontrado yo sola esta casa. Ha sido mejor seguirte.

—Ahora podrás relajarte un poco.

Pero eso era más fácil de decir que de hacer. Se sentía tan tensa que le resultaba difícil mantener una conversación normal.

Tres tramos de escaleras descendían hasta el muelle, correspondiéndose cada uno con un nivel de la casa. La puerta que abrió James era la del primer piso. Lucy entró en el pasillo, con sus pasos resonando en la pulimentada tarima de madera. Aquel sonido, subrayado por el eco de la puerta al cerrarse, le recordó una vez más el riesgo que estaba corriendo al haberse quedado completamente a solas con él.

En silencio, James la llevó a un espacioso vestíbulo situado detrás de un enorme salón, con un gran piano negro y detrás tres lujosos sofás que rodeaban una chimenea. Al fondo, un techo de cristal bañaba literalmente de luz todo aquel vasto espacio. A la derecha, separado por un par de escalones, se extendía un comedor con unas fantásticas vistas del puerto de Sydney, y a la izquierda se abría una cocina no separada por tabique alguno y comunicada con una terraza. En el piso superior, al que se accedía por una escalera interior, una balconada corría todo a lo largo de lo que parecían unos dormitorios.

Tan impresionada se había quedado Lucy con todo aquel lujo que apenas se dio cuenta de que James había entrado en la cocina, quitándose la chaqueta del traje y de la corbata sin detenerse. ¿La vería a ella como si perteneciera a un lugar como aquel? Su oficina parecía encontrarse a un mundo de distancia de allí. Pese a todo, se recordó, James había optado por llevarla a su casa.

—¿Qué te gustaría beber?—le preguntó. Se había desabrochado los botones superiores de la camisa y subido las mangas. La energía viril que despedía la hizo estremecerse.

—Un gintonic, si tienes—respondió, sonriendo irónicamente al recordar que todo aquello había empezado el viernes por la noche

precisamente con otro gintonic: el que le invitó a tomar su amigo Josh Rogan.

—Sí que tengo. Puedes colgar el bolso en el perchero.

Lucy aspiró profundamente para dominar sus nervios.

—Tienes una casa preciosa—le comentó.

—Sí. La mayor parte de la gente la encuentra muy agradable—repuso James mientras seguía preparando las bebidas.

Lucy se acercó a la cocina, en cuyo centro había una mesa circular con taburetes. Ya se disponía a sentarse cuando de repente oyó una voz femenina, seductora, procedente de la balconada del nivel superior:

—¡Querido! Me alegro tanto de que hayas vuelto tan temprano...

La impresión de Lucy no fue pequeña, ya que aquella balconada era la de... ¡los dormitorios! Con el corazón latiéndole acelerado, se volvió para lanzar una mirada recriminatoria a su anfitrión.

—Ella no debería estar aquí—musitó James, frunciendo el ceño.

La mujer se había acercado a lo alto de la escalera, sin bajar, y por tanto sin descubrir la presencia de Lucy. Iba vestida con un precioso salto de cama estampado con dibujos orientales. Desde donde estaba, Lucy podía distinguir su melena rojiza y despeinada, aunque no su rostro.

—Estaba descansando, pero la verdad es que me han entrado ganas de tomar algo.

Lucy no podía estar más indignada. Era sencillamente humillante que James hubiera dejado a aquella pelirroja en su cama para, a primera hora de la mañana, volver a satisfacer sus necesidades sexuales con ella en la oficina. Resultaba obvio que en algo había tenido razón Buffy: en cuestión de mujeres, James Hancock era una máquina sexual.

—¿Cómo es que no estás en Melbourne?—le preguntó de repente James.

Así que se suponía que el pájaro debería haber volado, pensó cínicamente Lucy.

—Oh, se declaró una epidemia—respondió la mujer—. Así que opté por escapar para evitar toda posibilidad de contagio.

—Pues yo no he tenido noticia de ninguna epidemia—replicó, disgustado.

—Pues sí, de varicela. Y... ¿qué podría ser peor que eso, cariño?

Habría corrido el riesgo de que me salieran granos y se me quedara la cara marcada. Le dije a Wilbur que tendría que borrarme del show hasta que no hubiera pasado el peligro. En todo caso la culpa es suya, por haber metido en el reparto de actores a aquel niño con varicela.

Una actriz, pensó Lucy. Probablemente tan frívola y vanidosa como Buffy. Modelos, actrices... estaba empezando a conocer el gusto de James con las mujeres.

—Podías haberme llamado—le reprochó él, alzando la voz.

—¿Para que? Wilbur lo comprendió perfectamente. No he roto el contrato, solo me estoy tomando un respiro. A ti no te he causado problema alguno.

James musitó algo entre dientes antes de mirar con expresión preocupada a Lucy. Ella, a su vez, le lanzó una torva e implacable mirada: iba a tener un serio problema si no se desembarazaba de aquella mujer. De hecho, su tácita admonición iría acompañada de un rodillazo en el bajo vientre si no reaccionaba con la suficiente rapidez.

—No es lo que estás pensando...—murmuró James.

—¿Y qué es entonces?—le preguntó Lucy con un falso tono suave.

—Sírveme un gintonic, cariño—le ordenó la mujer desde lo alto de la escalera—. Y que sea doble. Es tan agradable estar de vuelta en casa...

—¿En casa? ¿Esta es su casa?—le preguntó Lucy a James en un susurro. Su asombro era tan grande que la voz le salió medio estrangulada.

—Es mi madre—explicó, frustrado.

—Tu madre—Lucy se lo quedó mirando de hito en hito, incrédula—. Todavía vives con tu madre.

—Sí. ¿Tienes algún problema con eso?—le espetó, molesto.

Lucy se dijo que no podía estar mintiendo: el brillo de sus ojos evidenciaba su resentimiento por haber llegado a pensar que el hecho de vivir con su madre era algo inusual para alguien de su edad. Y la mujer que había empezado a bajar las escaleras no podía ser otra que Zoé Hancock, estrella de la televisión y del teatro.

—Bueno, pues resultará muy interesante conocerla—pronunció Lucy, desafiándolo con la mirada. En absoluto estaba dispuesta a

que James la tratara como si fuera una mota de suciedad que pudiera esconder debajo de la alfombra. Ni hablar.

La había invitado a su casa para hacer el amor, pero mantener un encuentro familiar con James y con Zoé Hancock le parecía de repente una alternativa tan seductora como ilustrativa.

Capítulo 10

James apretó los dientes. No solo se le había estropeado la tarde, sino que además Lucy tenía ahora la impresión de que seguía viviendo, a sus años, bajo el ala de su madre. Tendría que demostrarle lo contrario. De otra manera, cualquier respeto que hubiera tenido por él se resquebrajaría en mil pedazos, y esa era una perspectiva que no podía tolerar.

—¡Oh, pero si tienes una invitada! ¡Qué inesperado placer!—exclamó en aquel instante su madre, descubriendo a Lucy cuando terminó de bajar las escaleras—. ¿Era por eso por lo que parecías un poquitín disgustado, James?—se dirigió a su hijo—. ¿Es que molesto, cariño?

—En absoluto—respondió secamente, resignándose a lo inevitable—. Precisamente me estaba comentando Lucy que le gustaría conocerte.

—Lucy—esbozó una radiante sonrisa—. Por favor, perdóname por recibirte de estas trazas...—señaló con un gracioso gesto el exótico salto de cama que llevaba—... pero, como comprenderás, estoy en mi casa y además no sabía que venías...—se volvió para mirar expectante a James—. Lucy... ¿qué más, querido? No me dejes así.

—Lucy Worthington... Zoé Hancock.

—Worthington, Worthington... soy terrible con los nombres. ¿Debería conocerlo?

—Lucy es mi secretaria.

—¿La secretaria?—con expresión de asombro, su madre miró a Lucy de arriba abajo, y se volvió luego hacia su hijo arqueando las cejas.

—Te preparo ese gintonic doble—pronunció James negándose a entrar en explicaciones sobre el cambio de imagen de Lucy, motivo de la extrañeza de su madre.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando de secretaria de mi hijo, Lucy?

—Cerca de ocho meses.

—Bueno, debo decir que James te describió de una forma bastante distinta de la que...

—Al contrario—la interrumpió él—. Te describí a mi secretaria

como la mujer más inteligente que he conocido nunca, y sigue siendo la mujer más inteligente que he conocido nunca.

Añadió una rodaja de limón a las bebidas y se las entregó a las dos mujeres. Como resultaba bastante probable que Lucy se replanteara su decisión de seguir manteniendo relaciones íntimas con él, James se propuso hacer todo lo posible por evitarlo. Y por aclarar la situación de una vez por todas.

—Lo que no te dije entonces es lo que he descubierto hace muy poco—añadió, y se volvió para mirar a Lucy con toda la intensidad de que fue capaz—: que también es la mujer más sexy que he conocido nunca.

—¿Nunca?—inquirió Lucy, claramente desconfiada.

Era una mujer inteligente, sumamente deseable, e infinitamente excitante en su capacidad de desafío.

—Nunca—confirmó enfático.

—¿Más incluso que la hermosa Buffy?

—Buffy ni siquiera es deseable—respondió. Era la absoluta verdad.

—Pues pareces bastante inconstante en tus deseos.

—Eso solo son distracciones superficiales. Desde hace algún tiempo solo arde en mí un único y constante deseo. Y apenas el viernes por la noche descubrí que era recíproco—James sabía que eso era algo que ella no podía negar—. Como con todo lo que haces, Lucy, eres terriblemente modesta.

Lucy se ruborizó. Fue algo que no pudo controlar, según advirtió James, lo cual lo excitó todavía más. Era una muestra de vulnerabilidad ante él, y nada iba a impedirle explotar aquella vulnerabilidad. De repente su madre les interrumpió, fingiendo una tosecilla.

—Esta conversación...

—Es necesaria—afirmó James—. Cuando apareciste en la terraza, Lucy pensó que eras una de mis conquistas.

—¿Yo?—se echó a reír, divertida, y le dio a Lucy unas palmaditas en el brazo en un gesto cariñoso—. ¡Querida! Me halagas al haberme confundido con una de las mujeres de mi hijo.

—Me temo que suele sustituirlas con demasiada rapidez—comentó, irónica.

—Quizá porque le adulan demasiado—replicó su madre con

divertida comprensión—. Y salta a la vista que tú no. Muy inteligente por tu parte.

—Bueno, supongo que usted está más capacitada que yo para juzgar esas cosas, señora Hancock... dado todo el tiempo que lleva viviendo con James—repuso, aunque la mirada de escepticismo que le dirigió parecía desmentir aquellas palabras.

James se tensó de inmediato, consciente de que todavía no había ganado la batalla. Lucy seguía manteniendo la guardia alta, y para demostrarlo allí estaba aquella referencia al hecho aparentemente extraño de que todavía siguiera viviendo con su madre. Tenía el bolso muy cerca, colgando del perchero, y aunque le había puesto un vaso en la mano, podía marcharse en cualquier momento.

—¿Por qué no nos llevamos las bebidas a la terraza?—sugirió rápidamente, queriendo poner toda la distancia posible entre Lucy y las llaves de su coche.

—¡Buena idea! ¡El aire fresco me ayudará a ahuyentar los recuerdos de esa epidemia de varicela!—aprobó su madre—. Y por favor—se dirigió a Lucy, tomándola del brazo—llámame Zoé, querida. Hancock es mi apellido de soltera. ¿Sabes? Yo no llegué a casarme con el padre de James.

James esbozó una mueca, disgustado por aquella costumbre de su madre de contarle sus intimidades a todo el mundo... y, sobre todo, aquella en especial. Quizá fuera su forma de enorgullecerse de haberlo criado sola, pero cada vez que lo comentaba, James no podía evitar sentirse humillado por haber tenido un padre que no se había preocupado lo más mínimo por él.

—Lo siento. No lo sabía—musitó Lucy, turbada por aquella revelación.

—Bah, esa relación nunca habría funcionado. Fue solamente una breve aventura en nuestras vidas, no una pasión duradera. Nunca tuve intención de casarme hasta que conocí a mi maravilloso Hugh, y para entonces James ya tenía quince años—de pronto se volvió hacia su hijo, disgustada—. Pero James, ¿es posible que no le hayas contado a Lucy nada de mi vida?

—Estoy seguro de que enseguida te ocuparás de corregir ese defecto—replicó mientras las guiaba hacia la terraza.

—Hugh Greenaway fue un maravilloso padre para James—continuó Zoé—. Justo lo que necesitaba mi hijo después de años

viviendo de un lado para otro, criado entre actores, viajando constantemente y sin que yo pudiera atenderle bien debido a mi trabajo. Ahora que lo pienso, me extraña que no me lo hubieran quitado los servicios sociales del país...

—Tenía un montón de tíos y tías adoptivos, ¿recuerdas?—señaló secamente James, intentando adelantarse a cualquier sentimiento de compasión que pudiera evocar aquella imagen. No cambiaría su infancia por ninguna otra, ya que había conocido a una gran cantidad de gente diversa. Aunque, si hubiera tenido desde el principio a un padre como Hugh...

—Pero era una vida muy acelerada, cariño...—insistió su madre —. Siempre cambiando de colegio...

James le dio la razón en silencio. Eso no había sido nada positivo, aunque se había habituado a llevar aquella vida.

—Siéntate aquí, Lucy—Zoé le señaló un sillón de mimbre al lado de aquel en el que solía sentarse ella.

—Voy a buscar algo que picar—dijo James mientras iniciaba una retirada táctica hacia la cocina, aliviado de ver a Lucy casi instalada ya en su casa y con pocas posibilidades de salir huyendo.

Su madre podría contarle lo que quisiera. Para él era irrelevante... siempre y cuando siguiera reteniéndola allí.

La mente de Lucy era un verdadero remolino, afectada especialmente por el dato de que James la deseaba ya desde hacía algún tiempo... ¡incluso antes del baile de la otra noche! ¿Sería verdad? ¿Y estaría Buffy, y cualquier otra conquista suya, fuera de juego por el momento? ¿Pensaría realmente que era la mujer más sexy que había conocido nunca? Le resultaba... demasiado difícil de creer. Y para colmo allí estaba, sentada en compañía de su madre, recibiendo más información de la que podía asimilar. Con James en la cocina, y a salvo de los efectos de su turbadora presencia, intentó concentrarse en lo que le estaba diciendo Zoé Hancock.

A sus cincuenta y tantos años Zoé conservaba una melena preciosa, rojiza y rizada. Su cara estaba relativamente limpia de arrugas, quizá debido a la cirugía estética, y expresaba una personalidad activa y vital a través de sus expresivos ojos azules. James había heredado esos ojos, pero ese era el único rasgo físico que parecían compartir.

—Esta era la casa de Hugh. Creo que me enamoré de ella antes

incluso de enamorarme de él—le explicó Zoé mientras desviaba la mirada hacia la espléndida vista del puerto—. Nos la dejó a nosotros cuando murió, pero desgraciadamente en estos días paso más tiempo fuera que dentro. Es una suerte que James siempre esté aquí para mantenerla.

—Imagino que es consciente de la suerte que tiene.

—Sí. Es el único hogar de verdad que ha conocido. Solo Dios sabe cómo habría podido terminar James si Hugh no le hubiera dado una educación apropiada... y si no le hubiera asesorado en su formación como abogado—al ver su expresión de sorpresa, Zoé le explicó—: Sí. Mi marido, que tenía una inteligencia portentosa, le enseñó a James todos los trucos y secretos sobre todo tipo de contratos, preparándole para el negocio empresarial. A eso se debe una buena parte de su actual éxito.

—Y a su meticulosa pasión por los detalles—apuntó Lucy—. Además, es muy bueno en el trato con la gente.

—Bueno, algo se le tenía que haber pegado de mí—rió Zoé.

—¿Hace mucho que enviudó?—inquirió, deseosa de saber más cosas sobre la relación de James con su padre adoptivo.

—Desgraciadamente, más tiempo del que fui su esposa—respondió con tono entristecido—. Solo estuve nueve años con Hugh. Le encantaba navegar y siempre acompañaba a un amigo suyo en la carrera de veleros de Sydney a Hobart. Hace diez años sobrevino un terrible temporal durante una de esas carreras y Hugh cayó al agua: se lo tragaron las olas antes de que pudieran rescatarlo. Qué desperdicio de una vida tan preciosa...

—Murió como había vivido, haciendo lo que quería—señaló James cuando volvió de la cocina con una bandeja con aceitunas, tostadas y una tabla de quesos—. Y si no le hubiera gustado tanto el riesgo, tú no te habrías casado con él. Jamás desperdició ni un solo minuto de su vida al valorar la seguridad por encima de todo.

Desvió la mirada hacia Lucy y el desafío que ella descubrió en sus ojos le llegó al corazón. En eso consistía precisamente la decisión que había tomado: en despreciar la seguridad, y él tampoco estaba dando prioridad a la suya. Ambos estaban arriesgando su relación de trabajo, impelidos a explorar un deseo que no había sido colmado... ¡todavía! Lo cual les llevaría a un territorio desconocido, ignoto. A una breve aventura... o a una

duradera pasión.

—Me lo has dicho miles de veces, querido, pero eso no evita que lo eche de menos siempre que vengo a esta casa—replicó Zoé.

James dejó la bandeja sobre la mesa y miró a su madre con expresión inquisitiva.

—¿Has roto ya con Wilbur?

—No, no. Wilbur es un hombre bueno y tierno, y me comprende. Compartimos muchas cosas, pero...

—Pero nunca habrá otro Hugh.

—¿Por qué tienes que ser tan sensato, James?

—Es mi trabajo—repuso secamente—. Disculpadme un momento; voy a buscar mi bebida.

Zoé aprovechó aquella oportunidad para comentarle a Lucy:

—Siempre ha sido así, ya desde que era niño: siempre me ha hecho enfrentarme a las cosas en vez de dejarme flotar en la inconsciencia. ¿De jefe es igual de mandón?

—Yo siempre lo he encontrado muy sensato...

—Ah, sí, pero tú también eres sensata. Almas gemelas, sin duda.

Lucy no pudo menos que sonreírse: resultaba interesante descubrir lo que pensaba Zoé Hancock de su hijo. Aparentemente recurría a él para que mantuviera su vida en orden, sin que esa dependencia fuera recíproca. Y no era en absoluto una madre dominante.

—Entonces...—pronunció James, volviendo de la cocina y retomando el anterior tema de conversación—, ¿tengo que suponer que no hay problema alguno en Melbourne aparte de la amenaza de epidemia de varicela? ¿No has venido aquí por ninguna otra razón?

—De verdad, cariño, todo está bien—le aseguró su madre—. Wilbur no quiere que ponga en riesgo mi salud, tampoco. Es solo una medida de precaución, nada más.

—Me alegra oír eso.

Se sentó frente a Lucy, al otro lado de la mesa. Luego tomó una tostada, la untó con uno de los quesos de la tabla y se la ofreció amablemente, clavando en ella sus brillantes ojos azules.

—Gracias—murmuró Lucy. Y se le aceleró el corazón al ver que se quedaba absorto en la contemplación de sus labios mientras mordía la tostada.

—Hace una tarde tan maravillosa...—comentó Zoé—. ¿Quién

habría creído que seguiría haciendo tanto calor en marzo?

—Es verdad—afirmó James, y volvió a mirar a Lucy—. ¿Te apetecería tomar un baño en la piscina antes de cenar?

¿La piscina? Lucy recordó haber visto una escalera que descendía desde la terraza, y se dio cuenta de que la casa debía de tener otro nivel más abajo.

—Me encantaría, pero...—seguro que no podía esperar que fuera a bañarse desnuda con él, delante de su madre, aunque la perspectiva no pudo menos que excitarla. Nunca se había bañado completamente desnuda en toda su vida, pero con James...

—¿Pero qué?—insistió James mientras le ofrecía el platillo de aceitunas.

—No me he traído traje de baño—explicó con pesar.

—En la cabaña de la piscina disponemos de un buen surtido para los invitados. Seguro que alguno te va bien.

—¡Oh!—casi se ahogó con la aceituna que acababa de llevarse a los labios, evocando imágenes de los dos juntos... que nada tenían que ver con la actividad de nadar—. De acuerdo. Es una idea estupenda.

Podía sentir la fuerza y la intensidad de su determinación de hacer el amor con ella, atrayéndola como un poderoso imán. Y cada nervio de su cuerpo bailaba excitado en respuesta...

—¿Qué pensáis preparar para cenar?—preguntó Zoé.

—Cualquier cosa, siempre y cuando nos guste—respondió James con los ojos todavía fijos en los de Lucy—. En la nevera hay mucho que elegir.

¿Podría Zoé percibir la energía que estaba emitiendo su hijo en aquellos instantes? ¿Se mostraría siempre tan abierto y desinhibido en su presencia? A pesar de ser consciente de que su madre los estaba mirando, tampoco Lucy podía apartar los ojos de él.

—Entonces, si os parece, yo iré preparando algo mientras os bañáis—sugirió Zoé con tono ligero.

—¡Estupendo!—exclamó James—. ¿Hay algo que no te guste en particular...—le preguntó a Lucy, haciendo una oportuna pausa lo suficientemente larga como para ponerle la carne de gallina—... en cuestiones de comida?

Lucy tuvo que disimular un jadeo de excitación mientras se concentraba en responder:

—Oh, lo único que no me gusta es la comida muy picante...

—Muy bien—pronunció Zoé, satisfecha—. Dentro de un rato iré a la cocina a ver si me inspiro—de pronto se volvió hacia ella, mirándola sonriente—. Vaya, acabo de caer en la cuenta de que me he apresurado a contarte un montón de cosas sobre James y sobre mí, y que no sé casi nada de tu vida. Anda, cuéntame más, Lucy.

Distraída aún por la anterior pregunta de James, tomó un sorbo de gintonic e intentó tranquilizarse. Le resultaba muy difícil articular algo sensato y razonable cuando él seguía mirándola de esa manera, atento a la menor de sus reacciones, tanto físicas como verbales.

—La verdad es que no tengo gran cosa que contar—se encogió de hombros. Lo último que quería era parecer sosa y aburrida cuando James la estaba encontrando tan excitante... ¡la mujer más sexy que había conocido nunca!

—¿Dónde vive tu familia?—le preguntó Zoé.

—En Gosford. Pero no tengo realmente una familia. Solo a mi madre—«como James», pensó de inmediato. Quería tender entre ellos un lazo que fuera más allá de su relación de trabajo y de la excitación sexual, y se alegró de ver el brillo de interés que iluminaba sus ojos—. Mis padres se divorciaron cuando yo era muy pequeña y mi padre se marchó de viaje. Ignoro dónde se encuentra actualmente.

—¿Y tu madre no volvió a casarse?—insistió Zoé.

—No. Supongo que podría decirse que a partir de entonces antepuso su trabajo a todo lo demás—contestó Lucy, reacia.

—¡Ah!—murmuró James, como si acabara de soltar una información sumamente esclarecedora.

A Lucy se le puso la carne de gallina. ¿Qué creería él que le había revelado?

—¿A qué se dedica tu madre?—le preguntó Zoé, curiosa.

—Tiene un negocio de comida dietética.

—Con la pasión de hoy día por las dietas y regímenes, debe de tratarse de un negocio muy próspero.

—Mi madre está muy satisfecha—pronunció Lucy, sin querer extenderse más. No sabía cómo estaban interpretando James y su madre toda aquella información, y empezaba a incomodarla la curiosidad de Zoé.

—Bueno, lo de la comida dietética está bien, pero todas esas dietas deberían ir acompañadas de ejercicio físico—rezongó James, levantándose y lanzando a su madre una elocuente mirada—. Y ahora, si nos disculpas...

—Por supuesto, queridos. Que disfrutéis de la piscina: así haréis apetito para la cena. No me gustaría que mis esfuerzos culinarios cayeran en balde.

Lucy dejó su vaso sobre la mesa y aceptó la mano que James le ofreció para ayudarla a levantarse. El simple hecho de sentir el contacto de sus dedos le despertaba un apetito que poco tenía que ver con la comida...

—Tómate tu tiempo—le advirtió James a su madre—. No tenemos ninguna prisa para cenar, ¿verdad, Lucy?

—No.

Pero había una sensación de urgencia pulsando entre ellos, y mientras la acompañaba a la piscina, su mano retuvo la suya con una posesividad que le aceleró el corazón.

Capítulo 11

El agua de la piscina se ha calentado con el sol. Es una delicia bañarse en esta época del año—le comentó James mientras bajaban la escalera.

Su voz era pura seda, pensó Lucy con un estremecimiento de excitación.

—¿Sueles nadar todos los días?

—Depende de la época del año, pero la mayor parte del tiempo, sí—sonrió—. Me gusta nadar y se supone que es el deporte más saludable de todos. Es un verdadero placer físico que te mantiene en forma.

Lucy pensó de inmediato en otro tipo de placer físico que también podía mantener un cuerpo en forma. Si Buffy había sido sincera con ella... Pero no iba a ponerse a pensar en Buffy, ni en ninguna de aquellas otras mujeres. James estaba allí y ahora... con ella.

Llegaron al nivel inferior de la casa, donde se extendía la piscina al aire libre. El terreno estaba pavimentado con losas de pizarra oscura, y en torno a la valla se alzaban palmeras y árboles tropicales que daban al lugar un toque de exotismo. A la sombra de la terraza había varias mesas y tumbonas, y detrás se levantaba la llamada «cabaña», un pequeño edificio de una sola habitación. James soltó la mano de Lucy, sacó una llave de debajo de una maceta, abrió la puerta corredera de cristal, apartó la cortina y la invitó a entrar.

La mirada de Lucy se vio instantáneamente atraída por la gran cama que ocupaba el centro de la habitación, evocando sus más ardientes fantasías. Solo vagamente escuchó el ruido de la puerta al cerrarse y el rumor de la cortina al caer, pero todos sus sentidos volvieron a la vida cuando James la abrazó suavemente por detrás y sintió la caricia de su aliento en el oído:

—Llevo todo el día esperando este momento y ya no puedo esperar más. Dime que es esto a lo que has venido... que no puedes esperar a volver a sentir lo que explotó entre nosotros esta mañana.

Deslizó las manos debajo de su top, tomando posesión de sus senos. Su trasero estaba en contacto con su excitación y no había duda alguna de su deseo, evidenciado en su erótica presión. Lucy se

sentía aturdida, entusiasmada de que él pudiera desearla tanto, de que la pasión de aquella mañana aún no se hubiera atenuado...

—Dilo, Lucy. Acepta el riesgo. Rompe tus reglas. No sigas escondiéndote de mí. En cualquier caso, ya no puedes. Lo sé.

En su voz latía la confianza. Pero a Lucy ya no le importaba que James supiera lo que sentía. No le importaba nada excepto hacer el amor con él.

—Sí...—reconoció con todo su corazón—. Quiero más.

Sí, quería más de lo que él podía llegar a suponer.

Pero eso vendría. Tenía que venir, porque de otro modo toda aquella pasión que sentía no sería más que un inmenso error de la naturaleza.

—Sí—repitió James con un tono de triunfante satisfacción—. Deja entonces que haya más. Nada de ropas esta vez.

Sus manos se movieron con rapidez, despojándola del top. Momentáneamente libre de su abrazo, Lucy se volvió para mirarlo con el mismo brillo de necesidad en sus ojos.

—Tú también, James—insistió, febril, mientras empezaba a desabrocharle con tanta torpeza como apresuramiento los botones de la camisa.

James se echó a reír, aparentemente eufórico por aquella reacción tan positiva, y terminó él mismo de despojarse de la camisa. Al fin pudo Lucy contemplar su brillante pecho bronceado, musculoso, tan viril que logró despertarle un ansia primaria, salvaje. Inevitablemente sus dedos se vieron atraídos por su oscuro vello, en cuyo tacto se deleitaron. Bajo su palma, el latido de su poderoso corazón la llenó de gozo, y también de la seguridad, más allá de cualquier posible duda, de que el deseo que los unía era recíproco.

—¿Te vas a detener ahora, Lucy?—se burló James, ya con la voz enronquecida.

Lucy lo miró a los ojos, oscuros por la pasión que brillaba en ellos.

—Esta mañana te aprovechaste de mí—le recordó—. Casi no llegué a tocarte.

—Pues sírvete entonces tú misma. Porque eso es lo que voy a hacer yo.

Se inclinó para bajarle la cremallera de la falda. No queriendo

quedarse atrás, Lucy le desabrochó los vaqueros, de manera que ambos terminaron de desnudarse a la vez. Ropa, zapatos, todo fue a parar al suelo, abandonada toda inhibición: no en vano aquella realidad era mil veces más excitante que cualquier fantasía con la que hubieran soñado.

—Nada de horquillas...—gruñó James mientras enterraba los dedos en su melena—... fuera botones.

Lucy apenas lo oía, distraída como estaba deleitándose con el tacto de sus duros muslos, de sus estrechas caderas, de la maravillosa curva de sus nalgas. Era como si quisiera llenarse las manos de él, al tiempo que se sumergía en la deliciosa sensación de sus senos apretados contra su pecho desnudo, de su erección empujando contra su vientre. Era perfecto; increíble, mágicamente perfecto.

—Desde el primer día que te contraté como secretaria, Lucy Worthington, te he visto, más que vestida, recatadamente enfundada en ropa, con tantos botones y tantas horquillas aprisionándote el pelo...—la acusó con voz ronca—. Pero ahora ya te tengo... a la mujer que siempre sospeché que se escondía debajo de todo eso.

—¿Y por qué no me decías nada?—inquirió Lucy sin dejar de acariciarlo, recordando la angustia con que le había ocultado su más secreto anhelo.

Después de tumbarla sobre la cama y de contemplarla a placer, sonriente, le respondió:

—Me gustaba aquel tentador misterio... la manera en que te retraías—le alzó los brazos por encima de la cabeza, sujetándole las muñecas—. Pero lo que quería cada vez más era llegar a esto, Lucy: que te abrieras a mí, que me desearas, que respondieras con la pasión que percibía en ti.

¿Sería eso verdad? ¿Habría estado presente durante todo el tiempo aquella atracción, desarrollándose por ambos lados?

James se inclinó entonces para deslizar la lengua por la parte interior de sus muslos, haciéndola estremecerse. Poco después, con un gemido de deseo, le soltaba las muñecas para, abrazándola de la cintura, apoderarse de sus labios. Lucy lo dejó hacer, tan ansiosa como él de gozar de aquella devastadora intimidad, de aquella explosión de sensaciones. Sintió la ardiente dureza de su miembro

rozando la húmeda suavidad de su sexo, acariciándolo, provocándole una insoportable excitación, una y otra vez hasta que un grito surgió de su garganta:

—¡Basta! Te necesito ahora... ahora...

Y James se sumergió en ella, apagando aquella terrible necesidad, llenándola de una exquisita satisfacción, y Lucy pudo sentir cómo se convulsionaba por dentro de puro placer, reteniéndolo en su interior, enredadas las piernas en torno a su cintura. Con los ojos cerrados, mientras él no dejaba de moverse una y otra vez, aferradas las manos a sus hombros, todo su ser estaba absolutamente concentrado en aquella unión tan completa y perfecta. En James... James... su hombre... y ella su mujer... su mujer...

Hasta que llegó el clímax. Terrible en su poder, tempestuoso por la forma en que hizo temblar cada célula de su cuerpo, maravilloso por la sensación de absoluta felicidad que le siguió. Luego hubo un largo, tierno y sensual beso, unas leves caricias, unos satisfechos suspiros, y la lenta, inevitable, reacia separación. Y se miraron el uno al otro, aceptando cada cual en silencio la inefable experiencia que acababan de vivir.

Lucy se preguntó entonces hasta qué punto sería ella especial para James. En su necesidad de arrancarle alguna palabra de reconocimiento, recordó algo que le había dicho aquella mañana.

—Dijiste que siempre tomabas precauciones—le espetó, esperando secreta y ansiosamente alguna señal de que aquel encuentro había sido distinto de otros que hubiera tenido, tanto en el nivel emocional como en el físico.

—No quería que nada se interpusiera entre nosotros...—sonrió.

—Pero romper una regla, un principio personal...

—¿Y no es eso lo que los dos estamos haciendo, Lucy?—le preguntó, alborozado—. ¿Romper todas las reglas que nos habíamos impuesto? ¿Trascender nuestra relación de trabajo simplemente porque deseábamos esto?

El descubrimiento de que James tampoco consideraba sensato lo que acababan de hacer inflamó las esperanzas de Lucy. Pero haber cedido a la tentación después de ocho meses... ¿era realmente un síntoma de que ella era especial para él o solamente una admisión de que el deseo se había impuesto al fin sobre el buen sentido?

—Además, tú dijiste que no necesitaba ponerme una protección, y yo no te mentiría acerca de eso, Lucy—continuó—. No sobre un asunto tan importante para ti y para mí—deslizó delicadamente los dedos por su vientre, haciéndola estremecerse—. Incluso ahora tú tenías la última palabra.

—Difícilmente podía tenerla—protestó Lucy, sorprendida de que él pensara que ejercía algún control sobre sus propios sentimientos.

—¿No me habría apresurado yo a obedecer a la menor orden tuya?—inquirió, burlón.

Lucy recordó de repente lo que le había dicho Josh acerca de que podía convertir a James en un esclavo de sus caprichos, y luego las propias elucubraciones de James sobre sus tendencias sádico—dominadoras. Seguramente no podía llegar a creer algo parecido.

—No recuerdo haberte golpeado con ningún látigo. Más bien colaboraste de forma totalmente voluntaria—replicó, imitando su tono.

—Nada de quejas—se echó a reír—. De todas formas, todavía nos queda una segunda vuelta.

—¿Vuelta? ¿Es así como lo llamas?—de nuevo sintió una punzada de aprensión. ¿Consideraría aquello como una especie de concurso que tenía que ganar? ¿Era eso realmente lo que le excitaba?

—La batalla de los sexos es algo que siempre ha existido—comentó, sardónico, mientras le apartaba delicadamente el pelo de la cara—. Y no veo rendición alguna en tus ojos. Con toda probabilidad planificarás bien tu siguiente movimiento.

Pero Lucy no quería batallar contra James. Nunca había querido eso. Solo había querido que dos personas encontraran el amor y se aferraran a él. ¿Por qué tenía que ser tan complicada su relación?

¿Por qué no podían sentir simplemente lo que tenían que sentir el uno por el otro?

No debería haberlo engañado con la ayuda de Josh. Pero... ¿acaso no había conseguido aquel engaño cambiar su actitud hacia ella, estimular su interés y agudizar el deseo que hasta entonces había mantenido reprimido para no arriesgar su relación de trabajo? Desesperadamente necesitada de poner orden en sus pensamientos, pronunció:

—Si no vamos pronto a la piscina, tu madre empezará a

preocuparse.

—Es verdad. ¡A la ducha!

Bajó de la cama, la levantó en brazos y la llevó al cuarto de baño contiguo a la habitación. Una vez allí, la metió en la ducha y abrió los grifos. Al final Lucy no tuvo tiempo para pensar en nada, porque al momento James ya le estaba enjabonando todo el cuerpo.

El cabello se le iba a quedar hecho un desastre: ese fue el último pensamiento racional que asaltó su mente. James le estaba enjabonando los senos con una lenta sensualidad que logró cautivarla en una especie de hechizo. Luego pasó a deslizar la barra de jabón por su vientre y más abajo, entre sus piernas. Aturdida de deseo, se aferró a sus hombros buscando instintivamente un punto de apoyo. Frente a sí veía su ancho pecho cubierto de vello. Su cuerpo desnudo, tan cerca del suyo, era absolutamente magnífico: tan grande, tan abrumadoramente masculino, tan seductor…

De repente, James la levantó en vilo, la mantuvo apoyada contra la pared de azulejo de la ducha y comenzó a lamerle los senos, succionando, mordisqueando, excitando insoportablemente sus ya endurecidos pezones. Al mismo tiempo, Lucy se abrazaba a su cuello poseída del fiero deseo de retenerlo a su lado, así como estaba, enredando las piernas en su cintura, y cuando James entró nuevamente en ella, su único pensamiento fue un salvaje grito:

—¡Oh, sí! Sí, sí…

Todo su ser parecía estallar en aquella locura de deseo, atravesado todo su cuerpo de un placer inefable, consumida por un nuevo e intenso clímax.

Finalmente James volvió a bajarla con exquisita delicadeza.

—Esto puede convertirse en una adición—murmuró—. Pero supongo que será mejor que vayamos ya a nadar.

—Sí—logró pronunciar Lucy, esforzándose por parecer tan tranquila como él después de lo que acababan de compartir.

James cerró los grifos, salió de la ducha, tomó una toalla y envolvió cariñosamente a Lucy en ella.

—Voy a conseguirte un traje de baño.

Mientras lo veía salir del cuarto de baño, Lucy pensó aturdida que no podía controlar aquella situación, pero que tampoco le importaba: la sensación era demasiado maravillosa.

James no tardó en volver con un bañador de color plateado.

—Puede que este te quede bien.

Así era. El finísimo material de nailon se adhería a su cuerpo como una segunda piel. Y el pequeño traje de baño que se había puesto él era igualmente revelador. Su mirada se vio atraída por el llamativo abultamiento de su sexo, y se preguntó, esperanzada, si aún tendría ganas de más... Había algo terrible en el deseo: a pesar de lo maravillosa que fuera la satisfacción, siempre generaba una mayor necesidad.

—Vamos—le dijo, tomándola de la mano.

Incluso aquel leve contacto se le antojaba intensamente sexual. Solo la soltó cuando llegaron al borde de la piscina. El agua estaba deliciosa.

—Pareces una sirena—le comentó minutos después, nadando a su lado.

Lucy sonrió, complacida, y empezó a nadar a mayor velocidad, en un eufórico despliegue de energía. James no hizo intento alguno por competir con ella, sino que se limitó a seguirla a su ritmo, aparentemente satisfecho con mantenerse cerca de ella.

Cuando se cansó y se tumbó en los escalones del otro extremo de la piscina, James se recostó junto a ella y la atrajo suavemente hacia sí.

—Estoy empezando a pensar que somos los compañeros ideales por naturaleza...—le comentó, mirándola intensamente a los ojos —... tanto en el juego como en el trabajo.

«Sí», cantó el corazón de Lucy. Sonrió.

—Parece que nos complementamos muy bien.

—En todos los sentidos... Así que creo que deberíamos seguir explorando ese grado de compenetración, ¿no te parece?

—¿James? ¿Lucy?—los llamó en aquel instante Zoé Hancock, desde la terraza—. ¿Vais a venir pronto? Tengo todo listo para empezar a cocinar en cuanto me lo digáis.

¡Su madre! Y muy pronto... ¡tendrían que sentarse a cenar juntos!

—Necesitaré por lo menos veinte minutos para arreglarme un poco el pelo—le advirtió Lucy a James, nerviosa.

—Estaremos listos dentro de media hora—le gritó a su madre.

—Media hora—repitió Zoé—. Bien...—y se alejó de la terraza de vuelta a la cocina.

—No te preocupes por mi madre—le dijo James a Lucy, frunciendo el ceño—. Ella no tiene nada que ver con nosotros.

—Pero ella está aquí...—«examinándome, calibrándome. Y se pondrá a hablar de mí contigo cuando me haya ido», añadió para sí. Todavía no estaba dispuesta a confesarle que deseaba la aprobación de su madre. Eso habría significado esperar demasiado de su relación—. No podemos ignorar eso, James.

—De acuerdo—concedió—. Pero no permitas que se entrometa en lo nuestro.

La besó con exquisita intensidad, aislándola del resto del mundo. La despojó del traje de baño y después se quitó el suyo. El agua fresca lamiendo sus cuerpos desnudos incrementó el erotismo de sus caricias. Cuando James la hizo sentarse sobre un escalón de la piscina, Lucy todavía estaba aturdida de placer. Se colocó entre sus piernas, separándoselas más.

—Recuéstate, Lucy, y piensa en que querré hacerte esto, y mucho más, cuando estemos sentados cenando con mi madre—sonrió, perverso—. Porque yo estaré pensando lo mismo.

Le apartó delicadamente los finos pliegues de su sexo y la besó justamente allí. Lucy arqueó la espalda, apoyándose sobre los codos, barrida por olas de placer a partir del punto de aquella exquisita caricia. James le alzó las piernas para colocárselas sobre sus hombros, y Lucy pudo sentir el contacto de su lengua en su interior, girando, generando una inefable excitación, arrastrándola a un orgasmo todavía más violento que los anteriores.

Poco después la acariciaba con deliciosa ternura hasta que cesó de temblar, saciada.

—Recuerda lo que sientes ahora—murmuró, abrasándola con la mirada—. Y no lo olvides ni lo pierdas, a pesar de lo te diga o haga mi madre.

Resultaba imposible olvidar algo así. La aguda excitación sexual que le había provocado latía con violencia en sus venas, obnubilándole la mente.

La dejó sola mientras se duchaba y lavaba el cabello. Pero no se sintió separada de él; ni por un solo instante. Era como si se hubiera infiltrado en su ser.

Aquella sensación la llenó de euforia cuando James volvió a reunirse con ella en el cuarto de baño. Mientras Lucy se secaba el

pelo y se maquillaba, él se metió en la ducha. Apenas podía dejar de admirarlo, deslumbrada por su magnífica desnudez. Y lo mismo mientras se vestía. Él también la observaba, y durante todo el tiempo Lucy pudo percibir su latente deseo, a la espera de un nuevo e íntimo contacto.

Para Lucy, la cena con su madre transcurrió como en dos dimensiones distintas. Una parecía relativamente normal. La conversación seguía su rumbo y aparentemente Lucy tomaba parte en ella, porque se oía a sí misma hablar de cuando en cuando. Comió lo que Zoé Hancock había preparado, carne con verdura rehogada, aunque después ni siquiera recordaría el sabor.

Pero la dimensión más oculta y sutil estuvo presente en el incesante y explícito mensaje de todas y cada una de las miradas que le lanzó James: una vibrante promesa de profundizar en la experiencia que ya habían compartido. Aquello la conmovió de la cabeza a los pies, evocándole las deliciosas sensaciones que antes le había suscitado. Y tanta fue su excitación que llegó a pensar que su madre tenía por fuerza que percibir algo extraño. Zoé Hancock no tenía por qué saber lo que había ocurrido en la cabaña y en el borde de la piscina, pero habría tenido que ser particularmente insensible para no notar lo que estaba sucediendo entre su hijo y ella en aquellos momentos...

Y Lucy no soportaba el simple pensamiento de que Zoé Hancock pudiera enterarse de lo que había pasado, y de lo que iba a seguir pasando, entre los dos. De que estuvieran allí los tres, en la misma casa, y que ella lo supiera. No le parecía correcto, ni justo. Por otro lado, James había pronunciado una frase enigmática: «no permitas que se entrometa en lo nuestro». Pero... ¿qué era lo «nuestro»? Si ella significaba para él algo más que una simple aventura... si realmente pensaba que eran compañeros ideales... eso podría seguir siendo cierto al día siguiente.

No podía quedarse. Era imposible. No con su madre allí. No le parecía correcto. Por fin terminó la cena y se sirvió el café. Lucy pensó que aquella era la oportunidad de marcharse. Y se levantó, decidida, a pesar de que aún seguía excitada por la tácita promesa que había visto en los ojos de James.

—Ha sido una cena deliciosa, Zoé. Me lo he pasado muy bien con vosotros. Pero no tengo más remedio que irme ya—pronunció,

forzando una temblorosa sonrisa.

La sorpresa se reflejó en los rostros de sus anfitriones.

—Si me disculpáis...

—Por supuesto, querida. Si no tienes más remedio...—repuso discretamente Zoé.

—Mañana hay que trabajar—balbuceó mientras se disponía a recoger su bolso del perchero donde lo había colgado.

—Te acompaño al coche—declaró James, dando a entender con su tono de firmeza que no aceptaba negativa alguna.

No dijo nada más, al menos hasta que salieron de la casa, pero Lucy podía percibir su sombrío humor. Una vez fuera, buscó las llaves del coche en su bolso. Ya era demasiado tarde para cambiar de idea. Además, tampoco quería. Simplemente no le parecía moralmente correcto seguir manteniendo relaciones sexuales con James estando su madre en la casa. Y de James esperaba algo más que sexo.

—¿Por qué huyes?—le preguntó al fin él.

—No huyo. Mañana nos veremos en la oficina—replicó mientras se sentaba al volante, temerosa de que la convenciera de que se quedara con él.

James le cerró la puerta, pero se quedó donde estaba, sin apartarse.

—No te retrases, Lucy—le advirtió.

Arrancó el coche y lo miró. Tenía los ojos entrecerrados. Podía percibir la oscura fuerza de voluntad que lo animaba, decidido a que todo saliera entre ellos a su manera.

—Estaré allí... a tiempo—le prometió.

James asintió y se apartó.

«Mañana» se repetía Lucy ya en la carretera. Mañana sabría algo más sobre el tipo de relación que la esperaba con James Hancock. Nada era previsible, ni sensato, ni seguro. Lo cual probablemente quería decir que había perdido el juicio.

Todo dependía de él.

Capítulo 12

Un mes. El mes más maravilloso de toda su existencia. Un mes, reflexionó Lucy, que merecía la pena haber vivido, incluso aunque tuviera que pagar a cambio el precio de toda una vida. Aunque no debería pensar eso. Todavía no. A esas alturas aún no había ningún síntoma de que James se estuviera aburriendo con ella, lo cual mantenía viva la esperanza de que su relación pudiera soportar lo que tenía que decirle.

El sexo entre ellos seguía tan ardiente y completo como siempre, e incluso cuando procuraban concentrarse en su trabajo, el deseo que sentían el uno por el otro parecía impregnar el ambiente, dispuesto a ser satisfecho otra vez... y otra. De hecho, Lucy tenía ya la sensación de que su cuerpo no le pertenecía. Todo lo que hacía, pensaba y sentía estaba ligado a James.

Fue precisamente eso lo que le dificultó tanto su decisión de no volar a Melbourne con él. No podía pensar en el futuro cuando estaban juntos, y estaban juntos tan continuamente que le resultaba demasiado fácil dejarse llevar por el placer inmediato y retrasar para una próxima oportunidad, que al final no llegaba nunca, aquello a lo que tenían que enfrentarse.

Había puesto como pretexto la enorme cantidad de ropa que tenía que lavar y planchar. Lo cual no era ninguna invención, pensó irónica mientras subía a su apartamento. Pero lo que no podía seguir dejando a un lado era el estremecedor y reciente descubrimiento de su embarazo. Ignoraba cómo había sucedido, dado que ni una sola vez había dejado de tomar la píldora anticonceptiva, pero una falta y un test de embarazo no le habían dejado duda alguna sobre ello.

Su primer impulso, tras su estupor del principio, fue esconderle el hecho a James y aferrarse a lo que estaba viviendo con él mientras durara. No en vano tenía la sensación de haber estado esperando durante toda la vida a que apareciera ese hombre. Pero no. Era imposible esconderle eso, y cuando se lo dijera todo cambiaría rotundamente, no sabía si para mejor o para peor; por el momento tenía demasiado miedo de averiguarlo.

De todas formas, tenía que decidir lo que iba a hacer al respecto. Suspirando profundamente, empujó la puerta que separaba las

escaleras de su piso. En el pasillo vio que la puerta del apartamento de Josh estaba medio abierta, y se preguntó si se trataría de alguna invitación a entrar. En todo caso, no estaba de humor para hablar con nadie...

—¡Ah! ¡Por fin te encuentro!—la detuvo la voz de Josh justo cuando se disponía a abrir la puerta de su apartamento—. ¡El intrépido detective ataca de nuevo!—exclamó, triunfante.

Aquello consiguió arrancarle una sonrisa mientras se volvía para saludarlo.

—Hola. Josh.

Apoyado en la jamba de la puerta se dedicó a observarla con detenimiento.

—¿Cansada después de tanto revolcón con James?

—Oh, esta noche la voy a dedicar a las tareas domésticas. No voy a salir—repuso secamente, dándole a entender que no tenía muchas ganas de socializar.

—¿Pero todo va bien con él?

—Podría decirse que sí.

—Me llamó tu madre. Estaba preocupada por ti. No hacía más que llamarte y tú nunca estabas en casa. Al final tuvo que telefonearme para preguntarme si aún seguías viva.

—¡Oh, vaya!—musitó Lucy, apoyándose con gesto cansino en la pared.

—¡Qué chica más mala eres!—se burló Josh—. Hace por lo menos mes y medio que no le haces ninguna visita. Si sigues así, vas a parecer la «hija pródiga».

—Es cierto. Durante las últimas semanas me he comportado de una forma muy egoísta—le confesó—. Y como no quería mentirle a mi madre sobre lo que estaba haciendo, simplemente quise evitarla...

Josh le dirigió una mirada cargada de compasión.

—Pero estar enamorada no es ningún crimen, querida Lucy.

—¿Ah, no? ¿Y poner en peligro mi trabajo por relacionarme con mi jefe? Luego está lo del descapotable y...—y lo peor de todo, añadió para sí, era lo de su embarazo.

—¿Y?

—No importa. Por el momento, mis crímenes contra el sentido común ya son suficientes.

Josh adoptó entonces una pose de severo patriarca, agitando el dedo índice delante de ella.

—Muy bien, pues te aconsejo que no te olvides de llamarla, porque da la casualidad de que este fin de semana es su cumpleaños, tal y como ella se encargó de decirme. Y si no la llamas para felicitarla...

—¡El cumpleaños de mamá!—Lucy se dio una palmada en la frente—. ¡Oh, Josh! ¡Me siento fatal!

—No te preocupes. No es nada que no pueda arreglarse con un tono de sincera preocupación.

—Voy a llamarla ahora mismo—se dispuso a abrir la puerta, mirándolo con una expresión de disculpa—. Gracias por decírmelo.

—Me conformo con que no mates al mensajero.

—Estás a salvo, Josh—repuso, riendo.

Nada más entrar en su apartamento Lucy se dijo que Josh era el mejor amigo que tenía, aquel en el que más confiaba. Josh nunca juzgaba ni condenaba a nadie. Estaba a su lado siempre que necesitaba un amigo. La escuchaba e intentaba ayudarla. Pero su actual problema era demasiado penoso e íntimo como para plantearlo a discusión... por ahora. Lo primero era lo primero: telefonear a su madre.

Su madre... que decidió casarse con el hombre que la había dejado embarazada, un error que había tenido que pagar durante el resto de su vida, y todo por su necesidad de ser una persona respetable. Todo por evitar el estigma social que en aquella época había representado la madre soltera. Diferente había sido el caso de Zoé Hancock. La respetabilidad no le había preocupado hasta el punto de casarse con un hombre con el que había compartido tan solo una breve aventura, no una duradera pasión. Había asumido el papel de madre soltera... pero contando, eso sí, con la gran ayuda de los que James solía llamar «sus tíos y tías adoptivos».

Un mes: no era mucho tiempo para establecer una relación sólida y firme con James. Él nunca le había hablado de amor. ¿Y si la pasión que sentía por ella se consumía antes de que pudiera revelarle que estaba embarazada? ¿Debería esperar y escondérselo hasta estar bien segura de que ella era la única mujer a la que siempre querría, y no simplemente la mujer más sexy que había conocido hasta el momento? Si realmente había hablado en serio

cuando le comentó que eran compañeros ideales…

Lucy sacudió la cabeza. Era todo tan arriesgado, lo mirara como lo mirara… En todo caso, tenía que llamar a su madre.

Un mes, reflexionó James mientras subía a su Porsche en el aparcamiento del aeropuerto y se dirigía ansioso a ver a Lucy. El mejor mes de toda su vida. De hecho, aquel viaje a Melbourne sin ella había sido una verdadera tortura. Había echado de menos su compañía, sus comentarios, sus sonrisas, el brillo de alegría y comprensión de sus ojos… y, definitivamente, sus caricias en la solitaria cama de su habitación de hotel. Su relación era espléndida: no había ninguna duda sobre ello. Ni siquiera el pesado tráfico de la ciudad a esa hora de la mañana podía amargarle su excelente humor. Eso le facilitaba tiempo para pensar sobre lo que haría con Lucy ese fin de semana. Por primera vez estaría completamente liberado de trabajo y de compromisos sociales. Podrían hacer cualquier cosa que les apeteciera. De hecho, se le ocurrieron algunas ideas muy apetecibles cuando ya estaba llegando a la oficina…

Y allí estaba ella, esperándolo, tan sexy como siempre con su corto vestido rojo y su cinturón dorado, en forma de cadena, colgando provocativamente de las caderas. Sus ojos verdes tenían aquella mirada de avidez que tanto lo excitaba, y una sonrisa de puro placer iluminó su rostro al verla.

—¿Cómo te fue en Melbourne?—le preguntó ella.

—Todo solucionado—le aseguró, nada interesado en contarle los detalles—. ¿Te dio tiempo a ti de lavar y planchar la ropa?

—Sí.

—Estupendo. Tengo un plan magnífico para este fin de semana.

Lucy se tensó de inmediato.

—No puedo pasar contigo este fin de semana, James—le dijo, como si la decisión que había tomado le resultara terriblemente dolorosa.

—¿Por qué no?—le preguntó él, disimulando su frustración tras un tono razonable.

—Tengo que ir a casa. A Gosford, quiero decir.

—¿A visitar a tu madre?

—Sí. Ha pasado mes y medio desde la última vez que la vi y…

—No hay problema. Te acompañaré. Así conoceré a tu madre.

Tú ya conoces a la mía.

—¡No!—gritó, muy agitada—. Quiero decir que... no es muy oportuno este fin de semana, James. Es su cumpleaños.

—¿Y?

James frunció el ceño ante su evidente reluctancia a presentarle a su madre. ¿Cuál era el problema? ¿Por qué se estaba comportando de una forma tan extraña?

—Es un asunto entre madre e hija. Siempre celebramos su cumpleaños juntas las dos. Solas—balbuceó mientras se retorcía las manos.

—¿Qué día es el cumpleaños de tu madre?

—Mañana. Pero ya tengo mi maleta en el coche, y me iré directamente para allá después del trabajo. Mi madre ya ha hecho planes, James, planes que me incluyen a mí, y tendré que pasar el fin de semana entero con ella.

En sus ojos James podía leer la súplica de que no se entrometiera, que no le presentara exigencias. De repente, recordó que no había querido acompañarlo a Melbourne y que ahora quería pasar otros dos días sin él: después de cuatro semanas de intensa intimidad, ¿por qué aquello? Eso le extrañaba.

Suspiró mientras intentaba comprender. Lucy era muy pudorosa con ciertas cosas... como cuando se avergonzó de que su madre supiera que mantenían relaciones sexuales. ¡Y eso que Zoé era sumamente discreta con esas cosas! Además de que la aprobaba como compañera de su hijo, tal y como le había demostrado saliendo a comer con ella o enseñándole sus tiendas favoritas en Balmain. De todas formas, se alegraba de que hubiera pasado la epidemia de varicela y de que su madre hubiera vuelto ya a Melbourne. Prefería tener a Lucy para él solo.

Dejó su maletín sobre la mesa y se acercó para darle un cariñoso y consolador abrazo. La notaba tensa. De repente, comprendió.

—No pasa nada—le dijo, sonriente—. No tienes por qué sentir vergüenza de decirme que tienes el período. Sé lo que son los ciclos de las mujeres. .

Una oleada de rubor cubrió las mejillas de Lucy. Bajó la cabeza. Su vergüenza parecía ahora mayor que nunca. ¿Pensaría que él quería tener relaciones sexuales con ella a toda costa, sin respetar sus sentimientos?

—Preferiría que te abrieras más a mí, Lucy. Que no me escondieras nada.

Lucy se mordió el labio. Percibiendo en ella una agitación interior que no acertaba a comprender, James decidió dejar el tema por el momento, para no alterarla más.

—Hey...—le levantó la barbilla en un gesto de exquisita ternura—. No es para tanto. Me conformo simplemente con estar a tu lado.

James estaba asombrado. Lucy no podía pensar que lo único que él quería de ella era sexo... Ciertamente le costaba trabajo mantener las manos apartadas de ella, pero Lucy se había mostrado tan ardiente y excitada como él. ¡Definitivamente el deseo había sido recíproco! ¿Qué estaba pasando allí? ¿Acaso solo lo quería por el sexo? Perplejo, optó por hacer una retirada táctica.

—Pongámonos a trabajar, ¿vale?—la soltó y abrió su maletín sobre el escritorio—. ¿Hay algún email que necesite ser respondido urgentemente esta mañana?

—Voy a buscarlos—y salió rápidamente de su despacho.

James se sentó en su sillón, sintiéndose como un globo desinflado: su excelente humor de hacía apenas unos minutos se había evaporado por completo. Sabía que algo extraño le estaba sucediendo a Lucy. Ella disfrutaba de su compañía; de eso no había ninguna duda. Su relación era perfecta. Tenía que haber algún otro factor en juego, aparte de su período.

¿Su madre? ¿Le estaría escondiendo Lucy algún secreto acerca de su madre? Recordó su incomodidad cuando Zoé empezó a hacerle preguntas acerca de su familia. Por supuesto, a nadie le gustaba exponerse de esa forma a la curiosidad ajena. Lucy, por iniciativa propia, jamás le había hablado de su madre, ni había hecho referencia alguna a su vida en Gosford. Hasta ahora. Y esa era una omisión muy sospechosa. Seguía devanándose los sesos con aquel misterio cuando Lucy volvió a entrar en el despacho para entregarle los e—mails. Advirtiendo que seguía estando tensa, adoptó la actitud más relajada posible y esbozó una cariñosa sonrisa.

—Lucy, estaba pensando que... ni siquiera sé cómo se llama tu madre.

—Ruth.

—¿Y en qué parte de Gosford vive?

Lucy frunció el ceño, aparentemente poco complacida con esas preguntas.

—En Green Point.

A James no le pasó desapercibido que no le había dado la dirección exacta.

—Bueno, me estaba preguntando si... ¿le molestaría a Ruth tenerme como invitado este fin de semana? Quiero decir que... ¿desaprueba ella nuestra relación?

A Lucy le temblaron las piernas, y volvió a ruborizarse intensamente.

—Es una casa pequeña. No tiene habitación para los invitados. Además...—añadió, esbozando una mueca—... ni siquiera le he contado que gané el deportivo. Ni le he contado nada acerca de...—suspiró profundamente—... nosotros.

James tuvo la fuerte impresión de que aquel «nosotros» era como un enorme obstáculo que tenía que ser salvado. Por lo demás, le extrañaba que alguien pudiera ocultarle a un ser querido la estupenda noticia de que le había tocado un coche en una rifa. El misterio se profundizaba.

—Tal vez fuera más fácil anunciarle las dos noticias juntas en una sola—le sugirió.

—No...—Sacudió la cabeza, bajando la mirada—. Eso no funcionaría. Créeme. Mira, tengo que ir a verla y es mejor que vaya sola. Lamento... decepcionarte, pero así son las cosas.

—De acuerdo. Solo era una idea—repuso James sin darle mayor importancia, y esbozó una sonrisa irónica—. No sabía que fuera un secreto tan profundo...

—Descuida. Este fin de semana lo sabrá—le prometió Lucy con una extraña entonación en la voz, una especie de mezcla de dolor y orgullo.

James se preguntó si acaso existiría algún extraño conflicto entre su madre y ella que no deseaba compartir con nadie.

—¡Bien!—exclamó, aprobando su decisión de sincerarse por lo menos con su madre, ya que no lo estaba haciendo con él. Aunque no tenía intención de que aquella situación se prolongase demasiado—. Dejaremos el encuentro con tu madre para otra ocasión.

—Eso espero—musitó, y le entregó los emails—. Aquí los tienes.

Seguía viéndola muy tensa, así que decidió dejar aparcado el asunto. Lucy había tomado una decisión que no podía cambiar. Pero tampoco parecía muy contenta con esa visita que tenía que hacerle a su madre. Como si esperara que fuera a estallar algún conflicto.

Durante todo esa mañana James estuvo pensando sobre ello, recordando cómo al principio había acusado a Lucy de encerrarse y aislarse del mundo. Ella había roto aquella regla precisamente con él, pero debía de quedar algo pendiente de resolver. ¿Qué podía haber impulsado a una mujer joven como Lucy a dividir su vida de aquella forma? ¿Cuál era el misterio que encerraba su madre?

Durante la hora de la comida Lucy se dedicó a comprar el regalo de cumpleaños para su madre. Aquella misión evitó eficazmente la oportunidad de mantener una conversación seria y profunda. Cada vez resultó más obvio para James que se encontraba absolutamente tensa, distraída, preocupada. Hasta el punto de que temió dejarla conducir sola y le sugirió que se marchara temprano, aprovechando que el tráfico era todavía fluido.

—¿No te importa?—le preguntó ella, y le señaló los papeles que estaban sobre su escritorio—. Todavía no hemos terminado.

—Ya me encargo yo. Anda, vete—la urgió.

—Lamento lo de este fin de semana—pronunció, vacilante.

—No podía evitarse—se encogió de hombros—. Ten mucho cuidado con el coche. ¿Lo tendrás, verdad?

—Sí—susurró con voz temblorosa.

James se inclinó para besarla tiernamente en los labios. Lucy apenas reaccionó.

—Gracias, James—y se marchó.

De una manera u otra, terminaría descubriendo aquel misterio. Algo marchaba mal y había que solucionarlo. Además, los secretos siempre eran algo negativo: expresaban una falta de confianza. Levantaban barreras frente a la intimidad que había pensado que compartía con Lucy. Esas barreras tenían que ser demolidas.

Desde un principio se había propuesto llegar a conocer profundamente a Lucy, y no iba a detenerse ahora. ¡Por nada del mundo!

Capítulo 13

Lucy procuró concentrarse lo suficiente para conducir con cuidado hacia el norte, rumbo a la costa central. Y le resultó difícil, porque no podía dejar de reprocharse el haberle dejado creer a James que tenía el período. ¡El período! ¡Qué ironía! Había estado a punto de revelarle la verdad. Durante todo el día había estado indecisa entre confesarle su embarazo o mantenerlo oculto. Finalmente, no había querido exponerse a una reacción negativa. Todavía no.

Y James nunca adivinaría la verdad por sí mismo, sobre todo cuando ella le había hecho creer que su ciclo menstrual funcionaba con normalidad. Para el lunes seguramente se sentiría físicamente enferma de continuar con aquel engaño. Al menos, no la había presionado demasiado con lo de pasar aquel fin de semana con su madre. Y había sido muy amable al dejarle salir antes de la hora. Amable y considerado. Realmente se preocupaba por ella, la apreciaba. Si a eso se sumaba su revelación de aquella mañana acerca de que disfrutaba sencillamente estando a su lado, con o sin relaciones sexuales… quizá podría confesarle la verdad sin que la noticia le estallara en la cara.

La tortura de la incertidumbre no la abandonó mientras se alejaba de Sydney. Ni siquiera fue consciente de haber cruzado el puente de Hawkesbury. Se sobresaltó al distinguir la indicación del desvío a Gosford. Eso le recordó por fuerza que muy pronto tendría que enfrentarse con su madre y aguantar todas las críticas que le haría por su comportamiento.

—¿Qué tren vas a tomar?—le había preguntado la noche anterior.

—Ninguno. Iré en coche, mamá—había respondido.

—Bueno, pues si va a traerte Josh, será mejor que le digas que conduzca con muchísimo cuidado ese horrible deportivo que tiene.

—Descuida, mamá. Josh conduce muy seguro.

«Seguro, seguro, seguro», se repitió Lucy una y otra vez mientras tomaba el desvío de Gosford. Por haber elegido la opción menos segura, ahora estaba pagando las consecuencias. Algo que, por supuesto, ya le había advertido su madre. Comparado con el hecho de haberse quedado embarazada de su jefe sin matrimonio alguno a

la vista, verla aparecer conduciendo un deportivo rojo iba a ser la menor de las preocupaciones de Ruth.

Aunque no pudo pensar lo mismo cuando distinguió a su madre en la puerta de casa, mientras regaba el jardín, y vio su expresión de asombro. Después de apagar el motor se quedó sentada durante unos segundos en el coche, intentando tranquilizarse.

—¿Qué diablos estás haciendo con ese coche?

Suspirando, Lucy bajó del deportivo y cerró la puerta.

—Es mío. Me tocó en una rifa—esbozó una sonrisa radiante—. ¡Sorpresa!

Ruth Worthington miró de hito en hito primero al coche y luego a Lucy, que se había olvidado de su reciente cambio de imagen y vestimenta. Se había olvidado por completo.

—Una rifa—pronunció Ruth.

—¿No es estupendo? Es un Alfa Romeo, un deportivo italiano, y lo he bautizado con el nombre de «Orlando»—le informó Lucy, procurando proyectar el mayor entusiasmo posible—. ¿Sabes, mamá? Nunca en toda mi vida me había tocado un premio en una rifa, y haber ganado esto es... es tan increíble que todavía me cuesta acostumbrarme.

Pero su madre tardaría aún más tiempo en acostumbrarse. Eso si lo hacía alguna vez. Resultaba extraño pero, en aquel instante, aquello ya no la preocupaba. Josh tenía razón. Se trataba de su vida. Ruth Worthington solo cumpliría cuarenta y siete años al día siguiente, pero de alguna manera parecía un ser sin edad, gris. Incluso vestía siempre ropa de color gris. Y si ella había escogido llevar una vida así, ese era un problema de ella, y no de Lucy. Se sintió mucho más segura de sí misma, casi agresivamente segura, mientras su madre continuaba mirándola en silencio. En cualquier momento empezarían a lloverle críticas. Solo podía confiar en que llegaran a algún tipo de tregua para que la celebración de su cumpleaños no acabara en un completo desastre.

—¿Sabes? Llevas gafas desde que ibas al colegio—le comentó, sacudiendo la cabeza—. Pero estás guapísima sin ellas, Lucy.

Aquel comentario fue tan inesperado y halagador que Lucy no pudo disimular una sonrisa.

—Al fin me he decidido a llevar lentes de contacto.

—Te cambia mucho la cara. Y ese vestido rojo... bueno, hasta

ahora no me había dado cuenta de que te sentaba tan bien el rojo. Sobre todo con el peinado que llevas.

Lucy estaba emocionada. Ni una sola crítica. Aquello era casi tan increíble como el haber ganado el coche.

—¿Qué te parece si tiras esa manguera para que pueda felicitarte con un gran abrazo?

—Me alegro muchísimo de verte, querida—murmuró Ruth, abrazándola—. Estaba muy asustada de no recibir noticias tuyas. Por eso me atreví a llamar a Josh.

—Tienes que perdonarme—murmuró Lucy con expresión culpable—. Han pasado muchas cosas últimamente...

—Ya lo veo. Bueno, veamos ese premio que has ganado—se acercó al coche—. Tiene que ser muy valioso. ¿Estás contenta de conducir un automóvil así?

—Por supuesto. Anda, sube, mamá, y daremos una vuelta al bloque. Es la mejor forma de enseñártelo.

Ruth dudó por un instante.

—Tengo la casa abierta...

—Solo serán unos minutos.

—Pero...

—Corre el riesgo—le aconsejó Lucy.

Y para su sorpresa, Ruth Worthington, la mujer que siempre había vivido por y para la seguridad, subió al deportivo. Solo fue un trayecto muy corto, pero pareció disfrutar mucho. Incluso sonrió a Lucy al sentir la caricia del viento en el pelo.

—Te da sensación de libertad, ¿verdad?—le comentó a su hija cuando volvieron a casa.

Lucy se echó a reír, encantada con su reacción.

—Sí, y añade un poquito de... velocidad a mi vida.

—Espero que no mucha. La velocidad es peligrosa.

—No te preocupes. El coche dispone de un sistema automático que reduce la velocidad en cuanto sobrepaso el límite establecido

—¡Qué bien!—Ruth esperó a que recogiera su maleta y entraran en la casa para preguntarle—. Y bien, ¿quién es el hombre?

—¿Qué hombre?

—Puede que mañana sea un año mayor, pero todavía no estoy senil, Lucy. Todo indica que hay un hombre nuevo en tu vida. Y me alegro por ti. Después de todo, ya tienes veintiocho años.

—Mmmm.

—Ya me lo contarás todo después. Primero deja tus cosas en tu habitación—la invitó con una sonrisa.

Lucy decidió que no se lo contaría todo sobre James. Su madre no se merecía que le estropeara así su cumpleaños. Y había sido tan comprensiva y amable con lo del deportivo... Empezó a deshacer la maleta y a colocar su ropa. Todavía la pesaba el engaño del que había hecho objeto a James para poder librarse de él aquel fin de semana, y de repente comprendió que no podía seguir mintiendo a nadie, y menos aún a su madre. Quería que su madre la comprendiera, que la ayudara. Eso probablemente sería esperar demasiado, pero tenía que arriesgarse. Por lo demás, siempre podría contar con Josh. Josh era un buen amigo, el mejor de todos. Pero también quería contar con su madre. La necesitaba.

Parpadeó varias veces para contener las lágrimas. Era estúpido llorar por eso. Había llegado el momento. Cuando terminó de colocar sus cosas se dirigió a la cocina, decidida a revelárselo todo a Ruth... excepto lo del embarazo.

Sin embargo, en las horas de conversación que siguieron, a pesar de que Lucy realizó una cuidadosa selección de los datos que le suministraba, no pudo evitar que su madre rellenara mentalmente los espacios vacíos. Y, para su inmenso alivio, no recibió crítica alguna.

—Estás muy enamorada de él, ¿verdad?—era más una afirmación que una pregunta, acompañada de una mirada comprensiva.

—Sí, lo estoy—respondió con voz ronca.

—Y James... ¿te ama a ti, Lucy?

—No me lo ha dicho, pero... eso parece.

—Bueno, espero que todo te salga bien—y tras una pausa, añadió—: No quiero ser una aguafiestas, Lucy. Me encanta verte como te veo, tan guapa y radiante de amor. Pero... ¿has considerado...?

—¿Lo que pasaría si la cosa acaba mal?—pronunció las palabras que tanto temía.

—Algunas veces estos amores de oficina no duran—suspiró Ruth —. Tienes una relación tan estrecha con James, en el trabajo y en el tiempo de ocio, que creo que tu situación sería insostenible si él...

se cansara y decidiera dejarte por otra mujer.

Lucy sintió una punzada de dolor. James no podía dejarla por otra Buffy. Eso la mataría.

—¿Qué harías entonces, Lucy? ¿A dónde irías?—le preguntó su madre, preocupada.

—No quiero pensar en eso. No hasta que no tenga más remedio que hacerlo—repuso con tono vehemente—. No quiero pecar de negativa, mamá...

—Por supuesto—fue su rápida respuesta—. Lo que pasa es que siendo James como es tu jefe...

—Lo sé. Y por esa razón James también se contuvo durante mucho tiempo—«hasta que empezó a verme como una mujer sexy», añadió en silencio. Lucy tuvo que dejar a un lado aquella incómoda duda para mostrarse más decidida—. ¿Sabes? Quería venir y conocerte este fin de semana.

—Bueno, eso es una buena señal.

—Sí. Sí que lo es—pronunció Lucy, más para sí misma que para su madre.

—¿Va a venir?

—No. Yo le dije que no lo hiciera. Es tu cumpleaños y...

—No me dijiste nada.

—No podía presentarme así de repente con él, mamá.

—Claro—asintió Ruth—. Te preocupaba mi reacción.

—No habría sido justo... Y tú y yo siempre celebramos tu cumpleaños solas. Le dije que sería mejor que te conociera en otra ocasión.

—Me encantará conocerlo—sonrió.

Lucy se preguntó si habría realmente otra ocasión. Su madre se estaba mostrando tan comprensiva que, de alguna manera, el hecho de ocultarle su embarazo se le hacía todavía más intolerable... No podía hacerle eso. Si al final rompía con James, solamente ella se quedaría a su lado para consolarla. Y esa era una verdad que no podía ignorar, por mucho que le disgustara pensar en esa posibilidad.

Estuvo a punto de confesarle la noticia durante el resto de la tarde del viernes y todo el sábado, hasta que el domingo por la mañana comprendió que no podía soportar aquella carga por más tiempo.

—Mamá...—le dijo mientras desayunaban, mirándola angustiada —... no quería decírtelo... pero tengo que hacerlo.

—¿De qué se trata, Lucy?—inquirió, preocupada.

Intentó desesperadamente encontrar una forma de expresión que amortiguara el impacto de esas palabras, pero fue imposible. Tenía un nudo en el estómago. «Suéltalo ya», le gritó una voz interior.

—Estoy embarazada.

Allí mismo, delante de ella, pudo ver cómo el rostro de su madre envejecía de pronto, vaciándose de cualquier alegría. Era peor de lo que había imaginado. Y Lucy no podía hacer ni decir nada para evitarlo. El pecado, el mismo pecado que tan malas consecuencias le había acarreado a Ruth Worthington, parecía llenar el silencio que se había abatido de repente en la cocina, tornándolo pesado, cargándolo de pesar y de tristeza.

En aquel preciso instante sonó el timbre de la puerta. Ruth sacudió la cabeza, frunció el ceño y se dispuso a levantarse.

—¿Esperabas a alguien?—le preguntó Lucy.

—Probablemente será Jean, la vecina—pronunció con voz triste —. Ahora vuelvo.

Se dirigió lentamente a abrir, como una sonámbula en medio de una pesadilla.

Lucy cerró los ojos, enterró la cabeza entre las manos... y esperó.

Capítulo 14

Tienen que estar en casa», se decía James mientras esperaba a que abrieran la puerta. El deportivo de Lucy estaba en el sendero de entrada. Tardaban mucho en abrir. Pensó en llamar de nuevo, pero luego cambió de idea. Tenían que haberle oído la primera vez: aquella era una casa pequeña. Muy limpia y arreglada, conservada con gran esmero. Tenía incluso su pequeño jardín. Ruth Worthington tenía sin lugar a dudas una mente muy ordenada y meticulosa. Y Lucy era igual en su trabajo—Seguía inmerso en esas reflexiones cuando oyó que alguien descorría el cerrojo de la puerta. Había esperado ver a Lucy, pero no fue así. La mujer que de repente apareció ante de él parecía prematuramente envejecida, apagada. No puedo menos que preguntarse si padecería alguna enfermedad terminal, y enseguida lamentó el impulso que lo había llevado hasta allí, para invadir un espacio privado e íntimo que solo les correspondía a la madre y a la hija. Un espacio en el que no tenía ninguna cabida.

La mujer lo miraba sorprendida. Llevaba el corto cabello gris cuidadosamente peinado e iba vestida con gusto y elegancia. Resultaba evidente que las apariencias eran importantes para ella, y James se arrepintió una vez más de no haber esperado a que Lucy se la presentara. Pero ya era demasiado tarde.

—¿La señora Worthington?

—Sí. ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?—su voz era baja, monocorde, desinteresada.

—Me llamo James Hancock. Su hija...

—¿James Hancock?—de repente fue como si su nombre le hubiera devuelto la vida.

—Sí. Yo...

—¿Es usted el hombre para quien trabaja Lucy?

—Sí.

—¿Lo invitó ella a venir aquí hoy?

—No. Pero somos algo más que compañeros de trabajo, señora Worthington, y yo pensé...

—Sí. Son mucho más que eso—le espetó con una severidad que lo dejó helado—. Y creo que será mejor que entre porque mi hija tiene algo que decirle, y quiero ver por mí misma qué tipo de

hombre es usted, James Hancock.

Era un desafío que no podía eludir. James descartó cualquier posibilidad de que Ruth Worthington tuviera una enfermedad terminal, ya que era como si acabara de convertirse en otra persona. Una persona agresiva y hostil.

—Gracias. Con mucho gusto escucharé lo que Lucy tenga que decirme.

Ruth se hizo a un lado para dejarlo pasar, y poco después James la seguía por el pasillo. Intentó no dejarse intimidar por la situación. Algo extraño estaba sucediendo y estaba decidido a ofrecerle toda su ayuda a Lucy. Ninguna madre tenía derecho a dominar o a condicionar contra su voluntad la vida de su hija. Lucy se sentía libre con él, y tenía pleno derecho a disfrutar de esa libertad.

Entraron en la cocina. Lucy se hallaba sentada ante una mesa, con la cabeza entre las manos: era la viva imagen de la desesperación más absoluta.

—¿Lucy?—la llamó.

—¿James?—susurró incrédula, retirándose las manos de la cara y esforzándose por enfocarlo con la mirada.

—Pensé que podrías necesitar ayuda y he venido para ofrecértela.

—¿Ayuda?—repitió.

—Bueno, pronto podremos comprobar eso—terció Ruth Worthington con tono áspero—. Díselo, Lucy. O se lo dices tú o lo hago yo.

Se trataba de una amenaza muy seria y Lucy se volvió hacia su madre, desesperada.

—Mamá, la decisión... tiene que ser mía—le pidió con tono suplicante.

—No tienes por qué recibir ninguna orden de nadie, Lucy—intervino en ese momento James, con tono vehemente.

Ruth Worthington lo ignoró, monopolizando todavía la atención de Lucy a pesar de aquella interrupción.

—No consentiré que vivas engañada como viví yo—le aseguró, cambiando completamente de tono para sorpresa de James. La determinación aparecía ahora mezclada con un matiz de conmovedora compasión—. Tienes que decírselo, Lucy. Solo

entonces lo sabrás.

«Vivir engañada...». Aquellas dos palabras se deslizaron en la mente de Lucy adelantándose a cualquier tentación de seguir engañando a James. Penetraron en su cerebro despejando la nube de deseo que un mes de amor desenfrenado había contribuido a formar. Solamente un mes frente a los ocho meses anteriores durante los que habían trabajado juntos con total normalidad. Tiempo más que suficiente para que James supiera lo que sentía por ella y el grado de importancia de que gozaba en su vida.

Se esforzó por recuperarse y se levantó. El brillo de orgullo que distinguió en los ojos de su madre fortaleció su voluntad de enfrentarse a James con la verdad. Cuadró los hombros y se irguió. Sabía que no estaría sola, sucediera lo que sucediera. Su madre estaría a su lado.

James clavaba en ella sus ojos azules, como exigiéndole en silencio que le explicara lo que estaba sucediendo. Llevaba ropa de sport, camisa roja, pantalones color crema, y su magnetismo sexual parecía haberse incrementado con la tensión que reinaba en la habitación. La hacía sentirse pequeña y vulnerable... temerosa de perderlo. Frenéticamente, su cerebro se aferró a lo que le había dicho apenas unos segundos antes: que había ido a ofrecerle su ayuda. «Por favor, que sea verdad», rezó en silencio, aunque no sabía realmente lo que había querido decirle con eso. Lo único que sabía era que debía confesarle la verdad a toda costa.

—Estoy embarazada.

—¿Embarazada?—repitió entre aturdido e incrédulo. Sacudió la cabeza—. Pero tú dijiste...

—No, James. Tú supusiste que yo tenía el período y...—un rubor de vergüenza tiñó sus mejillas. Tragó saliva—... y yo dejé que lo creyeras porque...

—¿Cómo puedes estar embarazada?—la interrumpió, consternado—. Tú decías... decías que tomabas precauciones. Que estabas segura.

«Segura, segura, segura...». ¿Acaso esa palabra iba a burlarse de ella para siempre? Una ola de violenta emoción la invadió de pronto.

—Te juro que tomé mis medidas. No me olvidé de tomar la píldora. Cada mañana sin falta me la tomaba, así que no tuve la

culpa. Tú... yo... nosotros...—se interrumpió, perdiendo la voz.

—¿Me estás culpando a mí?—le preguntó, irónico.

En medio de su aturdimiento, se acordó de la única causa que se le había ocurrido que podía explicar, bien que insatisfactoriamente, aquel embarazo.

—Simplemente eres demasiado sexy, James Hancock. Y obviamente muy potente. Demasiado.

—¿Qué?

Su expresión de asombro la indignó.

—¡Sabes perfectamente lo que quiero decir y no lo niegues!

—Oh, no lo voy a negar. De ninguna manera negaría mi responsabilidad al dejarte embarazada. Más bien me parece que eres tú la que está negando cosas—frunció el ceño—. ¿Es por esto por lo que estabas tan alterada el viernes?

—No sabía cómo te lo ibas a tomar.

—Lucy...—pronunció con tono suave, y una sonrisa iluminó su rostro—. Entonces... si estás tan disgustada es solamente porque esto no estaba planeado...

—No. Sí. No sabía si... bueno, te repito que no sabía cómo ibas a reaccionar, James.

—Un bebé...—su sonrisa se amplió—. Vamos a tener un bebé.

En esa ocasión le tocó a Lucy sorprenderse. ¿Sería real el agrado que parecía estar sintiendo James?

—Sí. Vamos a tenerlo—le confirmó, sin aliento.

—Sé que te gusta controlar las cosas, Lucy, pero supongo que la naturaleza ha querido regalarnos este pequeño milagro. Y ahora tendremos que dedicarnos por entero a la tarea de ser padres...—la abrazó, conmovido—. ¿Pensabas acaso que iba a consentir que desaparecieras de mi vida? ¿Que iba a abandonar a una compañera como tú?—sonrió—. Estamos hechos el uno para el otro, Lucy.

Aun no podía creerse lo que estaba sucediendo.

—¿No te importa... lo del bebé?

—Claro que me importa, pero para bien. Nuestra relación es mágica. ¿Por qué no habríamos de esperar que nos ocurrieran cosas milagrosas cuando estamos juntos?—le preguntó con los ojos brillantes—. Lo hicimos, concebimos un bebé y creo que es maravilloso.

—¿En serio?

—Claro que sí—afirmó convencido—. Y dado que en este momento está presente tu madre...—se volvió hacia Ruth—... creo que podríamos empezar a organizar nuestra boda ahora mismo.

—¿Boda?—inquirió Lucy, sin aliento.

—Sí, porque nos casaremos antes de que nazca nuestro hijo.

—No creo que sea una buena idea—protestó de inmediato Lucy, mirando a su madre—. No funcionó con mamá, cuando se casó estando embarazada de mí.

—¡Ah!—exclamó James cuando de repente lo comprendió todo—. Sí, pero tampoco funcionó conmigo, porque siempre eché en falta a alguien que pudiera llamar padre, hasta que apareció Hugh. No estoy dispuesto a ceder, Lucy. Y no consentiré que sigas el mismo camino que siguió mi madre.

—No quiero hacerlo—gritó—. Pero el matrimonio es algo más que comprometerse cuando hay un hijo de por medio, James.

—Ya estamos comprometidos—replicó—. Tan íntimamente comprometidos como pueden estarlo dos personas.

—Solo ha pasado un mes. ¿Y si...?

—¿Un mes? ¿Y qué pasa con todos los meses, casi un año, que estuvimos trabajando juntos?

—Mientras tú te acostabas con otras mujeres—le recordó, acalorada.

—No quería perderte. Si me hubiera insinuado en la oficina... ¿cómo habría podido estar seguro de que no ibas a acusarme de acoso sexual para luego marcharte llena de indignación?

—¿Te fuiste con todas esas mujeres por mi culpa? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Distracciones. Ya te lo dije.

—¿Cómo puedo creerte? ¿Cómo puedo saber que no soy simplemente la última de una larga lista? ¿Y si me arriesgo a casarme contigo, solo para descubrir que sigues queriendo distraerte después?

—¡Maldita sea, Lucy! Eres la única mujer que me importa. ¿Por qué habría incluso de mirar a cualquier otra?

—Nunca me habías dicho eso antes.

—Bueno, pues te lo estoy diciendo ahora.

—Por el bebé...

—¡No! Te lo estoy diciendo porque es cierto—soltó un suspiro

de exasperación—. ¿Por qué te resistes tanto? Sabes que nuestra relación es perfecta. Ninguna podría ser mejor. ¿Es que no lo sientes?

Lucy se mordió el labio. Hasta ese momento James solo le había hablado de sexo y de trabajo, pero no de amor.

—No hay riesgo, Lucy—declaró, enfático.

De repente, tomó una decisión.

—Mira, si todavía sigues queriéndote casar conmigo después de que tenga el bebé...

—¡Oh, no!—la miró con ojos entrecerrados—. No vas a tomarme el pelo como se lo tomaste a Josh Rogan... ahora te quiero, ahora no te quiero... ¡Ni hablar!

—¿Qué?—exclamó en aquel instante Ruth Worthington—. ¿Josh?—inquirió, incrédula.

—Eso ya es historia pasada—le espetó James—. Y no vamos a volver sobre ello.

—Pero...—miró a su hija, confundida.

No había tiempo para explicaciones. James había vuelto a concentrarse en ella y no quería que lo interrumpieran.

—He venido a quedarme contigo, Lucy, y será mejor que vayas acostumbrándote a la idea. Eres mi mujer, y este es mi hijo o mi hija, y vamos a casarnos porque no hacerlo sería absurdo... ¡y tú lo sabes perfectamente!

Aquella insistente declaración atenuaba sus dudas y espoleaba sus esperanzas. Suspirando, le confesó:

—Josh nunca ha sido para mí más que un buen amigo. El mejor. Es gay. Al llevarme al baile solo quiso hacerme un favor... porque tú esperabas que me presentara a la fiesta con alguien gris y aburrido.

—¿Josh... gay?—exclamó, incrédulo.

—Sí.

James suspiró profundamente antes de esbozar una irónica sonrisa.

—Lucy, habría podido competir con cualquier tipo gris y aburrido, pero Josh me dejó atrás a mí...—de repente le acunó el rostro entre las manos, buscando en sus ojos la respuesta que tanto deseaba recibir—. Te amo, Lucy Worthington—le confesó con voz dulce y tierna—. Te amo con todo mi corazón. Hoy vine hasta aquí porque estaba terriblemente preocupado. Te vi tan tensa y alterada

el viernes que pensé que tendrías algún problema con tu madre. Quería resolverlo por ti. Quería que todo volviera a estar bien. ¿Es que no te das cuenta? Te amo.

Lucy estaba absolutamente conmovida por aquellas palabras. Palabras que parecía haber pronunciado directamente con el corazón y que se reflejaban en sus maravillosos ojos azules. Antes de que pudiera responder algo, su madre se aclaró la garganta como para llamar su atención. James, de inmediato, se volvió hacia ella:

—Señora Worthington, esta es nuestra vida... la mía y la de Lucy. Y la de nuestro hijo—afirmó, convencido—. Cualquiera que fuera su experiencia personal, le aseguro que esta es distinta.

«Distinta», se repitió Lucy, conmovida. ¿Se atrevería a creer ella misma que su relación con James podría ser distinta? ¿Felizmente distinta? Miró a su madre como suplicándole en silencio su consentimiento, su apoyo. Como preguntándole: «¿yo no voy a vivir engañada, verdad?».

Pero su madre no la estaba mirando a ella. Tenía la mirada fija en James mientras sopesaba sus palabras, sus actos. De repente, una lenta sonrisa iluminó su rostro.

—Será mejor que empieces a llamarme Ruth.

—¡Estupendo! Espero que esté de acuerdo, Ruth, porque ya ve que pienso convertir a Lucy en mi esposa. Tan pronto como la convenza, claro está.

La expresión de Ruth Worthington se suavizó todavía más cuando se volvió para mirar a Lucy, y luego nuevamente a James.

—No creo que te resulte muy difícil convencerla—afirmó, y a continuación le dirigió a su hija una sonrisa que la llenó de emoción —. Y tampoco creo que, después del camino que has andado, este paso signifique ningún riesgo, querida. Él te ama de verdad.

—¿Tú... estás de acuerdo con esto, mamá?—le preguntó con un nudo en la garganta.

—Por supuesto. No te engañaste. Tu instinto tenía razón, e hiciste bien al seguirlo. A veces, al no arriesgarte terminas perdiendo lo que quieres. Y el amor siempre exige algún riesgo.

Lucy no podía hablar. Nunca antes había llegado a una tan íntima comprensión con Ruth. Las lágrimas le nublaron la vista mientras comprendía que quizá nunca le había dado a su madre una oportunidad semejante... hasta ahora.

—Creo que usted y yo nos vamos a llevar muy bien, Ruth—le confesó James, entusiasmado.

Ella lo miró arqueando una ceja, pero también con un brillo de emoción en los ojos.

—Bueno, tengo trabajo que hacer en el jardín. Puede que tarde cerca de una hora. Avísame cuando hayas convencido del todo a Lucy para que vayamos organizando la boda…

—Ahora ya sé de dónde ha sacado Lucy esa sensatez e integridad que la caracterizan. Gracias, Ruth.

—Ya te buscaré cuando necesite que hagas algún milagro, James —comentó, bromista, y los dejó solos.

Lucy suspiró profundamente y se volvió para abrazar con fuerza a James, enterrando el rostro en su cuello.

—Perdona, pero no podía decírtelo…—le susurró.

—Puedes compartir cualquier cosa conmigo, Lucy. No tengas miedo de decirme lo que piensas, o lo que sientes…

Liberada ya de todas sus inhibiciones, le entregó por entero su corazón:

—Yo también te amo, James. Lo que pasa es que no sabía… lo que tú sentías realmente por mí.

—Pues ahora ya lo sabes. Va a ser maravilloso… Tener un bebé… Vamos a ser tres. Tú también estás satisfecha, ¿verdad Lucy?

—Sí. Ahora que sé que estarás conmigo.

—Siempre estaré contigo.

Lucy no tenía ninguna duda. Podía sentirlo en su mente, en su corazón, en su alma… James, su compañero en todos los sentidos.

Ruth Worthington no podía dejar de sonreír mientras trabajaba en el jardín. Se sentía más feliz por su hija de lo que se había sentido nunca por ella misma. Lucy se había enamorado del hombre adecuado.

No había riesgo alguno con aquel matrimonio. Ningún riesgo en absoluto. Se preguntó qué tipo de boda querría Lucy. Recordaba su propia vergüenza cuando tuvo que escoger un vestido de novia que disimulara su embarazo. Pero en esos tiempos era diferente. Ahora las mujeres podían enorgullecerse sin complejos de su condición de embarazadas, tanto si estaban casadas como si no. Lucy podría llevar el vestido que le apeteciese. Quizá podría pedirle a Sally Rogan que le buscara algún vestido entre los contactos que tenía en

las boutiques. Eso sería estupendo.

Un bebé. La sonrisa de Ruth se amplió. Un nieto o una nieta. Veintiocho años era una buena edad para quedarse embarazada, para fundar una familia propia. No era muy sensato dejarlo para más adelante, sobre todo si Lucy y James estaban pensando en tener una familia más amplia… de dos o tres niños. Eso sería tan estupendo…

Pero… lo primero era lo primero. Escogiera lo que escogiera Lucy para la boda, su matrimonio iba a ser un completo éxito dado lo mucho que se querían los dos. Porque eso era lo más importante. Lo que había anhelado para su hija… y lo que ella misma nunca había podido tener.

El verdadero amor.

Y eso era mucho más que estupendo.

Era maravilloso.

Fin